



*El tiempo
sin ventanas*

ELENA CHIZHOVA

Lectulandia

Un canto a la supervivencia, a la libertad y a la ternura que todo lo puede.

En el San Petersburgo de principios de los sesenta, Sonia una niña muda que adora pintar, se convierte en el centro de las vidas de las tres ancianas que conviven con ella y su madre en un reducido apartamento. A través de sus memorias de la guerra civil, las terribles hambrunas, las purgas estalinistas, el racionamiento y las atrocidades de la ocupación nazi, las tres mujeres tratan de poner a Sonia en guardia ante las miserias del mundo.

Lectulandia

Elena Chizhova

El tiempo sin ventanas

ePub r1.1

Titivillus 18.02.2019

Título original: *Vremya Zhenshchin*
Elena Chizhova, 2009
Traducción: Ioulia Dobrovolskaia

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.0

más libros en lectulandia.com

A mis abuelas.

MI primer recuerdo: la nieve... Puertas. Un caballo blanco, flaco. Voy con las abuelas detrás del carruaje. Qué grande el caballo, y qué sucio. Y ese pértigo tan largo, que se arrastra por la nieve. Dentro del carruaje hay algo oscuro. El ataúd, dicen las abuelas. Reconozco la palabra y me extraño más todavía: el ataúd debería ser de cristal, como en los cuentos. Entonces todos verían que mamá está dormida y que pronto se despertará. Todo esto lo sé, pero no puedo explicarlo.

De pequeña no sabía hablar. Mamá me llevó a varios médicos, a los especialistas, todo en vano: ninguno encontró la causa. Tendría ya unos siete años cuando, de pronto, rompí a hablar, aunque no me acuerdo de cómo ni por qué ocurrió. Las abuelas tampoco lo recordaban; ni siquiera cuáles fueron mis primeras palabras. La de veces que se lo habré preguntado, pero solían contestar que lo entendía todo y que, además, no paraba de dibujar, así que tenían la sensación de que les hablaba. Se habían acostumbrado a responder por mí. Preguntaban y contestaban... Antes mis dibujos se guardaban en una caja. Qué pena que se hayan perdido: me habría acordado de todo. Pero nada, no recuerdo nada. Ni siquiera la cara de mamá.

La abuela Glicería decía que había una fotografía, una pequeña, la del pasaporte, que se perdió justo cuando encargamos el retrato. Uno revelado sobre metal, para la lápida. Este también se perdió. A lo mejor, el padrastro finalmente no fue a buscarlo, o Zenaida lo tiró, igual que debió de hacer con mis dibujos.

Tardé años en reconciliarme con el invierno: las nevadas me incomodaban. Pensaba en mamá... Pensaba en que tendría mucho frío con su vestido de verano... Luego se me pasó, pero la inquietud perdura, como si en la infancia borrada de la memoria hubiera ocurrido algo terrible. Nunca sabré qué...

MADRE

PICO la cebolla y asiento con la cabeza: las viejas sabrán; si es la hora, es la hora. ¿Qué les voy a decir? Cuando se les pone algo entre ceja y ceja... ¿quién soy yo contra ellas?

De «apretadas pero contentas», que se dice, ya he tenido suficiente en la residencia; una habitación y ocho camas dentro. Ahora se respira con libertad... Gracias al comité del sindicato. Así lo entendió Zoia Ivánovna.

—A lo hecho, pecho. ¿Acaso tiene la culpa la criatura? Ha nacido y no la vas a meter dentro de nuevo. La madre es la pieza clave: alimentará, criará. ¿Y qué más da que no tenga marido? Hoy día todas las mujeres merecen ayuda y respeto. ¿Sabes que Sitin, el de la sexta planta, acaba de aumentar la familia? Ahora es padre de dos niños. Por lo tanto le corresponde una vivienda de dos habitaciones. Conque ya te estás instalando en su habitación.

Nueve metros cuadrados y medio para mí sola. Ay, pero cuánto me gustaría que mi difunta madre me viera, ni que fuera por un instante.

En fin, que hasta me tratan como si les importara.

—No eres la primera, ni serás la última. Que quede claro: la criatura es nuestra, de la fábrica. Es decir, común. No hay hijastras en nuestro país, todas son hijas propias. Tú tranquila: tendrá su plaza en la guardería, en la escuela; cuando crezca, irá de campamento. Y, por cierto, tú tampoco estás sola, somos tu familia. Así que poco sentido tiene que te lo calles. ¿A que no ha sido por arte de magia? ¡A esos garañones sueltos hay que meterlos en cintura!

Me mordí la lengua. No han vuelto a preguntar.

Pensaba: menos mal que estoy en la ciudad. Miles de hombres pasean por la calle. En una aldea es distinto. Allí se habrían enterado enseguida, pues bien pronto se acaban los hombres a quienes señalar.

Si hubiera sido alguien de la fábrica, a lo mejor habría cantado. Zoia Ivánovna es tan dulce que se lo contarías todo. Pero la cuestión es que no puedo decir nada. Solo sé el nombre. Sin apellido, sin dirección.

Eudocia ha levantado la ceja.

—Se está acabando el aceite.

Miro la botella: cómo que se está acabando, ya se ha acabado. Quedan unas gotas. Pero ¿qué harán con el aceite? Si no ha pasado ni una semana desde que compré.

—¿Y la cebolla? —pregunto—. A ver con qué la doró ahora.

—Bueno —me replica—, usa la margarina. —E hizo un gesto de indiferencia.

Era guapo, de buena planta. Y cómo hablaba, no había quien le entendiera. Hablaba raro, como los de la ciudad.

—Disculpe... —me dirigió la palabra—. ¿Hace mucho que está aquí?

Asentí con la cabeza y no abrí la boca: resulta incómodo hablar con un desconocido. Por muy educado que sea. Esperó un poco hasta que salió con otra pregunta.

—¿Piensa hacer una visita a Papá Noel?

—¿Cómo? —dije sorprendida.

—Lleva un saco imponente. ¿Es para los regalos?

¡Qué gracia!

—Qué va —sonreí—, voy al mercado, a por patatas.

Ahora fue él quien levantó las cejas.

—¿Al mercado? ¿Con un saco?

—Claro —le expliqué—, es para el domingo. Hay que comprar para toda la habitación.

—O sea que para la habitación, ¿eh? —Cabeceó—. ¿Y qué pasará con el recibidor? ¿Se quedará ahí, muerto de hambre? ¿O su habitación es buena y compartirá lo suyo con el resto?

Me he secado las lágrimas de cebolla con el dorso de la mano. A escondidas se me ha escapado una sonrisa.

Remuevo, remuevo... No vale con la margarina. Salpica. Me he quemado la mano. Eudocia no deja escapar la ocasión de instruirme.

—Ponte un poco de jabón de Marsella.

Bueno, pues eso, que seguíamos esperando en la parada. Él caminó hacia la farola. Parecía una grulla con esas piernas tan largas. Iba y venía, zapateaba. Echó un vistazo al reloj.

—¿Cuánto más hemos de estar aquí esperando? —Se le acabaron a la par la paciencia y el aguante al frío. Claro, cómo no iba a estar helado con aquella especie de esarpines de suela fina.

—Ya falta poco —dije para consolarle—. Ya llevo mucho rato...

—Qué va. Caso perdido. —Miró alrededor—. Esto está desierto.

—Claro, todavía duermen.

—Duermen —repitió—. Bien hecho, como está mandado. Debería haber seguido su ejemplo.

Ahí le duele, pensé. Vaya cara trae. Habrá estado de juerga. Aunque de aliento de borracho, nada. Nuestros hombres, si beben de noche, apestan por lo menos hasta la hora de comer del día siguiente.

—Y usted qué, tan temprano... —Me armé de valor—. ¿También ha salido para alguna gestión?

—Desde luego. —Me guiñó el ojo—. Ha sido saltar de la cama nada más despertarme y... derechito al mercado. A por patatas.

—¿De veras? —exclamé alegre.

Me miró de pies a cabeza.

—Me sorprende, señorita. ¿No habrá usted estudiado en Estados Unidos de América?

—¿Yo? ¿Por qué? —Me amedrenté—. Estudié en la escuela de mi aldea. Se llama Malie Pólovtsi.

Frunció las cejas.

—O sea que en una aldea nuestra —concretó—, en una aldea soviética. En tal caso, ¿cómo es que no recuerda lo básico: «No romper el paso, ir siempre con el pueblo»?

—¿A qué se refiere? —Ahí ya me había perdido del todo.

—A nosotros dos —se rió—. Si somos dos ciudadanos reunidos en la parada, ya formamos una muestra representativa. Dadas las circunstancias, propongo coger un taxi.

Me llevó a su casa. Un piso grande, espacioso.

—¿Adónde se ha ido todo el mundo? —pregunté.

—Se han ido a la dacha. Mis viejos, quiero decir.

¡Qué raro!, pensé. ¿A la dacha? ¿Y en pleno invierno?

—¿Y los vecinos?

—No disponemos de esa clase de fauna. —Hizo un gesto de disculpa—. Es como si el comunismo ya se hubiera hecho realidad.

Pasé adentro. La verdad sea dicha, no les faltaba de nada. Escritorio, paredes cubiertas de libros... Colgando encima del sofá, una foto de un hombre barbudo vestido con un jersey de punto de cuello muy grueso.

—Ah, este. —Agitó la mano—. Es uno de por allí de donde hablábamos...

Otro viejales, concluí. Qué más da. Con esas barbas todos son iguales.

Nos sentamos; él preparó café. Tazas finitas, blancas, daba miedo tocarlas, no fueran a romperse.

—El azúcar. —Me acercó el azucarero.

Di un sorbo y estuve a punto de escupir. Puse dos cucharadas de azúcar, pero como si nada, puro amargor.

—Café solo —comentó—, delicioso. Aunque hay que acostumbrarse. No sufras, ya le cogerás el gusto.

No probamos el vino, pero estaba como borracha. Oía su voz. Ni sé cómo ocurrió. Quizá me ofusqué...

He tirado del cajón, a ciegas he encontrado el rallador. Ahora, a rallar la zanahoria... La cebolla chisporrotea... He cerrado el tiro. Cómo duele la mano. He

abierto el agua, he metido la mano bajo el chorro...

Entre semana me invitó al cine. Qué alegría. Esta vez no tendría envidia de las chicas que siempre iban emparejadas.

—Hoy no podemos ir a mi casa —explicó—. Los viejos han regresado a toda prisa. Y se han puesto a escuchar la radio.

Parecía sombrío. Llegamos al cine, daban una comedia.

—Mira qué bien —dije—. Las chicas comentaban que les había gustado.

Se encogió de hombros.

Salimos del cine. Yo, la mar de contenta; él, nublado.

—¿Acaso no te ha gustado? —pregunté asombrada—. A mí, muchísimo. Ojalá viviéramos así. Qué vida, como un cuento de hadas.

—Los cuentos se han acabado. —Sonrió sin ganas—. ¿Has oído lo de Hungría?^[1]

—¿A qué te refieres? ¿A eso de lo que hablan por la televisión? Ya me he enterado. Nos lo han explicado en la tertulia sobre política: son elementos antisociales, enemigos...

Han montado algo así como un motín contra nosotros. ¡Será posible!

Lo miré; se le contrajo la boca como si hubiera recibido un latigazo. La mirada turbia, ni viva ni muerta, ojos de pez dormido. Manoteó, dio media vuelta y se alejó a paso ligero.

¿Qué hago?, pensé. ¿Corro tras él? No me moví. Me quedé allí, de plantón, hasta que desapareció...

—¡Ay, pero si casi se me olvida! Enseguida traigo ese azucarillo.

Les gusta tanto. El azúcar de colores, el casero. Fundes el azúcar con mermelada, lo dejas un rato, una vez endurecido es como caramelo. Pincho y levanto el mazacote con el cuchillo. Ya está. Que aproveche.

Así es como siempre toman el té. ¡Ni se te ocurra servir el azúcar molido! En la mesa tienen unas tenazas, pequeñas, de metal brillante. Una pieza antigua. Ahora ya no se fabrican. Van cortando a cachitos, el sonido del pellizco es alegre. El pedacito va directo a la boca. Le sigue un trago de té. Antes pensaba que era por tacañería. Dije: «¿Creen que no gano suficiente para el azúcar?». No era eso, así les parece más rico. Y fíjate: le han pegado la costumbre a la cría. Le acercas el azucarero y lo aparta.

Cuando la mudanza, las chicas me aconsejaron que me andara con ojo con los vecinos. En la residencia eran todos como de la familia. Ahora tenía que entrar en un piso compartido, yo, una extraña, de pueblo, con la cría recién nacida. Me aconsejaron que hablara con la mujer de Sitin, que seguro que me daría alguna recomendación útil.

Me la encontré.

—Tú —me dijo— no tengas miedo de las viejas. De entrada, haz que te respeten, que no piensen que son las dueñas de la casa. En la cocina utilizarás mi espacio, me hice con el bueno, al lado de la ventana. Y a la primera tontería, les pegas un grito: ya verás cómo se esfuman. La pena es que no tengas un hombre a tu lado, el mío les daba miedo.

Me mudé. Nada. Las viejas parecían tranquilas. Aun así, no me sentía muy cómoda. La Sitin es otra cosa: una mujer sólida, que impone. En cuanto abre la boca, te entra el tembleque.

Al principio intentaba que no se me viera ni oyera. Por la mañana, envolvía a la niña en la manta y, hala, corriendo a por el cochecito. Estaba debajo de la escalera, en el sótano, atado con un candado. El cochecito me lo regaló la fábrica, el candado lo compré en la ferretería. Corre abajo, abre el candado, déjalo en el cochecito, corre arriba otra vez, a recoger a la cría. Ya podía helar o ventiscar, que había que llevarla a la guardería. La dejaba con las señoritas y hasta luego, corriendo al tajo. La guardería era de la fábrica. Y sin embargo estabas siempre en ascuas. En ocasiones te tocaba hacer dos jornadas seguidas, tenías que apechugar si el jefe te lo pedía. Pasaba a recogerla ya de noche, trataba con la señorita de turno. Despertaba a la cría, me la llevaba. Habría podido seguir en ese plan si no hubiera empezado a ponerse enferma. Zoia Ivánovna me consolaba.

—Es igual con todos, se le pasará.

La fábrica mantenía la guardería, el personal formaba parte de la plantilla. Las mamás, claro está, también cuidaban a las señoritas: les llevaban regalos, un día unas medias; otro, bombones. Pero, por mucho que lleves, ¿qué vas a preguntar? Y menos a esas horas, cuando no queda más que una de guardia para tantos renacuajos. Todos lloran, lloran hasta el hipo porque están mojados, o porque les molestan los gases, a saber por qué llora la tuya, como no lo averigües tú... De modo que me cansé de ir empalmando bajas por cuidado de la cría. Y —cómo no— cobraba el promedio, que no es lo mismo que cobrar por horas hechas.

Al principio era pasable. Vamos, lo típico: la fiebre sube, lo remedias con el medicamento, en un par de días se recupera. Después comenzaron las convulsiones. Se ponía azul, se ahogaba en llanto. Los ojos se le enturbiaban. Cuánto miedo pasaba yo cada vez que ocurría, pensaba que se me moría. Estuve a punto de enviarla a la aldea, con mi madre, que entonces aún vivía. Fue cuando se presentaron las viejas. Se pusieron tajantes.

Se habían quedado solas. Sus maridos, sus hijos habían desaparecido, habían muerto.

—Tú vete a trabajar —dijeron—. ¿Acaso entre las tres no seremos capaces de sacar adelante a una cría?

Desde entonces, la cosa quedó así establecida: por la mañana, a trabajar; del trabajo, a hacer la compra, que tampoco era coser y cantar: había colas por todas

partes. En casa yo era una especie de sirvienta: lavar la ropa, fregar, cocinar. Y encima ponía dinero de mi bolsillo, porque sus pensiones, vamos, eran para echarse a llorar. Pero a cambio la cría estaba como una princesa. Tres niñeras para ella sola: siempre atendida, limpia, peinada. La sacaban de paseo, le leían cuentos. Hasta —quién lo hubiera creído— le enseñaban francés.

La niña era lista, en una palabra, de ciudad. Dibujaba sin parar. A los cuatro años aprendió las letras. Lo comprendía todo. Solo que no hablaba. Cumplió los cinco, los seis, y nada, ni mu.

Culpa mía, lo sé. Por habérmelo callado hasta que la barriga comenzó a saltar a la vista. Por no aprovecharme hasta entonces del trato preferente que la fábrica daba a las preñadas. Si llevabas un certificado médico te trasladaban de la planta de procesos nocivos. A unas las ponían de mujeres de la limpieza, otras trabajaban en el almacén. Las casadas lo tienen fácil. Están en su derecho. Pero yo ¿cómo iba a confesarlo? Me daba tanta vergüenza...

Antes de que publicaran el decreto no había salida. A dar a luz si no habías sabido protegerte. Como si algo pudiera frenar a nuestras chicas: tan pronto como se enteraban, se libraban en secreto. Una, decían, no paraba. Los hombres se reían: vaya tía, había exterminado una brigada completa. A esa le importaba un bledo: un par de días en la cama y de nuevo a la carga. Otras dos, decían, la habían diñado. Por septicemia o algo así. Ahora es otra historia, hazlo tantas veces como te apetezca, el decreto lo permite. Claro que da cosa, quieras que no, cortan tu carne viva. En eso sí que no hay opciones, vas a lo que vas.

Fui al hospital, pero el doctor me dijo:

—Vienes tarde. No se puede hacer nada. Has de dar a luz.

Compré unas pastillas en la farmacia. Pensé que a lo mejor abortaría. Las estuve tomando durante una semana. Qué va...

Cuando cumplió los tres años, la llevé al dispensario. La doctora le miró la boca, le enseñaba dibujos. Dijo que estaba todo correcto. Oía. Comprendía. Dijo que era retraso del habla. Que había que esperar, que seguramente hablaría.

Dijo que en Moscú había un especialista. Viajar significa pagar. ¿De dónde iba a sacar el dinero? Si a duras penas llegábamos a la siguiente paga.

Al principio lloré: sería un monstruo... No podría asistir al colegio, ni tampoco iría de campamento. Y lo peor, acabaría siendo una solterona. ¿Quién se casaría con una muda? Viviría inútil y sola. A no ser que encontrase otro mudo con quien emparejarse.

Las viejas, benditas sean, me consolaban. Dios aprieta pero no ahoga. Cada cosa a su tiempo. De acuerdo, pero yendo por la calle veía a los niños de los demás, todos hablaban. Se me partía el corazón. Me tragaba las lágrimas.

Las viejas me aconsejaban.

—Allí, en el trabajo, no lo cuentes. Si te preguntan, responde: «Todo va bien». No hay peores lenguas que las largas. Cuántas desgracias no habrán venido por ellas. A

la cara te compadecerían, pero por detrás quién sabe qué dirían, ensuciar y difamar es tan fácil.

—¿Les apetece la sopa de col?

Claro que sí. La sopa es buena. Ayer en la tienda, la de la plaza, conseguí por suerte un buen pedazo de carne. Ternera, como les gusta, con una fina capa de grasa. Y mejor todavía si lleva el tuétano.

—Los sesos —ordenan—, para la niña. Nosotras ya estamos servidas...

—Allí, en el rincón, he dejado la palangana con la ropa en remojo... Bueno, luego, cuando vuelva del trabajo, ya la lavaré...

* * *

De momento, en la planta, no saben nada de lo de las viejas. Dije que había traído a mi madre de la aldea, que ella cuida de la cría. Zoia Ivánovna también preguntaba.

—No —le dije—, en casa no se pone malita.

Y ella: Que no pasa nada mientras tenga la edad de guardería, pero que cuando crezca, habrá que llevarla al colectivo, o sea, al jardín de infancia. Que si no, tendrá dificultades en el colegio, por falta de costumbre. Me hizo pensar, ¿y si es verdad? A lo mejor, se sentiría más libre con otros niños. ¿Y si jugando, poco a poco, comenzara a hablar? Las viejas se opusieron. «Mejor que se quede en casa —dijeron—. La vida es larga, tiempo tendrá para sufrir, y más vale que tarde». Ahora les ha surgido una nueva preocupación: el teatro.

—¿La fiesta infantil de fin de año? —pregunté—. Ya tengo la entrada. Las daban en la planta donde trabajo, para todos los niños.

Se la he enseñado. Lleva un vale para el regalo: Papá Noel regala caramelos, golosinas y tal. Claro que está muy bien el cuento de Papá Noel, pero la fábrica pone dinero. En la planta decían que el regalo es bueno. Lleva una chocolatina. Nunca se las compramos. Ni siquiera las ha probado. Como mucho nos llega para caramelos.

Han mirado, han dicho que no.

—Tú irás a recoger el regalo. Pero *ella* no irá.

Irás a otro teatro. Al Teatro Mariinski. No hace falta entrada. Allí trabaja una amiga suya. Van juntas a la iglesia. Hará pasar a la niña, le buscará un asiento y la vigilará. Esa amiga también está sola: no tiene hijos ni nietos.

Me han mandado a comprarle el conjunto, que sea de lana, de fabricación china. La chaqueta con botones, leotardos y gorro. Dicen que todos los niños van así. Será caro, unos seis rublos. Y que también compre cintas para las trenzas. Que sean de seda y a juego con el conjunto.

He preguntado si servirían cintas de *caprón*. Han dicho que no, que ni hablar. Que las de *caprón* se deshilachan nada más cortarlas. En casa lleva trapitos en las trenzas, son muy suaves. Las viejas los hacen de su ropa vieja.

Por la mañana temprano se reunían en la cocina. En esta misma. Aquí, mientras la niña dormía, se decidían asuntos importantes, se hacían planes. El día comenzaba antes del amanecer como una larga vida. El tiempo diurno, el largo camino, rodaba despidiéndose para siempre de los mojones de la carrera.

Despertarse a las nueve, lavarse la cara, vestirse. A las diez, el cuento del día por la radio. A las dos, a comer. Y luego, la siesta: duermas o no, haz el favor de acostarte un rato.

Entre hito e hito, según qué tiempo hacía, se dedicaban a diferentes asuntos. El más importante, ir a pasear. En este campo el tiempo no trajinaba, se sometía al ciclo anual, se portaba de manera rural.

Al jardín cercano al puente de los Leones iban en primavera. En primavera, en los parques, el terreno es fangoso, los cierran para el secamiento. Al jardín de la iglesia de San Nicolás iban en otoño: debajo de los robles, allí donde estaba la verja, había montones de bellotas. En octubre se deshojaban los arces. Qué gusto caminar y escuchar el susurro de las hojas caídas... Para las fiestas de noviembre tocaba la primera nevada.

En invierno era el turno del jardín de San Nicolás, o bien del jardín Soldatski. Allí había un tobogán altísimo. Los niños hacían cola para bajar por él, unos con el trineo, otros a pelo, como quien dice. Por supuesto ellas tenían trineo. Uno de los de antes, de calidad, vaya. Aunque a su niña preferían no soltarla. La habían acostumbrado a guardar distancias, a apartarse un poco de la gente. Con los demás niños siempre pasaba lo mismo: «Ay, pero ¿es que es sordomuda la nena?». En verano se respiraba con más libertad: los niños se iban fuera, unos a los pueblos, otros de campamento.

Aquí mismo, en esta mesa, nada más hacerse cargo de la niña, acordaron que lo primero era bautizarla. A escondidas, sin informar a la madre. Asuntos como ese no le atañían. Gracias a Dios, conocían al campanero de la iglesia de San Nicolás. Pese a que era sordo, lo comprendía todo. Aceptó comentarlo con el pope para que viniera a casa.

En la partida de nacimiento figuraba como Susana. Un nombre bárbaro, como hay Dios. Antaño llamaban así a las pelanduscas para no deshonorar a las santas protectoras. Y ahora —¡hay que ver!— la propia madre ha elegido un nombre de perro...

Pensaban, buscaban, pasaban las hojas del santoral. Los nombres de bien no faltaban, pero no ibas a poner el primero que se te ocurriera. El padre Inocencio mandó buscarlo conforme con la partida. Fuera por el significado, fuera por la primera letra.

Glicería salió con uno.

—¿Y si la llamamos Serafina?

Ni hablar. Al fin se decantaron por honrar a santa Sofía.

Por la noche, con la madre en casa, evitaban llamarla por el nombre, decían: «Ella». De día la trataban con el tierno diminutivo de Sofiita. Y entre ellas decían

Sofía.

El pope preguntó:

—¿Por ventura alguna de las tres se llama Vera, Nadezhda, Lubov?^[2] Sería ideal como madrina, celebrarían el santo juntas.

Cabecearon negativamente. Ni Vera, ni Nadezhda ni Lubov. Mientras deliberaban, por poco se pelean. Está claro que madrina solo puede haber una. Ella es la que responde ante Dios. O sea, la madrina sería como una pariente, y las demás qué, ¿unas extrañas? El padre Inocencio las reconcilió.

—Dios os pedirá cuentas a todas —dijo—. La que se presente primero ante Él, será la primera en rendirlas.

Daba risa y pena verlo: se pusieron a medirse por achaques, a ver quién estaba peor. Que si esta sufría del corazón, que si la otra apenas podía mover las piernas... Intervino el padre Inocencio:

—El hombre desconoce su plazo. A veces, el Señor se lleva a los jóvenes y sanos dejando a los viejos y enfermos. ¿Osaremos adentrarnos en sus designios?

Le dieron la razón. Se acordaron de los jóvenes y sanos. De los suyos.

Se encontró un faldón de bautizo. Llevaba mucho tiempo guardado en la cómoda de Eudocia Timoféevna. Era de Vasili, su hijo mayor. Hasta sus huesos se habían reducido ya a polvo, pero fíjate: el faldón perduró.

Era de tela fina, ligera: auténtica vestimenta angelical. Tan solo los encajes se habían apelmazado con el tiempo, como si fueran plumas caídas. No había servido para el nieto. El hijo y la nuera no lo permitieron. La cantinela de siempre: nuestras creencias son otras.

El hijo se abrió camino, le pusieron de jefe.

—Yo —decía con orgullo— no soy de la última hornada. Desde la misma guerra civil estoy con los bolcheviques.

A escondidas no se atrevió. No quería complicarles la vida.

—Nosotros construyendo la Vida Nueva y usted, madre, dale que te pego con lo suyo. —Se reían—. Trata de arrastrarnos al pasado. Al camino de retorno, a los tiempos del zar. ¿No ve que no hay vuelta atrás, que su religión no es más que el opio del pueblo?

¡Siempre con las mismas monsergas! Qué opio ni qué nada. El opio se vende en la farmacia, lo recetan cuando el dolor. La nuera hacía el coro.

—Abra los ojos, madre, mire a su alrededor, dese cuenta de los nuevos tiempos.

—¿De qué ha de darse una cuenta a estas alturas? —dijo—. Ya no estoy para cambios. Allá vosotros con vuestra vida nueva.

Darse cuenta, darse cuenta... Cuando quisieron dársela, vinieron a por ellos. Los dos desaparecieron en ese comunismo suyo. Gracias a Dios, no tocaron al nieto: se lo llevó la *otra* abuela.

Pasaron como un par de meses. En vísperas de la Santísima Trinidad, reunió algo para regalos y se fue a ver a la consuegra y al nieto. Halló un momento, mientras el nene corría por el patio, para sacar el asunto a colación:

—Ea, vayamos juntas. No querrás que crezca como un desalmado. Es un cargo de conciencia.

La otra se asustó.

—Pero ¡qué dices! Se enterarán, vendrán a buscarlo enseguida. Lo encerrarán en el orfanato. Lo habremos perdido.

Cuando la guerra, fue ella, la otra, la que lo acompañó en la evacuación. Les bombardearon cerca de la ciudad de Luga. O sea que la otra fue la primera en presentarse ante el Señor, la primera en tener que responder.

Prepararon el faldón. Pusieron a secar el vetusto encaje encima de una toalla. Mientras lo lavaban, parecía que se blanqueaba. Cuando se secó, se veía igual de amarillento. Lo suyo sería hervirlo. No se atrevieron: tanto tiempo, acabaría deshaciéndose.

Calentaron el agua. El padre dijo:

—Decidíos de una vez e id vistiendo a la niña.

Trajeron el faldón, vistieron a Sofiita. Eudocia, nada más verla de cara, se quedó como muerta: ¿quién aguantaría ver de pronto a su hijo resucitado? Por fortuna no le duró mucho el pasmo, supo sobreponerse.

—Solo que... no puedo ser la madrina —dijo—. Cuando veo el faldón se me enluta el alma. Mejor que lo seas tú, Ariadna. Lo tuyo está como Dios manda: el marido cayó en la Primera Guerra, el hijo en la Segunda, los nietos y la nuera murieron durante el sitio de Leningrado.

—¿Cómo que «como Dios manda» si se quedaron en las fosas? Que sea Gliceria: nunca ha dado a luz. Su conde, su compañero, se escapó de la revolución. Quién sabe, a lo mejor todavía sigue vivo.

Bueno, por fin se decidieron. Tendrá razón Ariadna. Nos da cien vueltas... Mucha más cultura, adónde va a parar. Y mucho más mundo, que de joven había vivido en el extranjero.

Así pues, Gliceria asumió el papel de madrina; las otras dos cantaron cuando el rito lo requería. El padre Inocencio advirtió:

—En voz baja, no vayan a oírnos.

—Estamos solos —le contestamos.

Ofició muy bien, sin prisas, sin saltarse nada. Sofiita, la bienmandada, miraba, escuchaba como si entendiera.

Solo una vez rompió a llorar. Cuando Gliceria renunciaba a Satanás, Eudocia echó a Ariadna una mirada semejante a una cuchillada en el corazón.

Después se sentaron a tomar el té. El padre sonrió.

—He aquí mi tentación, mi pecado. Té con azúcar en terrones, qué delicia. Y qué zozobra espiritual.

Recordamos los samovares de antes. El agua hervida en una cocina de ahora no es lo mismo. Sale como vacía, sin sabor propio. Hervida en el samovar, sí que ganaba en gusto.

—La comunión —dijo el padre—, ya es cosa vuestra. Se hará cuando se pueda.

—No se preocupe —le contestamos—, lo principal está hecho.

* * *

Hace buen tiempo. Frío, seco. Ya casi época de paseos, apenas suba un poco la temperatura. Han mirado por la ventana: todo está blanco. Del barrendero no se ve ni rastro. Antaño salía por norma al despuntar el día. Los de ahora son unos vagos. Han pasado otro rato sentadas en la cocina, recordando los viejos tiempos.

La primera en volver en sí ha sido Ariadna. Se ha ido al trastero a por las medias, que ya se habían secado. Eudocia ha ido a buscar la papilla: la madre la preparó de noche y, aún caliente, la envolvió con la manta y la dejó debajo de la almohada. Buena es la papilla madurada debajo de la almohada, y si es de grano sarraceno, mejor todavía. Tampoco la niña aceptaría cualquier otra, solo come la de grano sarraceno. Eudocia gruñe.

—Vete a saber qué porquerías les darán en las guarderías.

No es barato el trigo sarraceno, ni tampoco se vende en cualquier tienda. Menos mal que Antonina lo recibe en la fábrica. Le tocan dos kilos al mes, para ella y para la criatura.

Ariadna la ha vestido. En lo demás, Sofía ya ha cogido la costumbre, camina sola hacia la pila. Glicería la espera con el cazo lleno de agua tibia. En verano no hace falta, el agua sale tibia de la tubería. Pero en invierno hay que calentarla.

Eudocia da órdenes.

—Vosotras, a descansar. Dejad que la niña coma tranquila.

Se ha acabado la papilla, ahora toca el té. Dios nos guarde de enseñarle a santiguarse, no fuera a enterarse la madre.

Después del desayuno, llega la hora del bastidor. Aún es pronto para que aprenda a coser, en cambio bordar es justo para su edad. Glicería le hace de maestra. Punto llano, punto raso, ganchillo. La lección de la mañana es un pétalo amarillo. Lo entregará cuando esté del todo acabado.

Mientras ella se afana, Glicería le habla sobre los santos o sobre la Purísima.

El siguiente turno es el de Ariadna, que le lee un cuento. De uno de esos libros suyos franceses. El libro es grueso, con dibujos. A saber cómo sobrevivió al sitio, teniendo en cuenta que entonces para calentarse quemaban cualquier cosa que ardiese... Acaba y comienza con las preguntas: las hace y las responde ella misma. Y qué raro suena ese idioma, el francés. De tanto en tanto se equivoca a propósito, por

poner a prueba a la chiquilla: ¿entiende o lo hace ver? Sofiita arruga las cejas, meneala cabeza. Con el dedo señala en el libro: ahí se dice otra cosa.

Eudocia reparó en ello un buen día.

—Pero, bueno, ¡no me digas que ya sabe leer! ¿O es que mete el dedo al voleo?

Ariadna se enfadó.

—¿Qué al voleo ni qué...? Cuando leo sigo las líneas con el dedo para que ella se vaya fijando. ¡No hace poco tiempo que ha aprendido las letras! En primavera se las enseñé.

—A ver, a ver —se sorprendió Eudocia—. Venga, dile una palabra. Que la busque en el libro.

Sofía sonrió, así como con astucia. Su mirada recorrió rápidamente las líneas y el dedito señaló la palabra dos veces.

—¡Será posible! —exclamó alegre Eudocia—. Porque no seréis tan tramposas de haberlo preparado para tomarme el pelo, ¿eh? Cualquiera se fía de las sabihondas.

Sofiita arrugó la nariz. Un mohín burlón al comentario, vaya.

* * *

La radio, grande, negra, está en la habitación de Eudocia. Sofía entra, se sube a una silla, le da al interruptor y pega la oreja al aparato. Mantiene el volumen bien bajito, para no molestar a las abuelas.

—Anoche no pude dormir, no sé por qué me rondaría por la cabeza: que antes había bombones en las cajas. Y de tipos diferentes; unos venían tal cual dentro de la caja, otros, todos envueltos en papel dorado. Abrías la caja y dentro encontrabas las tenazas de plata. Iván Sergéevich los compraba a menudo, me mimaba.

Los ojos brillan, alegres, como si de golpe se librara de varios años.

—Exacto, te mimaba y acabó por malacostumbrarte. —Eudocia aprieta los labios—. ¡Bombones dorados, a qué santo acordarse ahora!

—Pero... es que... —Se ha encogido—. Lo de los bombones es lo de menos.

Eudocia está sentada. Labios secos, finísimos, reducidos a un hilillo.

—Ayer vi que ya están otra vez cavando en la calle Ofitsérskaya. Han abierto un foso enorme, que cada dos por tres suelta unas humaredas... En un lado han puesto la pasadera, con los trípodes al borde. Pues nada, yo que la cruzo con Sofía, despacito y con cuidado. De pronto, santo Dios, una cosa diabólica: voces que suben como del infierno. ¿Cómo podía haber nadie allí metido, en aquel charco de lodo y agua hirviendo? Me atreví a mirar no me hagas decir por qué. Y me topo con dos jetas sucias asomando por debajo de la cañería, dos hombres hechos y derechos riéndose como mastuerzos. Y para más *inri*, la *pullita*: «Qué, abuela, valiente susto se ha pegado, ¿eh?». ¡Por todos los demonios! ¿Cómo no iba a asustarme? ¡Si lo hicieron adrede! ¡Allá mismo se pudran, que Dios me perdone! Tanto cavar, tanto cavar... Un día de estos no van a dejar calle, la abrirán de lado a lado y se tragará a todo el que quiera pasar.

—¿En la Ofitsérskaya, dónde? —Gliceria ha acabado de picar el azúcar, ha echado los pedacitos en un plato pequeño. Ella misma es pequeña, parece un gorrión.

—Aquí mismo, a la vuelta. ¿Cómo la llaman ahora? La calle de los Decembristas. Gliceria, más que lamer, succiona el azucarillo, reflexiona.

—Los *decembristas* estos... ¿cuándo se hicieron famosos? ¿Durante la revolución o en la guerra?

—¡Dios te ampare! —Ariadna hace una mueca misericordiosa—. Pero ¡si eran del año de la polca, de principios del siglo pasado! La revuelta *decembrista* de mil ochocientos veinticinco. Aquellos oficiales aristócratas que luchaban contra la servidumbre.

Es culta. Lee libros. Tiene toda una estantería llena.

—Vale, así que fue entonces... —Gliceria ha meneado la cabeza—. Por eso no me sonaba. Es mi madre la que fue liberada. Los míos eran todos siervos. Aunque tampoco vayas a creer que madre se alegrara mucho. Decía que con los señores se estaba mejor. Los que salieron mejor parados fueron aquellos que iban a trabajar a la ciudad. Por otro lado, no les cambió mucho la cosa, de hecho ya estaban libres, al precio de pagar por todo, claro, que es como se hacía antaño. Pero había suficiente, pagaban al señor y tenían para sostener a la familia.

—Justo antes de la guerra —Eudocia apoya la mejilla contra la mano—, también cavaban. Una vez iba yo por la calle y pensaba: ¿por qué cavan y cavan sin parar? Antes o después acabará hundiéndose todo de tanto agujerearlo. Se lo dije a la nuera. Y ella que frunce los labios y va y me dice que es para colocar las tuberías. Que en los tiempos del zar, dijo, no se preocupaban por suministrar el agua a todas las viviendas.

—Madre contaba que el señor era bueno, comprensivo. Que nunca casaba a la fuerza. Mi padre, por ejemplo, era herrero. Pues bien, un día los dos, él y madre, se presentaron ante el señor. Y nada, les dio la bendición sin más. Como tantos jóvenes que hasta mucho después siguieron yendo a pedir la bendición. Habían sido ya liberados, pero seguían yendo...

—¿Quién te ha dicho que no se preocupaban? Nosotros tenemos el grifo desde antes. Y el agua salía siempre limpia, no apestaba. Pero nosotros, soñaba la nuera en voz alta, cambiaremos las tuberías en todas partes. Y habrá trenes debajo de la tierra, decía riéndose.

—Antes de la guerra —recuerda Gliceria—, se reían a menudo...

Eudocia arruga la nariz.

—Es justo lo que saben hacer. O se ríen, o cavan...

—Señor —suspira Ariadna—, cuántas fosas anónimas... Me duele solo de imaginarme las que habrán quedado después del sitio.

—El sitio, el sitio... ¿Y qué me dices del canal?^[3]

Gliceria se santigua.

—Sobra gente. Unos cavan, otros se quedan enterrados.

—Si así fuera... —Eudocia golpeó la taza contra la mesa—. Cavan y piensan que cavan para otros. Y luego, ¡toma!, resulta que era para ellos mismos. ¡Ea, basta ya! —Alisa el mantel—. Ni que se arreglara charlando. Como esta muela, maldita sea, qué suplicio otra vez. La boca ya está vacía, no me quedan más dientes, y sigue mortificándome...

Leotardos de lana gruesa. Glicería desmalló su chaqueta vieja y los tejió a dos hilos. Botas de fieltro con chanclos, blancas. Ahora curten solo las negras. La caña es rígida, no se dobla ni se desdobla, andas como en cepos. Debajo de la gorra le ponen un pañuelo de algodón; se lo ajustan y siempre le preguntan si está bien, si no aprieta. El abrigo es nuevo, de invierno. Eudocia le dio la vuelta al suyo, que es de paño, y le puso dos capas de entretela de algodón. Ella se apaña con otro más sencillo y gastado, dice que para lo que le quede de vida ya le vale.

—Vamos al de San Nicolás. —Se cubre con la toquilla, mete las puntas debajo del abrigo—. Iremos a pie, no saquéis el trineo.

Ariadna le dice mientras cierra la puerta:

—Por favor, mira por el camino si ya venden los árboles...

La escalera es ancha, de pendiente suave. Hay dos pisos en cada hueco. El edificio en sí es viejo, aunque del que había solo se ha conservado la gruta. Los bolcheviques no lo tocaron. Tritones, conchas marinas, todo está intacto. Sofía gira la cabecita cada vez que pasa por delante. Adora los cuentos.

Hace mucho que Ariadna se ha fijado. Antes le daba lo mismo: se sentaba y escuchaba lo que fuera con tal de que le leyeran. Ya fuera *Caperucita Roja*, *Blancanieves* o el tal *Buratino*.^[4] Ahora ha aprendido, trae el libro, lo abre y se lo entrega a Ariadna. O sea, que le lea el de la niña, el de la Sirenita. Ariadna ya empieza a estar harta, tantas veces el mismo cuento...

—Pero si te lo sabes de memoria —le dice.

La pequeña frunce el entrecejo, los ojos se le llenan de lágrimas, clava la uñita en el título: lee. Ariadna incluso ha intentado algunas tretas: ahora me salto unos párrafos, ahora una o más páginas... Qué va, ya no se chupa el dedo. No hay modo de engañarla.

Glicería fue la primera en darse cuenta. El angelito es consciente de su mudez. Ve en la Sirenita de marras un parecido con ella. Solo que aquella al menos sabe por qué se privó del habla. Y la nuestra, la pobre, no tiene ni idea...

Delante de la casa está el jardín. Detrás hay un monumento que mira hacia la plaza dándonos la espalda. En los días cálidos, los niños trepan por la barandilla. En invierno está helada y resbaladiza. Ahora doblamos la esquina y ya estamos, ahí se ven las cúpulas.

La abuela se lleva las manos a la espalda.

—Esperemos un poco —dice—. Se me entumece toda la mañana, es para desesperarse.

Se ha parado, mira alrededor.

—Ojalá —susurra— Dios me conceda al menos otros veinte años...

Camino a su lado y pienso: es viejita, ¿para qué quiere tantos años?

—Por ver ni que sea un momento cómo se les acaba el mundo.

¿A quiénes?

Eudocia, como si oyera, gruñe enfadada.

—A quiénes va a ser... A los bolcheviques. Vale —me dice—, tú, calladita. No hagas caso a esta vieja gruñona. Mejor mira por dónde pisas, no te vayas a caer... Primero pasaremos por la iglesia, he de poner una vela. Hoy es un día malo, un aniversario triste. Después ya iremos hacia el campanario. Daremos la vuelta por el canal... y a casita.

Abajo está oscuro. El templo superior es alegre. Subes la escalera y se despliega ante ti una belleza indescriptible: mires por donde mires, está decorado con oro.

Cuando era un renacuajo, la traíamos a la comunión. Ahora nos da miedo. Otra vez están derribando las iglesias. Están que rabian, so víboras. Después de la guerra parecía que se habían calmado. Pero han vuelto a las andadas...

En la iglesia la abuela Eudocia se pone solemne.

—Esto —explica— es el altar. Delante está la Puerta del Zar:^[5] cuando se abre se ve todo de parte a parte. Los sacerdotes se mueven por el altar como los justos en el cielo. Por la tarde empezará el servicio, encenderán las lucernas. Es una luz suave, benigna. Miras alrededor y se te alegra el alma: el oro brilla, resplandece, el alma se baña en una cálida bondad.

Se va a buscar las velas, vuelve, la coge de la mano, la guía.

—Calienta —dice— la vela por la otra punta. Ajústala bien para que no se caiga. No eches ojeadas. Mira directo a la imagen. Ahora nadie te mira, santíguate. No, así no, calamidad: junta bien los dedos. Pide a la Virgen por las almas de los desgraciados, de los pecadores. A mí no me ha hecho caso, a lo mejor escuchará a una privada del don de la palabra.

Las imágenes son severas, oscuras. Bailan bajo las llamas, laten en las velas. La abuela Eudocia dice:

—Arden débilmente las almas vivas. Se quemarán y se presentará entonces la vieja de negro: echará los cabos al dobladillo. Es como nosotros: ardemos un tiempo

y nos apagamos. Aunque las velas se consumen hasta el final, los hombres, en cambio, no siempre lo alcanzan.

Es mejor ir con la abuela Glicería. Con ella toca San Nicolás.

—Reza —le apunta—, Sofiita, por los peregrinos y los viajeros.

También está en su habitación. Y debajo hay fuego en una taza roja. La abuela se acerca. Le mira, le habla. Susurra, susurra. Él sigue callado. Debe de ser que tampoco sabe hablar.

—Nicolás —le cuenta—, es el santo que protege a todos. A los que recorren el mar, a los que se pierden en el bosque, les enseña el camino. Visita a los condenados, cura las enfermedades...

La conduce hacia la imagen, le explica:

—Mira. Aquí está representada la vida humana. De principio a fin, en este mundo y en el más allá. Allí no les falta la luz. En el centro está el Señor, a ambos lados los justos. No se acuerdan de la vida pasada, disfrutan de la vida nueva. ¿Para qué necesitan recordar? Ya todo ha cambiado a mejor y para siempre. Pero abajo —trata de asustar— está el infierno. Ahí todo son torturas: llanto y rechinar de dientes. Ahí es, dicen, donde acaban los pecadores. Sin embargo, Nuestro Señor es misericordioso. No todos los pecadores son iguales: unos son empedernidos, otros tan solo andan desorientados, faltos de cordura o sensatez. La vida —suspira— se viste y reviste de mil maneras, sobre todo, mientras eres joven.

Salimos de la iglesia, caminamos por el malecón. Dentro de poco vendrá esa casa horrible, la de esos hombres enormes. La abuela dice: «Estatuas, cabezas de hierro». Pasamos por delante, echo una mirada de reojo: ¡qué pies tan enormes! Si te pisan, seguro que te aplastan.

Dada toda la vuelta, se llega a casa.

—Bueno, ¿dónde habéis estado, qué habéis visto? —La abuela Glicería la ayuda a quitarse la ropa.

—¿Dónde hemos estado? —responde la abuela Eudocia—. Dile que en la iglesia, y luego paseando por el malecón.

—¿Y qué tal? Un helor de mil demonios, a que sí. ¿No habréis cogido frío?

Se quitan los chanclos, dejan las botas junto al radiador para que se sequen.

—¿Por qué está tan ceñuda? —Aparece la abuela Ariadna, se apoya en el quicio.

—Ya se sabe. Le dan miedo esas estatuas. —Eudocia desenrolla la toquilla—. Por mucho que se lo expliques, es lo mismo que hablarle a una pared.

—No son más que estatuas. —Ariadna meneaba la cabeza—. ¿Por qué tenerles miedo?

La coge de la mano, la lleva a su habitación.

—Ya te lo expliqué, ¿recuerdas? Se llaman Atlantes. Los escultores los hicieron de piedra. Hay un cuento que dice que aguantan nuestra tierra. Por dentro están vacíos. Solo hay alambre para que la estatua sea más sólida.

Sobre la mesa hay un lápiz. Y un libro para mayores, abierto. Al lado, un fajo de hojas de papel. La abuela Ariadna las suelta una por una. Son para dibujar.

—Venga, dibuja mientras se calienta la comida.

Se va.

Arriba, una nube. Debajo de la nube, una casa grande. Debajo, un canal largo. A lo largo de canal se extiende una cerca. Delante de la casa se alzan esos, los enormes. Las cabezas son negras, terribles. Dentro tienen el alambre. Esos dedazos abiertos en cualquier momento van a agarrar algo o a alguien...

Aparta el lápiz, escucha: no, todavía no han llamado. Vuelve a coger el lápiz. Las letras salen grandes, toscas. Ha escrito:

BOLCHEVIQUES

—¡Cuánto silencio! ¿Estás dibujando? —La abuela Ariadna se asoma por la puerta. El almuerzo está listo—. ¿Me enseñas el dibujo? Dios santo... —Se tapa la boca con la mano. Agarra el dibujo y sale corriendo.

Entra la abuela Eudocia, la mira severa.

—Pero ¿qué mosca te ha picado, niña? ¿Acaso has perdido el juicio? Te arrastrarás a la perdición a ti misma, y a nosotras por descontado. ¡No escribas esos disparates!

Ha fruncido el entrecejo, la amenaza con el dedo.

—¡Te estoy vigilando!

* * *

—Tú, Eudocia Timoféevna, deberías cuidar esa lengua. Ha sido por tus discursos. ¿Y si rompe a hablar de repente y nos sale con esas, eh? Figúrate que lo hiciera, por ejemplo, en el colegio, ¡que Dios nos proteja! —Ariadna engancha un punto con la aguja, reflexiona en voz alta.

—Y nos perdone nuestros pecados —suspira Glicería.

—¿Qué pintan aquí nuestros pecados?

—Tal y como está el patio —Glicería cuenta los puntos—, ya no sé qué es mejor, si lengua suelta o punto en boca, como hasta ahora.

—¡Como si necesitara ir al colegio! —Eudocia suena culpable—. Yo, por poner un caso, no fui a más de tres clases y quedé servida para toda la vida. La nuestra ya sabe leer, ruso y francés. Aprenderá a contar y ya está, suficiente.

—Piensa un poco, Eudocia: ¿de veras crees que se va a librar de la escuela? Como no empiece a hablar pronto, la enviarán al colegio *especial*. —Ariadna susurra como evitando oídos ajenos.

—Eso nunca —eleva la voz la otra—, no lo permitiré. Por encima de mi cadáver. No es lugar para ella.

—Huy, tu cadáver, qué miedo. —Glicería echa una mirada furtiva a la puerta—. Cuando les parezca se plantan aquí y se la llevan por las buenas o por las malas...

Silencio al otro lado de la ventana. Subiendo por los cristales crecen las flores heladas. En el rincón está el armario de luna. Cierro los ojos, entra el miedo. Como si alguien se acercase cautelosamente, amenazase con llevarme...

Las voces son secas, débiles, apenas se oyen. La abuela Glicería teje la chaqueta, me la ha prometido para las fiestas. Será azul, abrigará mucho.

La vieja —dice— te viene pequeña, vamos a deshacerla. Añadiremos un poco de lana roja. Hay que ponerte en regla para ir al colegio...

Es divertido deshacer el punto: el hilo corre, se desliza de la urdimbre. Ahora se traba, ahora se desenreda. Glicería va tirando, Ariadna, sentada enfrente, ovilla. Cuando se le rompe, busca las puntas, las une con un nudo. Salen unos ovillos vaporosos, blandos, rizados de los puntos de la prenda anterior. Los lavan, después los tienden y a cada uno le cuelgan una bolsita con arena. Es para alisar los puntos. Si no, empiezas a tejer y los puntos viejos no se ajustan. Así, en cambio, el hilo es liso, solo que hay muchos nudos.

* * *

He vuelto del trabajo.

—Bueno, he ido a los almacenes Gostini Dvor. A preguntar y tal. Nada, que se les han acabado los conjuntos. Que la mayor parte se les fue en atender pedidos de empresa, enviando lotes completos directamente a cada sitio. Quién te dice que nuestro comité sindical no nos los haya encargado también. Ojalá.

Saco las patatas, pongo unas hojas de periódico para pelar encima. Tengo las manos cansadas: hasta se me cae el cuchillo. Ay, últimamente me siento más rara... Por la mañana salgo, y nada, todo bien. Me viene luego. Como un mareo. La comida se me revuelve en las tripas.

—No se olviden de que el domingo hemos de ir a la oficina de administración del inmueble, a hacer cola para recibir la harina. Pasaré antes, preguntaré, a lo mejor hay listas para apuntarse. Decían que sirven dos kilos por persona. Y hay que calentar los clavos. El año pasado me dio pereza y la harina se pudrió. Por favor, prepárense para el domingo, vengan abrigadas. Háganse a la idea de que habrá cola para un par de horas, si no para tres.

Lo de la niña me lo he callado. Da lo mismo, tampoco iban a dejarla ir: «No es para ella, ni pensar en meterla en esos apretujones». A los otros no les importa, traen hasta a los recién nacidos. ¿Acaso tienen alternativa? Solo dan a los que se presentan.

Peladas y lavadas, dejo las patatas sobre el fuego. Ahora hay que tirar las pieles. Entra frío por la puerta trasera.

En la escalera están los cubos de basura, allí, arrinconados. Mamá sale para tirar las pieles de patata, las tira al cubo. El cubo está lleno, las pieles caen al suelo. Si te asomas por la puerta, la abuela Eudocia te echa la bronca.

¿Adónde crees que vas? —grita—. ¿O es que ya te has olvidado del Gran Cuervo negro? Mira que como te atisbe...

El Cuervo viene por las noches, a picotear la basura. Revuelve, picotea las pieles y se va volando.

He pasado la mano por las estanterías.

—No hay clavos —digo—. Habrá que ir otra vez al basurero.

—Tú —sugiere Eudocia— busca tableros gruesos; en los finos solo meten clavos pequeños, no nos sirven.

—No voy a ir ahora, ya ha oscurecido. Hasta el domingo queda tiempo, y, una vez los tenga, ya encontraré el momento de calentarlos.

La cocina es negra, enorme. Delante hay una puertecilla de hierro, por ahí meten la leña. La colman y corren el cerrojo. Dentro, el fuego se enoja, gime. Miras por la ranura: las llamas se encabritan, desprenden chispas. Ojo, no te acerques tanto, como te descuides, vendrá de puntillas la bruja, te empujará y te quemará viva...

Calientan los clavos, luego los sacan con tenazas. Están curvados, rojos. Cuando se enfrían, los meten en los tarros con la harina, para que no se pudra.

He colado las patatas, he llamado a cenar. Cada cual se come la suya con un poco de aceite. A Susana le dan el quesito envuelto en papel de plata.

—No vale la pena —dicen— que se atraque de patata. Ya tendrá tiempo para hincharse de comida mala.

—Estáis criando a una señorona —me río—, ¿por qué no le compramos caviar para la cena?

Han acabado y se van de la cocina. Ahora se pondrán a leer. Que disfruten.

La abuela Gliceria aparta el libro.

—Me duelen los ojos —dice—. Se han vuelto débiles. Por la noche me lagrimean. Hoy te contaré el cuento tal como lo recuerdo.

Érase una vez un reino. Reinaban allí el rey y la reina, se amaban mucho y vivían en paz, solo que no tenían hijos. Habían perdido ya toda esperanza cuando el Señor se apiadó de ellos dándoles una hija. Se alegraron, buscaron para la niña un nombre bonito. Invitaron al palacio a...

Vaya, acabo de caer en la cuenta de que he puesto en remojo la ropa de la cría en el barreño de todas. Menos mal que las viejas no se han fijado: mandan lavarla por separado.

—La suciedad de los mayores es corrosiva. Se acumula a lo largo de la vida. Por mucho que te laves, no se va.

Si ellas lo dicen... Algo entenderán después de tantos años trabajando en el hospital. Hacían de sanitarias en el servicio de admisión.

Eudocia fue la primera. Después sedujo a las otras. Por cada día de guardia descansas los dos siguientes. El hospital es cómodo. Es un buen trabajo, fácil: recibes al paciente, le entregas la ropa y otra vez a sentarte la mar de tranquila. Comes mejor que quieres, de la olla común de la plantilla, la andorga llena a cuenta de la casa. Y también puedes bañarte. Encima, como a los enfermos, te cambian a diario la ropa de cama: la coges, te haces la cama, y ya está. Ni siquiera has de lavar la sucia. De eso se encarga el personal de lavandería. Ojalá en la residencia lo hubieran organizado así, allí nos teníamos que apañar como fuera...

... Aquella hechicera tenía muy mala baba. Se puso hecha una fiera cuando se olvidaron de invitarla. En cuanto se enteró, se prometió a sí misma que se vengaría, que se iban a acordar de ella para los restos. Entretanto, en palacio, con sus mejores galas pero sin ringorrangos, el rey y la reina recibían a las hadas y agradecían sus generosas ofrendas. Nada más sentarse a la mesa del banquete, se oyó un trueno tremendo, estremecedor como un negro presagio, tan negro como el negro carruaje y el gran cuervo negro que lo arrastraba hacia allí por el cielo, echando ojeadas desvergonzadas a diestro y siniestro, graznando que se te ponían los pelos de punta. En esas que llegan, sale la hechicera del carruaje y camina directo hacia la cuna. «¿Habíais pensado arreglaros sin mí? ¡Qué poca consideración!». Amenaza con el dedo. «Os he preparado un regalito: que viva hasta que crezca, cuando entre en la edad núbil, se pinchará un dedo con una aguja envenenada y morirá al instante...».

Frota que te frota... El jabón se me resbala de las manos, se me escapa cada dos por tres. Hay que hervir la ropa: arrastras la olla, ¡madre, pero cómo pesa! Cuando se enfríe, habrá que aclararla y, luego, añilarla. Entre esfuerzo y esfuerzo, me dan unos retortijones de órdago. Antes era soportable: me tumbaba y poco a poco iba aflojando la cosa. Últimamente hay sangre. Tampoco es que sea mucha. Mancha un par de días y luego para, pero ya van varias veces. Y quieras que no, se ha de poner algo. Los trapos esos los lavo por separado.

En el sótano está el lavadero común. Todas van allí. Al principio también iba yo. Después, renuncié. Ardor, bochorno, esas ollas inmensas. Que vayan las de los pisos comunes. Lavar en la cocina compartida es una tortura. Yo lo tengo bien: las viejas se

acuestan temprano, así que, mientras llega la noche, dentro de lo que cabe estoy a mis anchas, soy dueña de mí misma...

... El rey y la reina se deshacen en llanto, entonces sale el hada-jefa a la luz del día. Se había ocultado de antemano para esquivar el encantamiento y poder combatir las malas artes de la bruja. «No lloréis, majestades —les consuela—, no se saldrá con la suya, el mal no prevalecerá. Me faltan fuerzas para cancelar la maldición, pero tampoco me quedaré con los brazos cruzados: haré mi propio hechizo. Que cuando la niña crezca sufra el pinchazo de la aguja envenenada es inevitable. Se pinchará y caerá como muerta, sí, pero... no morirá, solo se sumirá en un largo sueño. Dormirá mucho tiempo, pero al cabo llegará su hora y se abrirán sus ojos. Y se despertará para siempre jamás, por los siglos de los siglos...».

La abuela Eudocia entra en la habitación.

—Amén. Mira qué bien, si ya habéis dicho las oraciones y todo, y yo que aún os hacía en el cuento. Bueno, pues a dormir tocan. ¿Lamparilla? —A tientas encuentra la perilla—. ¿O ya eres capaz de dormirte sin la luz?

La lamparilla es blanca, con dibujos de color rojo. Representa una casita. Por los lados están las hadas, en la cúpula se ve un gallo dorado...

Por fin he acabado de lavar. La ropa bien retorcida cuelga por toda la cocina. Se está bien aquí de noche. A solas, en el silencio. Miras afuera y todas las ventanas están a oscuras. Como si no hubiera nadie.

Cerca de Gostini, por un momento me ha parecido verle. A él, digo. El corazón se me ha helado. Dentro de la sorpresa, me escamó un *nosequé* de imponente. ¿Y esos andares, y ese gorro de piel de reno? Le he adelantado, he mirado de reojo. Pero no, no era él. Qué tontería... Él es distinto. ¿Que cómo es? No es tan fácil decirlo. No tengo las palabras justas.

Han pasado años, se me van olvidando los rasgos. Ya se verán en la hija, me dicen, por fuerza te lo recordará. Sobre todo, si ha salido a él. Por ahora cuesta de ver: más bien diría que ha salido a mi difunta madre. Aunque hay veces que se sienta, apoya la mejilla en la mano y es él, clavado. De cara no se le parece, pero ha heredado el porte. Jamás ha visto al padre pero es como si lo recordara. ¿Y si hablara? ¿Acaso hablaría como él? Otra vez me iba a quedar sin comprender ni la mitad. Me despabilo, me despierto de golpe: que hable, que hable como sea, hasta en francés, pero que hable.

En estas cosas no hay quien se aclare. De pequeña ya me hacía cruces. De los mismos padre y madre surgen hijos diferentes. Uno es trabajador, labra de sol a sol sin enderezar el espinazo; otro, en cambio, es un vago de mucho cuidado, no da un palo al agua...

—¿Cómo es posible? —le preguntaba a la maestra.

—No sé —me decía—. Aquí manda la naturaleza.

Cuando estaba preñada, también pensaba en ello. Hasta abordé a Zoia Ivánovna.

—Todo —respondió— depende de la educación. Se recoge lo que se ha sembrado. Si te descuidas, saldrá al canalla de su padre.

—No vale la pena —dije— reprochar nada a quien no está. El padre es el padre, pero la culpa es mía.

Con la de veces que me había precavido madre. ¿O es que acaso me había enseñado a revolcarme con el primero que me cruzase por el camino?

También, pensaba, influye el nombre. El mío, sin ir más lejos y ya que estamos, es Antonina, pero siempre he sido Toñka; suena feo, y eso seguro que te marca. De manera que decidí que si fuera niño le llamaría como su abuelo, a los niños les da lo mismo. Pero si tenía una niña, le buscaría un nombre bonito, para que oyera algo agradable desde los primeros días. Tal vez así no repitiera mi vida.

A ver, según la ley, puedes poner cualquier patronímico. Zoia Ivánovna me aconsejaba:

—Regístrala con el nombre del abuelo, de tu padre.

No sé, pensé, no estaría bien, eso no se hace. Mejor que viva con el nombre del padre. Y así lo hice.

Las viejas opinaban a su manera:

—Crecerá lo que ha nacido. A veces del pino nace una manzana, y en ocasiones surge una piña del manzano.

—En tal caso —pregunto—, ¿para qué esforzarse, para qué educar a la cría? Por mucho que sudes, la piña no se volverá manzana.

—Claro —reconocen— que una piña es una piña y ahí sí que no hay tu tía. En cambio, si se trata de una manzana, todo dependerá de la gente: se quedará en fruta ácida, salvaje, o se llenará del jugo cultivado.

Entorno los ojos: ruedan los ovillos de mil colores... Los hilos se han enredado. Las abuelas agarran las puntas, las juntan en nudos... La cortina se ondula: detrás se ha ocultado el hada, espera a la bruja mala. La bruja ha aparejado al Gran Cuervo negro, se desliza sobre las calles: delante de la iglesia, a lo largo del canal, hacia la casa negra... Los bolcheviques la ven y se alegran. Mueven sus dedos vacíos...

* * *

—Anoche —se lamenta Ariadna— no pude pegar ojo.

—Pues anda que yo... Ya te oí corretear por la habitación. A través del tabique se oye todo.

—Tenía mucha sed —se disculpa—. La garganta reseca. Me levanté una vez, otra... Bebía, volvía a la cama. Y nada, no servía de nada.

—¿El agua sola? Claro. Haberle echado valeriana al menos.

—Y en la cama pensaba... Si mi nieto Aliosha hubiera vivido... Por edad, Sofía podría ser su hija.

—Ay —Glicería llena el azucarero—, por ahora, calma; no habla. Cuando hable, ya veréis lo que tarda en preguntar por el padre.

Eudocia aprieta los labios.

—Que se lo pregunte a su madre. Para algo es la madre, ¿no?

Ariadna mira alrededor, busca las tenazas.

—En todo este tiempo... no se ha presentado ni una sola vez. Muy honesto no parece que sea el tipo.

—Mujer, también pudiera ser que se hubiera muerto, ¿no?

—Ya, claro. —Eudocia moja el pan seco en la taza—. Esos vividores se cuidan muy bien, no la espichan así como así.

—Déjalo en paz —Glicería entra en su defensa—. Quién te dice que no está contemplando a su hijita desde el cielo.

—Oh sí, contemplándola, el muy... —Los labios se vuelven un hilo—. Haber ayudado a criarla, y en el caso improbable de que ande por ahí arriba, menos contemplar y más interceder para que el Señor le conceda el don del habla.

—¡Por el amor de Dios! —Ariadna sufre—. Pero ¿os dais cuenta de las barbaridades que estáis diciendo?

—Aquí cualquiera se vuelve bárbara. —Eudocia chasquea los labios—. Suerte que estás tú, doña Cultura. ¿Qué habríamos hecho sin tus sesos?

—Antonina dice que desapareció... Que dio media vuelta, dobló la esquina y nunca más se supo. —Glicería ha bajado la mirada, la esconde en el fondo de la taza—. Es por eso que he pensado... ¿Por qué habrá desaparecido? ¿Y si le ocurrió algo malo?

—Tonterías. —La mirada de Eudocia es fulminante—. Piensa cuándo fue. Aquellos años era justo al revés, los soltaban a montones de las cárceles. De los que sobrevivieron, muchos regresaron. No es como... —Se ha enfadado del todo. Ha apartado el pan.

¿Qué padre? ¿A quiénes soltaban? ¿Adónde regresaban?

—¡Pero bueno! —La abuela Eudocia se vuelve—. ¿Me quieres hacer creer que aún no ha acabado tu cuento de la radio? ¡Baja de la silla, señorita orejas largas! ¿Qué costumbre es esta de escuchar las charlas de los mayores? No hay nada de tu interés. Vamos, juega un rato en tu cuarto.

Corro a mi habitación.

Pero si es sobre aquella niña. La que vive en el armario.

Abres la puerta y allí está, observando. Llevamos los vestidos iguales, los cose la abuela Glicería. Su habitación se parece a la nuestra: la mesa, la cortina, las paredes de color amarillo. Pero solo hay una cama, la otra no está. Puerta sí que hay, y escalera, también. Su padre regresa por la escalera, mira desde el otro lado de la puerta. La contempla un rato y se va.

Su casa es pequeña; ¿para qué necesitan una grande? Para qué si no tienen abuelas. Las abuelas están aquí, viven conmigo. Su mamá ni duerme ni cocina. Solo se peina delante del espejo. Se peina y se va...

—¿Otra vez haciéndole carantoñas al espejo? —La abuela Eudocia asoma por la puerta—. Menuda coqueta nos vas a salir tú.

Cierra la puerta del armario.

—Es la hora del paseo. Irás con la abuela Ariadna.

* * *

Nos acercamos a la verja, hay un candado colgando. El tobogán está vacío, no hay niños. En el jardín se ven muchos hombres vestidos con la misma ropa. Caminan, limpian la nieve.

—¡Dios! —La abuela Ariadna mira dentro—. Cuántos soldados... Vamos, vida mía, al puente, a ver a los leones. Los leones son buenos, educados. Están allí de guardia. Le gustaban mucho a Aliosha, mi nieto. Nicolás, el pequeño, no se acordará. En cambio el mayor sí debería. Veníamos a menudo, como contigo ahora. Seguro que se acuerda de nosotras. Acuérdate de él cuando seas grande. Me moriré y no tendrá a nadie, solo a ti.

De vuelta a casa. Después del almuerzo toca descansar. La abuela Glicería remete la manta.

—Duerme, palomita. Pronto será la fiesta. Habría que comprobar los adornos, no sea que haya alguno roto. Y si lo hay, no pasa nada. Cogemos los hilos de colores y haremos unas cestas pequeñas. Mamá traerá el regalo, pondremos caramelos en las cestas. ¿Para qué necesitamos bolas?

Huele a patata. La sartén murmura en la cocina.

—Está lleno de soldados. Hoy recogen la nieve. —Ariadna remueve, se vuelve—. También en el parque de al lado de casa había una batería de artillería. La suya. Al principio me alegraba: pensaba que haría el servicio al lado de casa. Los primeros días pasaba mucho a verme. Venía corriendo, traía carne en lata. Y es que al principio les abastecían bien. Después, en septiembre, se acabó. Trasladaron la batería al Golfo, a los fortines. Me consolaba: «No pasa nada, mamá. Estoy cerca de Leningrado. Pronto me darán un día libre». Escribía a menudo. Después dejó de escribir. La última vez fue en febrero: el pequeño ya se había muerto. El mayor vivió más, él y su madre duraron hasta el año siguiente.

Asienten, escuchan. Por enésima vez. Mientras lo cuenta como si fuera la primera.

—Si nadie se hubiera muerto —Eudocia va cortando el pan—, ¿con qué se habrían alimentado los demás? Fíjate cuántos años han pasado desde que se acabó la guerra y todavía escasea la harina. Haced los números, somos cuatro, o sea que nos darán ocho kilos. De otro modo, cuenta a los tuyos, añade a los míos, ¿cuánta harina haría falta? No ya para nosotros, sino en general. Se habría declarado otra hambruna.

—Es verdad. —Glicería coge un pedacito de pan—. Y, sin embargo, la primavera pasada, ¿recordáis?, a muchos se les pudrió. Pasabas por la calle y daba coraje, tantos paquetes de harina tirados. El basurero todo cubierto de blanco... Será que no saben guardarla. Llenan tarros, acumulan cantidades y se les olvida meter los clavos. Con los clavos seguro que duraría como tres años.

—Antes de esa revolución suya —Eudocia arruga los labios—, no era necesario meter los clavos. Y no faltaba la harina.

—Antes de la revolución —Ariadna agacha la cabeza—, la gente también sufría. No de esta manera, claro... Pero, a su modo, muchos sufrían.

—¡Vaya sufrimiento! —Eudocia menea la cabeza—. Sufrían de holganza, ese era su sufrimiento. Los que trabajaban, no sufrían.

—Basta —Glicería agita la mano—, ya se nos ha pasado la vida. ¿Para qué gastar las palabras?

—Si a mí ya casi ni me va ni me viene —se calma Eudocia—. Yo ya estoy más allá que aquí. En el otro mundo no necesitaré la harina. Es por Sofía, me da pena. Tiene toda la vida por delante.

—A veces pienso en la cama: si no hubieran bombardeado los almacenes, a lo mejor la harina no habría faltado... Decían por la radio que se había hecho una reserva enorme.

Eudocia se muerde la lengua mientras recoge los platos.

Corre el agua, deben de estar fregando los platos. Ahora irán a la habitación, a enrollar la lana.

* * *

—Mira, primero la base.

Los dedos son ágiles, el ganchillo no para de saltar, no hay quien pueda seguirlo.

—Ahora levantaremos las paredes, haremos los puntos en círculo.

Cierra con la orla azul, sujeta el asa. Por el asa se colgará en el árbol.

—¿Recuerdas qué adornos hay? —pregunta la abuela Glicería.

Bolas de vidrio, pececitos, animales de cartón. También hay pájaros de vidrio, palomas. En vez de patas tienen ganchos. Son para sujetarse en el árbol. Hay

palomas en el patio de la iglesia, aunque son diferentes: se dan aires de importancia. Caminan haciendo combas. Les echan el mijo limpio. Y entonces vienen volando, picotean.

Allí, donde la iglesia, hay un viejo espantoso. Se mueve encima del trineo. Su trineo está roto: no tiene respaldo. Es corto, las perneras están vacías, en vez de manos tiene unos ganchos de metal. Se los hizo de alambre, los apoya en el suelo, se empuja él mismo hacia delante. La abuela Glicería se enfadaba.

—¿Qué miras? Mira a otro lado. Es un mutilado. Regresó así de la guerra. Antes había muchos como él. Ahora se ha quedado él solo, los demás habrán muerto. Dejaron de sufrir. Están descansando en el cielo.

Así que es esto: aquí son espantosos, allá, en el cielo, se convierten en palomos. En el otro mundo les hicieron el árbol. Se sientan encima. No sufren, se sujetan de las ramas con sus ganchos. Y es que los palomos no necesitan manos. Ahora tienen picos y picotean los caramelos de las cestas.

La abuela fija el hilo, estira la cesta con los dedos.

—Muy bien —dice—, lista la primera. Ya podemos almidonarla. Por la noche haré una más.

Coge su labor, la cuelga, se aparta. Mirándola de cerca solo se ven cruces de colores.

—Tú —manda— aléjate un poco. Desde lejos se ve mejor.

Es verdad: se ve el caballo, lo monta un hombre con una lanza.

La abuela dice:

—Es san Jorge, el santo de mi padre. Siéntate a mi lado, aún has de acabar tu flor, te contaré quién era.

Ocurrió en Jerusalén, en la Ciudad Santa. Alrededor de la santa ciudad había tres reinos desvergonzados: Sodoma, Gomorra y otro sin nombre. Observaba el Señor su vida impía, se cansó y mandó que Sodoma y Gomorra desapareciesen de la faz de la tierra. Al tercer reino envió un terrible dragón. El dragón se instaló en la plaza y rugió: «¡Traedme un hombre de cada ciudad!». Se iban quedando cada vez con menos hombres.

Ha cortado el hilo de un mordisco, observa.

—Aquí —promete— irá el dragón. Lo acabaré y te lo regalaré. Para que te acuerdes de mí cuando falte. Lo colgarás en tu cuarto.

La abuela Eudocia lo ha oído y no quiere ser menos.

—Yo —dice— te dejaré un mantel antiguo. De paño regio, con arabescos y cenefa toda bordada de rosas. Cuando vengan invitados a tu casa, se quedarán maravillados al sentarse a tu mesa. Y tú les dirás que era del ajuar de la abuela.

La abuela Ariadna la llama a su habitación. La niña corre hacia allí, entra. La mujer entrecierra la puerta, mira con un ojo afuera y con el otro a ella, por encima del

hombro, luego se vuelve y le dice:

—Yo también te guardaba un regalo. Son pendientes antiguos, con diamantes. Recuerdo de mis padres. Lo último que he conservado, lo demás lo trocamos cuando la guerra. Te los pondremos. Nadie los tendrá iguales. Y de mayor, cuando te mires al espejo, quizá alguna que otra vez pienses en mí.

Cuando se mueran, se irán a vivir con la otra niña. La otra niña las recibirá muy contenta. Lo malo es que, con lo pequeño que es su cuarto, vivirán apretujadas. Mejor que mueran también sus habitaciones y se vayan con ellas, así habrá espacio para todos...

—¿Y esos pucheros? —pregunta la abuela Ariadna—. No nos echéis de menos tan pronto, que aún nos queda algo de cuerda si Dios quiere. Disfruta de la vida ahora que puedes, no pases pena por nosotras. Te cuidaremos, te veremos crecer, tienes tanto camino por delante... Ea, vamos, a la cocina: es la hora de tomar leche.

Camino y pienso: ¿dónde comerán en el otro mundo? Es preciso que la cocina también muera.

* * *

La abuela Ariadna ha pasado la leche por el colador.

—Tómala y cómete el melindre.

El glaseado está seco, se cae, las migas blancas parecen cristalillos de nieve.

Los melindres se hacen de harina. En el otro mundo no hay harina, o sea que no hay melindres... ¿Qué comerán allí? ¿Sopa, tal vez?

Se oye un golpe en la puerta de entrada y el chasquido de la cerradura. La abuela Glicería asoma la nariz.

—Corre a saludar a mamá.

Pero mamá llega antes, se deja caer en la silla, junto a la mesa, suspira cansada y abatida.

—Vengo reventada. He revuelto el basurero de arriba abajo y solo he encontrado dos tablones. Haber ido ayer, burra de mí... Hoy se han despertado todos a una y han arramblado con lo que había. Los clavos, vamos, un desastre: torcidos, oxidados, a duras penas he podido arrancarlos. Qué desespero de día. —Resopla, se retira una greña—. Por fin respiro. Pensaba comprar riñones para la sopa. Me he acercado a la tienda y, ¡toma!, al entrar he caído en que la paga será el viernes que viene. No, a ver,

en principio llegamos, tengo seis rublos apartados por si traen los conjuntos. Zoia Ivánovna ha prometido que... En fin, verá qué se puede hacer. Pues eso, y además la semana próxima habrá mucha faena, estamos muy por debajo de la norma de producción. Le he dicho al jefe que si hace falta haré horas extra. El plus por las horas extra lo pagan el día treinta. He pensado que deberíamos comprar vino para la fiesta. Recibiremos la harina, haré empanadas. Con patata, o tal vez con col. En el trabajo oí a una comentar que ella lo que iba a hacer era comprar una tarta en la pastelería El Norte. Por un momento pensé: ¿y si nosotras también lo hacemos? Pero enseguida me dije: no. No estamos para caprichos. Mejor comprar salchichas o queso, que al fin y al cabo también hacen fiesta y son de más provecho. Prepararé una ensaladilla. Y arenques salados, los sazonaré con cebolleta. Recibiremos el año como la gente de bien.

Eudocia dice:

—¿Cómo se puede dejar a la criatura sin la sopa? Al menos hazle una de verdura: un poco de patata, un poco de zanahoria. Le echaremos leche. Falta mucho hasta el viernes...

—Nosotras —se disculpa Ariadna— cobraremos la pensión el jueves.

—Ay, mujer —se me hace un nudo en la garganta—, pero si no lo decía por eso. Con lo de las horas extra sacaré como ochenta rublos. Nos apañaremos. Vale —digo—, me voy a tumbar una horita. Cenen ustedes. Estoy cansada...

—Arenques... —Glicería mira la cazuela vacía—. Un poco de salado siempre apetece.

—Ojo que te conocemos —se enfada Eudocia—, ¡pues no eres tú manirrota!

Cómo me pesa la cabeza. ¿Me habré resfriado?

Me he tumbado. Qué mal, últimamente estoy como muerta. Corro de aquí para allá, hago esto y aquello, pero por dentro es como si estuviera vacía. Qué largo es el invierno. Cuánto cuesta aguantar hasta el verano.

* * *

A la hora de comer he buscado a Zoia Ivánovna, le he preguntado por el conjunto. De pronto me dice:

—Pasa cuando finalices tu turno. Tengo que comentar un tema contigo.

De vuelta, me sale al encuentro la Sitin.

—¿Cómo te va la vida? ¿Y las viejas brujas, aún no ha palmado ninguna? ¿Qué tal se llevan con tu madre?

—Pues no se llevan mal —le digo—, vivimos en paz.

—Tú cúrate en salud, no les consientas según qué. Yo, mientras viví allí, las tenía en un puño. No te den pena por viejas, esas nos enterrarán a todos. ¡La de sangre que me han chupado! Cuando Vladimir era pequeño no paraban de incordiar, a la mínima se presentaban: «Haga callar a su niño, que no grite en el pasillo». «Huy, sí, corriendo, porque ustedes lo manden», digo, «¿acaso quieren que le cosa la boca?». Y

Eudocia, la muy canalla: «Chisss», sisea, «pues mire, un poco de silencio no nos vendría mal». «Ya», digo, «entonces nos las cosemos todos y hablamos con gestos como los mudos para no molestarlas a ustedes, ¿no? Haber cuidado mejor de sus hijos y a lo mejor ahora no estaría aquí dándonos lecciones de cómo educar a los nuestros». Ahí la callé bien callada. ¿Qué podría haberme dicho? Nada. Lo sabía todo sobre ella, me lo había contado la vecina de abajo: al mayor se lo habían fusilado antes de la guerra, y el otro, peor todavía, servía de carcelero. Lo tuyo, Antonina, sería casarte... Nacería el segundo, la fábrica te facilitaría un piso individual. Si no, nunca saldrás de ese pantano. ¡Las muy carcas! Fíjate cuánto tiempo ha pasado desde que nos dieron el piso. Ya son unos añitos y a veces aún sueño con ellas. Me despierto toda sudada. Y luego me recuesto en la almohada y pienso: pero si ya no están. Vivimos solos. Y me duermo como cantando por dentro: ay, Señor, esto es el paraíso...

Vaya mal bicho esa Sitin. Vive a cuerpo de rey y sigue sin calmarse: el carcelero... Hace falta ser mezquina, cualquier cosa vale. Difama, que algo queda. No se para en barras, ni siquiera piensa en que ella también tiene dos hijos. ¿Y si de mayores alguien les hincara el colmillo como hace ella con los de los demás?

Acabada la jornada, he subido al comité.

—Siéntate, Antonina —me invita Zoia Ivánovna—. ¿Qué piensas que estás haciendo con tu cría? Pronto cumplirá seis años, dentro de dos irá al colegio. Sí, ya sé, te ha dado mucha guerra, se te ponía mala cada dos por tres, cuando no te cogía una cosa te cogía la otra, vale. Ahora, al parecer, está bien y no obstante sigue en casa con la abuela. Los niños normales van al jardín de infancia. Mis nietos, por poner un caso: cantan, dibujan, declaman versos... Tu madre es analfabeta, ¿cómo la va a preparar para el colegio?

—No creas, nos vamos apañando —me justifico—. Susana ya sabe las letras. Y no solo eso; poco a poco, hasta lee.

—Tú lo has dicho —recalca—, poco a poco. En el jardín trabajan educadores diplomados; están pendientes de los niños, montan actividades adecuadas. Les hacen participar en representaciones. Una vez a la semana hay clase de música. O sea: ni punto de comparación con quedarse en casa sola, entre vejestorios. Hace poco los llevaron al teatro de marionetas, el mes pasado fue, para las fiestas de Octubre. ¡Si hubieras visto cómo se preparaban para el festejo! Lo bien que se aprendían las canciones, las poesías temáticas. Bueno, y luego está la alimentación: dietética, variada. A ver si te entra en la mollera: tu niña no es de pueblo. Vivirá en la ciudad.

—Gracias —digo—, me lo pensaré.

—¿A qué darle tantas vueltas? —Me mete prisa—. Cuanto más tarde, peor.

—¿Y lo del conjunto? —me he atrevido a preguntar.

—Desde luego, Antonina —ha fruncido el entrecejo—, a veces, más que una madre, pareces una madrastra. Te hablo de cosas serias y tú me sales con naderías. Si sigues en ese plan, cuando te quieras dar cuenta habrás criado a una retrógrada,

entonces te tirarás de los pelos, pero ya será tarde. Anda, ve... Lo de los conjuntos me han prometido mirarlo. Pasado mañana sabremos algo. Tal vez quede alguna cosa en el almacén. Ni que sea de lo que encargamos el año pasado, que hasta yo me pillé un par para mis nietos...

De camino a casa, voy cavilando: Vale, he ocultado la mudez, ¿y qué? ¿Acaso hubiera sido mejor que se enterasen? Pienso en aquella chica de la planta. Trabajó con los ácidos hasta el final, se ceñía mucho la barriga para que no se le notase. Nació el niño, al principio parecía sano. Pero más pronto que tarde comenzó el drama: andaba mal, tenía la cabeza como muy grande. Primero la consolaban: que no sería para tanto, que a lo mejor se corregiría. Después fue de mal en peor... Hidropesía cerebral, lleva años de un hospital al otro... A veces no hay más remedio, pero, otras, para qué te vas a meter en esa rueda, ¿para que te mareen y te vuelvan loca? Que no, que no, que me acabarían desgraciando a la cría. Nada, ni hablar, está decidido. No se la pondré a tiro. Vivimos tranquilas, dignamente, sin nada que envidiar a los demás. Ellos y sus representaciones, mira qué bien... Pues la nuestra irá a Mariinski. Ya lo convinimos, irá a ver el *ballet*. Y las fiestas... Pues eso, que también nos las montaremos por nuestra cuenta: adornaremos el árbol, el nuestro, ya veremos cuál será más bonito... Señor, pienso, pero qué miedo. ¿Y si me la quitan?

Mientras cruzo la calle, me late el corazón que se me va a salir del pecho.

A ver qué dicen las abuelas, que tienen más caletre que yo... Aunque Zoia tampoco es tonta, y no le falta razón: agua pasada no mueve molino. Todo ha cambiado mucho, hay que estar al día, ¿qué saben ellas de lo de ahora?

He vuelto a casa. Comienzo a decir a lo lejos:

—Algunos de mi planta se han apuntado a la lista de espera para el televisor. Trescientos cuarenta y ocho rublos.

—¿De los de antes? —me hace concretar Ariadna.

—Qué va —digo—, de los nuevos.

—¡Santo cielo! —Glicería agita las manos—. Son tres mil quinientos de los antiguos.^[6]

—El televisor también es nuevo, sin la lente, es como cine. A lo mejor deberíamos apuntarnos, ¿eh? ¿Y por qué no? Emiten programas interesantes, tanto para adultos como para niños. Mientras esperamos nuestro turno, podemos ahorrar poco a poco el importe, apartando cada mes, no sé, unos treinta rublos, por ejemplo. Venga, sí. Lo instalaremos en el cuarto de Eudocia Timoféevna, será como nuestro rincón rojo. Por la noche se sentarán, verán las noticias: qué ha ocurrido hoy y en qué parte del mundo, en América, o en Hungría o en... Susana también la verá, para irse empapando de todo un poco, que ya pronto va a tener que ir a la escuela.

No han dicho nada.

—Bueno —digo—, vayan pensándose. A Susana le gusta la radio, la tele está mejor todavía...

Eudocia gruñe.

—Ya no les basta con los rotativos ni con la radio. Ahora, encima, nos encandilan con la tele. Pronto se nos meterán en el meollo de la sesera como dentro de un huevo y sin cascarlo.

—¿Qué mosca te ha picado? —le reprocha Ariadna—. ¿Qué tiene de malo ver un buen programa?

—Por lo que veo no has tenido bastante durante tu larga vida... Yo estoy servida. Mi hijo, también. No paraba de leer los periódicos. «Hay que estar al corriente», decía. Bien sabes dónde y cómo acabó... Su corriente siempre lleva al mismo sitio: leas o no, te informes mejor o peor, te arrastrará igual.

—Haciéndote caso, aún estaríamos en la Edad de Piedra, alumbrándonos con teas.

—¿Y qué? —Eudocia se encoge de hombros—. ¿Acaso molestaban a alguien las teas?

Mamá mira por la puerta:

—Ven, he encendido el fuego en el fogón. Ven a mirar.

He ido corriendo, he puesto la silla pequeña, me he sentado delante de la portezuela.

Mamá dice:

—Cuidado. No te acerques demasiado. Cuando compremos el televisor, la verás hasta hartarte. También tiene como una portezuela, solo que es distinta, de cristal. La pantalla, así la llaman. Enchufas, enciendes y... ¡hop!, allí dentro se despierta una llamita como una estrella, luego de pronto resplandece y, ¡milagro!, ves como unas estampas con figuritas que se mueven... Enseñan, explican dónde y cómo vive la gente. Lo ves y aprendes. Tú también verás mucho y después irás a la escuela. La maestra te llamará: «Levántate, Bespálova Susana, responde: ¿sabes qué es un teatro de marionetas?». Tú dirás: «Claro, lo he visto por la tele. Allí hay muñecos. Unos están hechos de madera, otros, de trapo. Les meten los dedos por dentro y ellos veng a representar: lloran, se ríen... Igual que en la vida». Ella, la maestra, se pondrá muy contenta y te dirá: «Muy bien, Susana Bespálova. Tu nota es excelente, siéntate». Y los niños se quedarán pasmados: «¡Ay, qué niña! No ha ido al jardín de infancia, pero sabe de todo».

Mamá ha abierto la portezuela, remueve dentro con el badil. El fogón desprende un calor que quema los ojos. Cierra la portezuela, se seca los ojos con la mano.

—No pasa nada —llora—, no tengas miedo. Todo irá bien. Venga, ve con las abuelas...

—Bueno. —La abuela Eudocia le desabrocha los botoncitos—, ¿dónde os quedasteis con la abuela Glicería? ¿Dónde me dijo? Ay —suspira—, qué cabeza la mía, no recuerdo nada. Espera, espera, ya está —dice—, ya lo tengo. La madrastra la ha echado de casa para que muera en el bosque.

Ha colgado el vestido en el respaldo de la silla, se ha sentado en el borde.

Ella ni se ha perdido ni se ha muerto, sino que ha encontrado cobijo y compañía fraternal. La madrastra tiene un espejo, no uno cualquiera, sino uno mágico. Miras al espejo y ves todo el país: dónde, con quién y cómo vive cada cual. Conque la madrastra mira al espejo y pregunta: «¿Cómo está mi hijastra? ¿Será posible que haya aguantado sola y sin mi amparo?». El espejo ha resplandecido. «Vive —dice— la mar de bien. Y cada día se vuelve más guapa». Entonces la madrastra se enfurece, llama a la cocinera. «Vístete de peregrina —le ordena—. Te daré un bonito vestido que habré empapado de veneno para que se lo regales a mi hijastra». La cocinera se cubre la cabeza para parecer una buena mujer y sale hacia el bosque.

Los cazadores regresan a casa y notan que algo va mal. Entran y ven a su hermana tendida en el suelo. Está inmóvil, no respira. Lo inspeccionan todo, se estrujan los sesos tratando de averiguar qué ha podido pasar y si tiene algún remedio, pero en ningún momento se les ocurre que el vestido tenga algo que ver. No les queda otra que llorarla, y luego hacen lo obligado: un ataúd de cristal. La muchacha yace dentro como si estuviera viva. La madrastra, genio y figura, echa otro vistazo al país entero, interroga al espejo: «¿Qué sabes de mi hijastra? ¿Está muerta para siempre?».

—¿Estás despierta o te has dormido? Ea, duérmete...

* * *

—Bueno —comienza Eudocia—, qué pensáis del dichoso televisor.

Es temprano, el día aún se ve gris. «Ante el micrófono, María Grigórievna Petrova». Fíjate: la nombran con el patronímico, mientras que la vocecita es fina, de niña. Una voz pintiparada para contar cuentos.

Sofía la escucha petrificada en su silla.

—Es tan caro —duda Glicería—, no sé...

—Los demás se las arreglan para comprárselo, Antonina dice que se apuntan a una lista.

—Será que les sobra el dinero, nadarán en la abundancia...

—Pero ¿qué dices, de dónde van a sacarlo? —Glicería agita la mano—. Si ya no hay señores: la gente vive del sueldo o de la pensión.

—No creas. —Eudocia coge la botella, echa la leche al té—. Acuérdate del cuarenta y cuatro, de aquella parturienta que nos trajeron apenas acabó el sitio... Gorda, bien alimentada... ¡Pues no estaba poco rolliza y lustrosa! —Ha sorbido el té y ha arrugado la cara como si estuviera agrio.

—¡No me digas que se ha cortado la leche! —se alarma Glicería.

La otra calla. Mira la taza.

—El niño por poco nace muerto. Casi se ahoga en la grasa de la madre, según determinó el doctor. El marido venía a visitarla, se veía que era un tipo importante. Le traía paquetes bien llenos. Ella se ocultaba bajo la manta y a devorar se ha dicho.

—Recuerdo —Glicería suspira—, quién podría olvidarlo, cómo olía a salchichas... Le llevabas el paquete y la cabeza te daba vueltas, qué mareo, era para

caerte en redondo. Cuando le dieron el alta, me dio un pedacito, en plan agradecimiento. Salí, me encerré en el lavabo y lo engullí sin masticar. Era un pedacito enano. No pasó ni media hora y lo vomité. Tal cual, el pedazo entero. Qué susto me llevé, pensé que, acostumbrada por fuerza a tanta torta de orujo, no aguantaba ya la comida humana.

—Humana... —Eudocia arruga la cara de nuevo—. Ni humana, ni nada. Los hombres comían pan sin más... Como mucho, a veces con margarina. Muchos se conformaban con el engrudo. Y aún era buena solución. Pero se acabó el primer invierno. El niño de mis vecinos mordía el carbón. Lo sacaba del fogón y lo mordía. La palmó con un tizón en la mano. La mano estaba helada, apretaba el tizón. A duras penas logramos abrirle el puño. Y aquella boquita toda manchada de negro... Seguro que la gorda me dio un cacho podrido, si no de qué me iba a dar una salchicha fresca, se deshizo de la basura, la muy ruin.

—¡Cómo olía! —exclama Glicería, como si no oyera—. Después de la guerra, cuando empezaron a vender, no podía entrar en las tiendas. Nada más oler las salchichas, me daba por vomitar... Ay, basta —se despierta—, estas cosas no se dicen en la mesa...

Ariadna es lista, conduce la charla:

—¿Recuerdas a Salomón Zajárovich?

—¡Cómo no! —Se ríe, incluso se sonroja.

—¡Y tanto que se acordará! —rezonga Eudocia—. Si cuando la guerra andaban en amoríos...

—¡Qué dices! —Agita la mano—. Si éramos dos cadáveres ambulantes... Di que, como mucho, hablábamos...

—¿Y después de la guerra? —Ariadna remueve el azúcar, finge apartar la mirada.

—Nos vimos, sí —asiente—. Me propuso matrimonio. Su mujer había muerto, justo antes de la guerra se fue a visitar a su madre, creo que a Bielorrusia, y... no logró regresar, llegaron los alemanes.

—¿Y qué le dijiste? —Eudocia ha dejado de masticar, está escuchando.

—Es que tenía hijos. Dos hijos. Me lo estuve pensando. No me atreví contra los hijos. Era un buen hombre, y un médico excelente. En cualquier caso, no me atreví. Y me dio pena, lo reconozco. Pero es que él siempre estaba con lo mismo: «Si los alemanes entran en Leningrado, antes que a nadie nos fusilarán a mí y a mis niñas». Yo, tonta de mí, no le creía; pensaba que ante los alemanes todos éramos iguales.

—Su nación —se enfada Eudocia—, los judíos, por lo menos ha sufrido a manos de los alemanes... Los nuestros sufrieron en su mayoría a manos de los suyos. La verdad sea dicha, somos los primeros enemigos de nosotros mismos. Los ajenos solo lo han pensado, y nosotros, a la de tres, lo hemos realizado. Contra los alemanes éramos héroes, haberlo sido en nuestra casa...

—¡Pero cómo se pueden decir tales barbaridades! —Ariadna casi llora—. Lengua pecadora... ¡Compararse con los alemanes es atroz, monstruoso!

—Deberías —gruñe—, hazme caso. Si con toda tu cultura no eres capaz de ver las cosas como son... Vale. Basta de charlas y tés. Toca pasear a la criatura.

Fuera hace un día espléndido.

—¿Qué —pregunta la abuela Eudocia—, iremos hasta el puente? ¿Miraremos si han traído los abetos?

Nos acercamos, al otro lado del puente han levantado una valla. Detrás están los árboles, sus ramas erizadas. Los vigila un hombre.

Los árboles son tristes, flacos. Las agujas se les han caído, cubren el suelo. En el bosque son distintos, vaporosos, como en los dibujos.

—¡Qué desastre de árboles! —dice la abuela—. De dónde los traerán, son como palos... No sé qué hacer —duda—. ¿Aprovechamos para comprarlo ahora que no hay cola? Los que trabajan por la tarde acabarán incluso con estos.

El hombre ha abierto la portezuela.

—Elijan.

Paseamos entre los abetos, miramos. La abuela Eudocia se queja:

—Es que están muertos. ¿Los habéis cortado el año pasado? —Parece que ha elegido—. Este —dice.

El hombre es diestro: echa la cuerda, envuelve el árbol, lo deja encima del trineo.

—Todo suyo.

—Bueno —dice la abuela—, lo arrastraremos hasta casa, lo guardaremos debajo de la escalera; no podré subirlo al piso. Ya lo hará tu madre cuando vuelva del trabajo...

—¿Y bien? —Las recibe la abuela Glicería—. ¿Adónde habéis ido, qué habéis visto?

—Dile que hemos comprado el abeto, que lo hemos dejado debajo de la escalera. Ha costado elegir. Las agujas no paran de caer, como si los guardasen del año pasado.

He entrado en el cuarto, saco los lápices de colores, las hojas. La abuela Ariadna asiente.

—Vamos, dibuja un abeto bonito.

El abeto es bello, vaporoso. De las ramas cuelgan las bolas, las cestas con caramelos. Entre ellas se esconden los mutilados sin piernas, que se sujetan con los ganchos. En el otro mundo no les duele. Se cuelgan y descansan, no sufren...

Ha quedado espacio abajo. Añado el canal. La verja es negra, y junto a ella caminamos nosotras, la abuela y yo. Llevamos en el trineo el abeto muerto, envuelto: murió el año pasado. Nos lo han regalado los del otro mundo: celebran su fiesta y después nos regalan su abeto. Cierro bien los ojos: veo letras grandes. No. No se puede escribir. Me reñirán de nuevo.

* * *

Corriendo a la cocina. La abuela Ariadna dice:

—¡Qué dibujo más bonito! Todo como en la vida: habéis traído el abeto, ahora toca adornarlo.

—Señor —la abuela Eudocia mira el dibujo—, ¿qué es lo que hay encima del trineo? Como si fuera un cadáver, ¿no? ¿De qué te ríes? Así es como los llevaban durante el sitio. Los envolvían con la estera, los ponían encima de los trineos y se los llevaban. Pasabas al lado y mirabas: si el bulto era pequeño, entonces era un niño. Y hubo tantos el primer invierno...

—El segundo —suspira Ariadna— no fueron menos.

—Menos, más... —gruñe—. ¡Como si alguien los contara!

—Pues sí. —Eudocia meneaba la cabeza—. Es muy bonito...

—También los había en rojo, pero me he decidido por este. —Mamá lo ha desplegado en el sofá, admira las prendas.

Las abuelas asienten.

—¡Desde luego! El rojo no tiene ni punto de comparación...

—La lana es suave... —Mamá lo acaricia con la mano—, igual que la piel de un ternero. Antes de la guerra teníamos una vaca. Después hubo que sacrificarla.

—Anda que no, los chinos... —La abuela Eudocia suspira—. Antes no se sabía nada de ellos, en todas partes no se hablaba más que de los japoneses. Ahora ya ves qué cosas han aprendido a fabricar.

—Pero ¿cómo que no se sabía? —La abuela Ariadna sale en defensa de los chinos—. El pueblo chino es antiguo. Cuenta con casi cincuenta siglos de historia.

—Ahí lo tienes... A lo mejor, pasados otros cincuenta siglos, nosotros también aprendemos y somos capaces de hacer algo.

—¡Como si nunca hubiéramos sabido hacer nada! —La abuela Glicería agita las manos escandalizada—. ¡Sabíamos producir de todo! Antes hacíamos cosas magníficas: bordados en oro, puntillas... Blusas plisadas, camisas de seda, tiras de encaje. Mi difunta condesa prefería siempre nuestro producto al extranjero.

—¡Ah, las cintas! —se acuerda mamá—. También he comprado las cintas.

—No sé qué decir. —La abuela Glicería alisa las cintas—. Irá hecha una princesa en toda regla. ¿Te gusta?

—Claro —dice mamá—, mientras te pones guapa, voy a pelar patatas.

—Va —ordena la abuela Eudocia—, quítate el vestido.

—Aquí está —Glicería la acompaña a la cocina—, que su madre vea qué belleza tenemos.

—¡Dios mío! —Me quedo pasmada—. ¿De quién será esta niña que viste el conjunto? No la reconozco, ¿será posible que sea mi hijita?

—Que sí, que sí —se alegra Glicería—, claro que es ella. Solo falta ponerle las cintas y estará lista para el teatro.

He colado las patatas, nos sentamos a cenar.

—¿Qué? —pregunto—. ¿Ya han decidido alguna cosa sobre el televisor?

—Hemos decidido —me comunica Eudocia en nombre de todas— que te apuntes a la lista de espera.

—El otro día... —abro una hoja de la ventana: entre los cristales hace frío, es buen lugar para guardar la mantequilla—... me pasé por Gostini, por la sección textil, que es enorme y tienen toda clase de telas, ¡la de género que acumulan allí! Lana, percal, fibrana... ¿Tal vez debería hacerme un vestido, por ejemplo, de franela? El mío ya empieza a estar así así, los codos sobre todo, que es donde primero se nota el desgaste.

—Tú misma —responde Eudocia—. Se ve que te has hecho rica de golpe.

—Vale. —Vuelvo a la realidad—. Tampoco es tan urgente, puede esperar...

—Pero ¡qué cabeza tengo! —Eudocia cae en la cuenta—. Se me había olvidado por completo. Hoy hemos comprado el abeto. Está debajo de la escalera, atado al trineo. Ve a buscarlo cuando tengas un momento, por favor.

Acabo de fregar, escucho: parece que ya se han dormido... Bueno, descansaré un poco y después traeré a rastras el árbol. Cierro los ojos, veo aquellas telas colgadas. Y a las mujeres que pasean entre ellas, tocando el género. No es que sean jóvenes, pero van bien vestidas. Será que sus maridos ganan mucho dinero. Una destacaba entre las demás. Estaba eligiendo para un abrigo. Iba con el abrigo de piel y encima buscaba la tela para hacerse otro. La acompañaba otra, tal vez una pariente. La otra también tenía aspecto de rica. Cuchicheaban, comentaban, seguían. Me acerqué, miré; la madre, dieciocho rublos por metro. ¿Qué sueldos tendrán para poder comprar a estos precios?

He bajado, está oscuro, no se ve nada a dos pasos. ¡La madre que los parió! Han roto la bombilla otra vez. Qué plaga estos chavales del patio, siempre haciendo el gamberro... Me he metido debajo de la escalera, he buscado el árbol a tientas. No paraba de pincharme las manos con las agujas.

Glicería se ha presentado en la puerta de mi cuarto. Se queda allí, titubea.

—Qué te iba a decir... Aquella franela, ¿a cuánto, más o menos, viene a salir el metro?

—Hay varias —respondo—. La que lleva flores y es más tupida es cara. Dos rublos con cuarenta y siete.

—¿De los nuevos?

—Claro —digo—. Ahora los precios son en rublos nuevos.

Continúa allí, mascullando.

—Tres metros salen a casi siete rublos. ¿Y una algo más sencilla que esté bien?

—Entonces estaríamos hablando de bombasí —le explico—. A un rublo cuarenta. Pero es menos sufrida.

—Escucha... —Saca el monedero entre los pliegues de la falda—. Ahora solo me queda un rublo con ochenta. Un día de estos toca cobrar la pensión. Tráete dos cortes, elige a tu gusto. Coseré para las dos, para ti y para mí. Cómpralos de la misma tela: utilizaré los retales, habrá para un delantal.

—¿Para quién, para Susana? —digo—. ¿Acaso lo necesita? ¿Vale la pena acostumbrarla a la escoba desde niña?

—¿Por qué no? Cuando crezca, será tarde. A mí me prepararon para lencera desde muy temprana edad...

Me he mordido la lengua, he pensado: A aquellas mujeres, las de la tienda, ni las acostumbraron, ni las prepararon. Y míralas: unas señoronas. La vida sabrá por qué reparte así los papeles, lo que yo sé es que a muchos nos ata en corto demasiado pronto...

Mientras iba preparando la cama he hecho las cuentas: el conjunto ha salido caro. Creía que con seis rublos tendría suficiente, pero ha costado nueve con ochenta. Redondeando, diez rublos. Habrá que hacer más horas extra... El jefe se ríe.

—¿Qué codiciosa eres, Bespálova! ¿Acaso no te basta con el sueldo, las primas y la pensión de tu madre? ¿Qué le das de comer a tu cría? ¿Oro en polvo?

—Eso es, oro y plata —he contestado.

¿Cómo explicar que son cuatro bocas que alimentar?

—Conque criando sola a una princesa, ¿eh? —dice—. ¿Y la reina qué? Perdona que te lo diga, eres una mujer joven. Aún podrías casarte. Claro que a la suerte hay que ayudarla. Piénsalo: una familia le sienta bien a cualquiera.

—¿Quién necesita a una vaca vieja? —me he mofado—. Y con un fardo encima además.

—No te creas. —Ha fruncido el entrecejo—. Por ejemplo, Nicolás, el de la planta de galvánica. Hace tiempo que me he fijado: no te quita el ojo de encima. ¿Por qué no da el paso? Es un buen hombre, sencillo: no fuma, casi no bebe. A lo que iba: arréglate el pelo, vístete un poco, si es que vas hecha una cerda. Tal vez, con un empujoncito, de pronto la cosa arranque.

Ya, pensé, de pronto solo paren las gatas.

He abierto el armario, el espejo es malo, turbio, apenas se ve nada. La piel se me ha vuelto de color gris y tengo unas ojeras espantosas. ¿Quién será el tal Nicolás? Diría que he pensado en todos los de la planta de galvánica, pero no caigo en este.

Abro los ojos: mamá se mira en el espejo, se peina. Otra vez se prepara para el otro mundo. Allí está bien, como en una fiesta...

Aparta el peine. Se seca las lágrimas.

—¿No sería mejor ponerlo en la tierra? —se lamenta la abuela Ariadna— Meterlo en un soporte y afianzarlo con arena, digo.

—¿Cómo vas a ponerlo con un soporte y todo? El cubo no da para tanto. —La abuela Eudocia sujeta el árbol, se prepara para ajustarlo en el cubo—. Echaremos un poco de arena en el fondo y ya está. Como el año pasado.

—Tú afuera. Vamos, sal —me dice la abuela Glicería—. ¡Ojo, que te pincharás la mano!

Las agujas caen a puñados. Me agacho, recojo una. Es de color rojo, herrumbroso. Como si fuera un clavo pequeño...

—¡Santo cielo! —exclama Glicería—. ¡Mirad, se ha cortado en el dedo!

—¡Yodo! ¡Hay que curarlo con yodo! —Eudocia corre hacia el armario—. Qué asco de abeto, qué sucio, vete a saber dónde ha estado tirado...

Me han puesto el yodo, me han vendado. La abuela Ariadna me acompaña al sofá.

—Estate quieta.

Estoy sentada, los ojos cerrados. Me duele el dedo del pinchazo.

Ahora, pienso, me quedaré dormida. La aguja era venenosa. Me despertaré dentro de cien años.

¿Cómo decía la abuela? En veinte años se acabará. Me despertaré y no habrá nada. Solo yacerán por allí esos, los de piedra. Rotos en pedazos, sus grandes dedos huecos aún moviéndose. La bruja mala sale de paseo. En el camino se topa con un montón de piedras, no hay manera de seguir adelante. Agarra su bastón, arrea al Gran Cuervo negro. El pájaro trata de avanzar, pero el alambre se eriza. Tira, tira del carruaje, las ruedas, las patas se enganchan en el alambre... La bruja grita: «¡Sube! ¡Vuela!». El cuervo despliega las alas. Vuela, mira hacia la tierra: allí duerme la niña con el dedo pinchado. Está sola: todos se han ido al otro mundo, también las abuelas, y hasta su mamá... Se despertará, no habrá nadie a su lado. Está sola...

—Ay, Señor. —La abuela Eudocia deja el abeto, viene hacia mí—. ¿Por qué estás llorando? ¿Quién te ha ofendido? Déjalo, cielito, sequemos estas lágrimas. ¿Te duele el dedo? —Se sienta, me abraza.

—Piensa que la hemos castigado.

—¿Acaso somos capaces de castigarte? Solo te hemos dicho que esperaras aquí un poco. Mientras se te pasa el dolor, vamos a adornar el árbol.

La abuela Eudocia huele a seco, huele a dulce. Hundes la cabeza en su pecho y no hay miedo. No pasa nada si estoy sola. Iré con ellas al otro mundo. Viviré un poco y me iré con ellas...

—Vale —dice la abuela Eudocia—, se acabaron las lagrimitas. Venga, baja del sofá, ponte las zapatillas...

—¡Ay! —Glicería mira a todos lados—. ¿Qué se pondrá en los pies? No tiene más que pantuflas, botas de fieltro y los zapatos viejos que lleva en otoño. Al teatro hay que ir con zapatos bonitos, con las botas no la dejarán entrar. ¡Cuándo pienso en los zapatos de mi señora! Con aquellos bordados que eran un primor, que, aunque no debería decirlo, los había hecho yo misma.

—Es verdad. —Eudocia está pensando—. Mi nuera iba con zapatos. También era una señorona... Nada de botas. Compraban de todo en su tienda, una especial, para los del partido. Le decía: «¡Qué buena vida os pegáis! Como si de veras fuerais especiales. Ni que hubierais venido al mundo por otro agujero». Y me respondía: «Es por los méritos del partido». Y yo: «Vale, vale, a disfrutar mientras os dure. Ya te digo, especiales en todo y para todo, salvo para la muerte». Y ella venga a reírse: «Que no», decía, «que hay tanto por hacer que no tenemos tiempo de morirnos».

—Si tuviera una horma, inventaría algo en un pispás —reflexiona, calcula Glicería—. Solo me faltaría un trozo de piel para las suelas. Un trocito pequeño.

—Claro. —Eudocia refunfuña otra vez—. Tú te lo guisas y tú te lo comes... Se ha de avisar a la madre. Que mire en la tienda. Quién sabe, a lo mejor ahora se los venden a cualquiera.

—Gostini es grande —Ariadna se suma a la conversación—. Mi padre tenía una tienda. Cuando el comprador se interesaba por algo que no había en la tienda, iban al almacén, a mirar. El almacén estaba cerca, detrás de la Duma...

—No son más que caprichos —ataja Eudocia—. No pasará nada porque vaya con sus botas de fieltro a ese teatro vuestro. A mí me preocupa otra cosa: no en vano Antonia sacó a relucir el tema, aunque fuera así como quien no quiere la cosa. Me refiero a lo del vestido. Cualquiera día se lía con alguno...

—¿Y qué? —justifica Glicería—. Aún es joven, no se lo va a coser con bramante.

—Si ocurriera, que se marche con su marido, lo importante es que Sofía se quede con nosotras. —Ariadna coge la bola de color plata.

—¿Con su marido? —Eudocia niega con la cabeza—. ¡Ojalá todos los males fueran esos! ¿Y si vuelve a quedarse preñada y sola?

—Pues mejor prevenirla cuanto antes. Si lo hace de modo inteligente, no le pasará nada. —Glicería ha apartado la cesta, coge el pájaro.

—¿Y tú cómo sabes de eso?

—Mujer, tampoco es ciencia suprema... Me lo explicó Salomón Zajárovich.

—¡No me digas! —Eudocia agita las manos—. Venga, instrúyenos.

Hablan a susurros. No se entiende ni una palabra.

—Vaya... Hay que ver, Glicería, lo desvergonzada que eres, quién iba a decirlo...

—Y tú has vivido la vida y sigues siendo virgen. —La abuela Glicería se sonroja tras decirlo.

—De virgen nada, pero he protegido mi honor. Tuve los hijos que Dios quiso.

—¿Sabes?, yo a veces casi me alegro de no haber tenido prole. ¿Parir para que mueran?

—¡So boba! —Eudocia hasta patalea—. La mujer sin hijos es una flor estéril.

—No importa. —Se ha quitado el pañuelo de la cabeza, se alisa el pelo—. Dios lo ve todo; me ha proporcionado una nieta. ¿A que sí? —Se vuelve—. ¿Verdad, Sofiita?

Es verdad. Como en el cuento de Snegúrochka, la doncella de la nieve. Se fue volando al cielo cuando se había ido a jugar con otros niños. Se reunían en el bosque, cantaban sus canciones. Las que hablan del barquito, de las noches azules. Las mismas que cantan en la radio. Hicieron una hoguera en el hoyo, el fuego subía y subía. La doncella de nieve al principio no se atrevía: «No saltaré», se decía. Los otros, los de la Unión de Jóvenes Comunistas, le gritaban: «¡Salta, salta!». Hasta que, al fin, saltó.

Eudocia ha barrido la silla con el dobladillo de la falda.

—Tal vez —dice— tengas razón. Parimos y no sabemos lo que les tocará en la vida.

Se ha sentado a la mesa, pasa los papeles de un lugar para el otro. Y hay un montón de monedas. Las más pequeñas son de plata, las otras, más grandes, de otro color, rojizo. Se llama la pensión. La trae la cartera. Es alta, de piernas gordas, lleva el bolso a la espalda. Entra y pasa enseguida a la habitación. Deja huellas por todas partes, pero las abuelas no la riñen.

Eudocia hace números.

—No me acostumbro al dinero nuevo. Prometían que no perderíamos. Y a mí no me salen las cuentas: antes por el abeto pagábamos quince rublos, este año hemos pagado dos. Si pasamos a los antiguos, son cinco rublos de más. No me aclaro: o yo soy tonta, o ellos muy listos, porque no veo que dejen escapar ni una.

—El pan está bien —valora Glicería—, gracias a Dios, no ha subido. Era un rublo cuarenta y ahora vale catorce *cópecs*. Diez veces menos.

—Ya veremos —Eudocia cierra el monedero— por dónde irá la cosa.

A la hora de comer nos han repartido la leche. He ido al vestuario con la botella. Pasando justo por delante de la planta de galvánica. Me he asomado por la puerta, como por casualidad. Al verle, me he acordado de él: es uno poco agraciado. Me ha

visto. No importa, he pensado, me da lo mismo... Total qué, he mirado y punto, mirar es gratis.

He guardado la leche en el bolso. Hoy se puede, en el punto de control de entrada está Fedósievna. Es buena gente, no husmea en los bolsos. Las otras prácticamente te cachean. La cuestión es que no se puede sacar afuera. Hay que bebérsela en el sitio, nos la dan para mitigar los efectos nocivos de la producción. Las que no tienen hijos o están casadas beben, yo la guardo para la niña. Yo antes también bebía, pero de un tiempo a esta parte la leche esta me hace incluso vomitar.

Ya fuera, al otro lado del punto de control, le he visto: venía detrás.

—¿Cómo te van las cosas? —ha preguntado.

—Tirando —digo—, porque tiro yo de ellas.

—Que tiren ya es mucho. ¿Y ese mal humor? ¿Por qué eres tan seca?

—Estoy muy cansada —respondo—. Después del turno no tengo ganas de nada.

—Entonces —se ríe—, toca descansar. ¿No te gustaría ir al cine?

—¿Al cine? —digo—. Ya he tenido yo bastante cine.

Y para los adentros pienso: Para toda la vida.

—Tampoco hace falta tomarla conmigo, Antonina —me reprocha—. Yo te he hablado con las mejores intenciones.

—Bueno —digo—, ya nos veremos. He de ir a Gostini.

He subido al trolebús y miro fuera; ahí sigue. Me despide con la mano. Tampoco es que sea feo del todo; sonriendo gana mucho.

Pasa el trolebús por la avenida Nevsky, miro por la ventana, le doy vueltas al tema: Si acabo comprando algo, prefiero una tela de colores vivos. O incluso, con un estampado de flores... El verano pasado Nadia Kazánkina se presentó un día con unas flores enormes, de color naranja. Al tacto parecía seda. Se jactaba: «Es tela de fibrana». Y abajo, donde el dobladillo, llevaba una orla. Dios, me he acordado de pronto, pero si he de comprar dos cortes iguales. Glicería ni loca se pondría uno de flores.

De fibrana sale más caro, claro está. Hoy me he cruzado con Nadia, me dio corte preguntarle. Iba a ser el hazmerreír: ¿Ni treinta años y ya vestida de fibrana? Mejor jugar al despiste, decir que es un regalo de mi madre. Nadie rechaza algo así.

¡Fíjate, allí está colgada! ¿Y si pregunto por el precio?

En el mostrador la dependienta habla con una mujer bien vestida.

—Si es para un vestido, por descontado, hay que comprar la tela Aurora. Es lo mejor, lana pura. Es cara, pero, con lo que dura, compensa. Es de muy buen uso, durará como nueva cien años y más. La compran para vestidos, faldas, incluso para trajes de hombre.

He pasado por delante, he mirado de reojo el precio y por poco me caigo de espaldas: veintiséis rublos. ¿Serán de los nuevos o de los antiguos?

La mujer bien vestida le da la razón:

—De acuerdo, el verde oscuro me gusta. Por favor, dos metros y medio.

La dependienta sonrío, como si fuera ella la que va a hacerse el vestido. Ha traído el rollo, lo ha desplegado encima del mostrador. La tela resplandece, casi brilla. No importa, me he dicho, yo me compraré la fibrana.

—Todo —me dice— está allí colgado. —Se ha encogido de hombros y me mira de arriba abajo—. Usted elige. ¿Lo quiere para una ocasión o para el día a día?

Para una ocasión, pienso, para la fiesta.

—No —digo—, para todos los días.

Me he acercado, la tela esta vale tres veinte. No importa, no se lo diré a Glicería, pondré la diferencia de mi bolsillo. Estoy allí y no sé dónde mirar: todas son bonitas.

—Por favor —indico—, corte de aquella, para dos vestidos. Sí, aquella, la de flores.

He vuelto a casa.

—Vamos —me apremia Glicería—, sácala del papel.

La saco, la extendiendo encima del sofá: las flores pequeñas, amapolas, se abigarran sobre el fondo azul. Glicería, nada más verlo, se ha llevado las manos al corazón.

—¡Qué preciosidad! —Suspira—. Es para morirse ahora mismo. Mañana —promete—, comenzaré. Solo hace falta tomar las medidas. Oye...

—¿Qué? —me sobresalto—. ¡Los botones! A que sí...

—No —niega con la cabeza—, tengo los botones. Mañana bajaré del armario la máquina, estará listo en un santiamén.

—Tal vez —titubeo, me han entrado las dudas— no es buena idea que sean iguales... Como si fuéramos del mismo orfanato.

—¡Cielos! —Agita las manos—. ¿Crees que me lo pondré? No, no, tú sí, pero yo...

—Entonces ¿para qué coser si no lo piensa llevar?

—Mujer —responde—, no querrás que, cuando me toque, me presente ante el Señor con cuatro harapos. Lo haré y lo esconderé en el armario. Que se quede ahí guardado hasta que Dios quiera. Ya lo tengo todo preparado: la almohada, la ropa interior.

Por Dios, pienso, ¿cómo me voy a poner eso ahora? Podría habérselo callado... Así parece que el mío también es para el ataúd. Si lo llego a saber, compro telas distintas. Ay, me he acordado, si también quería hacer un delantal para Susana. ¡Ni hablar! Conmigo, vale, pero para la criatura no lo permitiré. Si lo cose, lo tiraré a la basura, o mejor todavía: lo quemaré. Como si nunca hubiera existido. No quiero que vaya con ropa de ataúd.

—Es que... verás... —Está plantada allí, no se va—. Nunca se sabe lo que nos va a deparar la vida. Tú eres joven aún. Vete a saber si no te va a gustar un hombre y tú a él. Bien puede ocurrir, la cuestión es que no pierdas la cabeza. A una, con la ayuda del Señor, la sacaremos adelante, pero no damos para más. Así que atiende: si surge algo, tú, de antemano, compra vinagre o aspirina. Mézclalo con agua. Coge un poco de algodón, átalalo con un hilo y mójalo en esa agua. Métete el algodón dentro, el hilo

ha de ser largo, que salga, que cuelgue. Cuando acabéis, esperas un par de minutos y tiras de él para afuera. ¿Has comprendido? —pregunta.

Bajo la mirada, asiento; he comprendido.

Estoy allí y pienso por dentro: Madre, qué vergüenza... ¿A quién se le habrá ocurrido ese invento? ¿Será posible que haya alguien que lo use? No, no puede ser...

Me voy a la cocina sin atreverme a levantar la vista.

—La leche —digo—. Pásenla a un jarrón y me devuelven la botella.

Susana está sentada a la mesa, desenvuelve su quesito. Le gustan tanto...

Eudocia se da media vuelta.

—Qué engorro este vaivén de botellas. Y el miedo que pasas mientras cruzas el punto de control. ¿Por qué no coges el calentador de goma? Lo llenas, cierras el tapón, te lo pones debajo de la ropa y hala. Durante el sitio, según se decía, había una que trabajaba de panadera y que se pegaba la masa debajo de los pechos. Los del puesto de guardia comprobaban los costados, pero no se les ocurrió lo de los pechos. Así sacó adelante a sus dos hijos.

—Pero... —vaciló— olerá a goma, ¿la tomaréis igual?

—Tonterías —agita la mano—, no estamos para manías. Una vez hervida se le irá el olor. Servirá para hacer la papilla, y para la niña, comprarás en la tienda.

Los baños públicos están lejos. En invierno el suelo está helado, las montañas de nieve son enormes: las viejas no llegarían. Nos apañamos aquí mismo, hay fregadero y fogón. Calentamos la cocina, hervimos agua en cubos. En el suelo está el barreño con el agua fría. El agua sucia la tiro en el fregadero, es cómodo. En los baños me canso, mientras lavas a todas, acabas muerta. Es mejor en casa.

Hemos puesto los cubos a calentarse.

—Prepárense —digo—. Mientras tanto, cambio la ropa de cama.

La cambiamos cada dos semanas: no hay manera de lavar más a menudo.

Glicería ha comprobado la suya.

—La funda de la manta creo que está limpia. Cámbiame solo la funda de la almohada y la sábana.

Me he puesto a ello y sentía como una quemazón. Esa conversación de antes... ¿Cómo se han enterado las viejas? Si no ha pasado nada...

La abuela Eudocia llama:

—Ven, palomita, te peinaremos, que si el pelo se seca sin peinar se enreda. Y una que yo me sé va al teatro este domingo, ¿recuerdas?

La abuela Ariadna responde:

—Claro que se acuerda. *La bella durmiente*, la historia de la princesa Aurora. ¿Recuerdas al galopillo de la cocina, eh? Se durmió al lado del fogón.

Mamá trae la ropa limpia.

—Vaya, la princesa... Ahora caigo: en Gostini venden una lana que también se llama Aurora. Dicen que no se desgasta. Prometen cien años...

Ha recogido la ropa sucia, ha salido.

La abuela Eudocia ha dejado el peine, separa los mechones.

—Ya —gruñe—, o sea que cien años... Prometen un siglo entero. Vale, a ver quién seguirá aquí para pedirles cuentas. Cuando acaben con lo que queda de los bienes de zar, ya me dirás qué van a hacer. ¡Estate quieta, no te muevas!

Hace bochorno en la cocina, sube el vapor blanco de los cubos. Arden los fuegos. La bombilla amarilla del techo apenas se ve. Oscila colgada del cordón eléctrico. Las sombras recorren el techo, parecen unas alas enormes. Las ventanas oscuras sudan, las gotas culebrean por los cristales.

—Adelante. —Mamá hunde el cazo, echa un poco al fogón, sisea el agua...—. Mantén la cabeza encima de la palangana. Dios —se queja—, qué pelo más espeso, con un aclarado no bastará. Cuando seas mayor cuídalo, aunque te lleve más tiempo que cortarlo. Todas las chicas de la planta se han cortado el pelo, se han hecho el rizado de moda: la permanente. Te la haces una vez, luego otra y después se te empieza a caer a mechones. El pelo corto está vacío, no tiene ni memoria ni fuerza. Como decían antes: pelo corto, memoria corta. ¿Para qué sirve la memoria corta? La tuya será larga, muy larga...

Me ha vertido el agua encima, me hace poner en pie sobre la tina, me frota con el estropajo enjabonado.

La abuela Eudocia mira por la puerta.

—¡Qué calentito! ¿Cuándo vas a acabar? Tengo la ropa preparada para vestirla.

—Ya casi estamos... Un aclarado y listo. —Me ha cogido en brazos, me ha dejado en el taburete. Me seca con la toalla, jadea—. Aquí va la niña limpia y como nueva, toda vuestra.

Ha vaciado la tina, la ha enjuagado.

—Bien, que pase la siguiente.

Eudocia dice:

—La visto, la acuesto y vengo. Empieza por Glicería.

Ha venido, se ha quitado la ropa. Dios, qué flaca, está en los huesos, las costillas miran hacia fuera. Se ha encorvado encima de la tina, los pechos le cuelgan como pingajos. Da miedo, es como la muerte en persona. Tantos años lavándolas y no me acostumbro. Y es que mi difunta madre era pura fibra. Estas de ciudad están como consumidas.

Levanta la cabeza.

—¿Qué miras? —pregunta—. Igualita vas a estar cuando te llegue el tiempo. Uno a uno, los días parecen largos. Hasta que llega uno en que miras atrás y, en cuanto vuelves a darte media vuelta, ahí está la muerte. Cada día suplico al Señor que se dé prisa en llevarse me.

—Lo que ha de hacer es comer, las penas con pan son menos —la consuelo—. Así no va a ningún sitio, solo a base de té...

—Si comer ya como —respira con dificultad—, pero el cuerpo no me lo acepta. Será que he vivido demasiado, toca irse, solo la niña me retiene en este mundo.

La abuela Eudocia quita la manta.

—¡A la cama, a dormir! —dice—. El domingo al teatro y a los poquitos días el Año Nuevo. Verás cómo lo celebramos, qué bien preparadito todo. Tu madre ha prometido empanadas. Las cocerá en el horno con la harina nueva que nos den. Las empanadas son blanditas, saltan a la boca por sí solas. Acto seguido viene otra fiesta, Navidad^[7]... Y ya luego no tardará en llegar la primavera y coceremos las alondras. ^[8] Haremos muchas, iremos a la iglesia: hay que invitar a los mendigos. No todos tienen la suerte de morir en paz como nosotras. Hay poquita gente como nosotras...

Iremos a la iglesia y esos, los de las patas enormes, nos saldrán al encuentro. Se reirán, moverán sus dedazos: «¡Mira, por ahí viene la mendiga! Antes era una princesa, hasta que le robamos todo lo que tenía». La abuela se apiadará de ella, le dará una alondra...

—Una es pecadora —se lamenta la abuela Eudocia—. He odiado a muchos. Por eso Él me retiene aquí, no deja que me muera. Será que espera que se ablande mi corazón como si fuera pan seco. Al otro mundo —dice— se ha de ir con el alma ablandada, pero ¿cómo vas a olvidar? No es lo mismo el alma que el cuerpo, no la lavas con jabón...

—Por favor, Antonina —pide Ariadna—, frótame bien la espalda, ahí no llego.

Señor, pienso, ya se nota que le pica: la piel es muy tenue.

—No tendría que rascarse, Ariadna Kuzmínichna —le digo—, se ven un montón las huellas de las uñas.

Se ha secado, se ha envuelto la cabeza con la toalla, se ha ido a su cuarto.

Entra Eudocia.

—Hay que airear. —Olfatea—. Huele a mugre. Cuánto odio esta peste.

—¿Cómo? —pregunto—. ¿Con la ventana abierta? Entrará frío, se me va a congelar al instante. Cogera esa tos que le coge, ¿no sabe el aire helado que hace?

—Conforme —acepta—, me lavaré tal cual. Me arreglaré yo misma, tú solo viérteme el agua luego.

Se ha desvestido. Está carnosa, pero se ha debilitado. El año pasado se la veía como más sólida. Echo el agua, pregunto:

—Y entonces, si tanta cosa le dan los olores corporales, ¿cómo aguantaba usted en el hospital? Los enfermos apestan más, ¿no?

—Allí —responde— hacía frío. Cuando el aire está fresco, la peste se nota menos.

Todas bañadas. Me voy al cuarto. A tumbarme un rato. Cuando tenga el vestido, a lo mejor iré al teatro. Con los años que llevo ya en la ciudad, aún no he pisado el teatro ni una vez.

Susana no se mueve. Después de bañarse se duerme siempre que da gusto.

—Mira. —La abuela Glicería me entrega la bolsita—. Aquí hay azúcar y un trocito de pan. Si te entra el hambre, cómetelo, pero no hagas ruido, no molestes a los demás. Si la abuela Aglaya te ofrece algo, di que no. Quién sabe qué comida sirven en esos teatros.

La gorra es suave. Los leotardos de color rosa se ven debajo del abrigo. La abuela Eudocia dice:

—La dejo allí y vuelvo.

—Por favor, no se confunda. —Mamá está preocupada—. La otra vez repartieron en la oficina, ahora toca bajar al sótano.

Las puertas son altas, de madera. Entramos, la abuela Aglaya nos espera.

—Vamos —me invita—, ven conmigo, te sentaré en el mejor asiento. Como a una princesa.

Qué largo es el pasillo, madre mía.

—Iremos —me lleva de la mano— al palco de director. Pero antes pasaremos entre bastidores. He de avisar a la jefa.

Subimos la escalera.

—Cuidado —dice—, no te tropieces.

Levanto la cabeza, arriba está lleno de cuerdas gordas, se mueven como las serpientes... Nos cruzamos con un hombre espantoso. Con una barba roja y desgredada...

—Este —me explica la abuela— es artista. Hay muchos por aquí.

¡Anda, una pared moviéndose! La desplazan más artistas, unos empujan y otros tiran, y todos gritan.

La abuela Aglaya dice:

—Esto es un decorado. ¿No ves los árboles dibujados y la casa grande? Todos se dormirán, entonces se levantará este bosque. Se cubrirá todo de árboles y hierbas, ya lo verás.

En un rincón está sentada una mujer, toda envuelta en un chal.

—Esta, Alexandra Dmítrievna, es mi nieta. —La abuela Aglaya me empuja suavemente por la espalda—. Es hija de mi sobrino. Permite que la sienta en el palco del director.

La señora me observa.

—Buena niña... ¿Es tu primera vez?

La abuela Aglaya se inclina y le susurra algo a la oreja, se señala la garganta. ¿Será que le duele?

La mujer cabecea, saca una libreta.

—Ay, Señor... —Cabecea otra vez y mira la libreta—. Claro, hoy está libre. Para la función matinal no esperamos a nadie. El cuarto es pequeño, hay sillas rojas, entre ellas una mesita. Se han olvidado encima una caja muy bonita.

—Coge un bombón —me ofrece la abuela Aglaya—. No te dé reparo. El chocolate está rico. Ayer, cuando se fueron los invitados y me tocó cerrar, me serví

uno. Se te deshace en la boca...

Me he metido el bombón en la boca, lo he masticado. La boca se me ha llenado de dulzor. He mirado fuera, allí resplandecen las luces. La lámpara en el techo parece un abeto colgado. Y las paredes son tan altas... Y esos balcones dorados que suben hasta el techo. Hay gente en todas partes. Se sientan, se abanicán con papeles blancos...

La luz se apaga poco a poco. El telón se arruga, se mueve...

Sacan una niña pequeña, la dejan en una cuna. Las hadas son tiernas, transparentes. Sus vestidos son como plumas y detrás se ven las alas. Bailan, y las alas tiemblan, pero la música alrededor da miedo. Aquí está... la bruja... Los cuervos tiran del carruaje y lo empujan. Sus manos son como garras. Sale del carruaje: salta, amenaza...

Bajamos al sótano. La gente se apretuja como arenques en lata. Una mujer se abre paso con los codos, se anota unos números en las manos.

—A mí —pido— póngame para dos, una se nos retrasa.

—Qué lista... Se retrasa... Se ha de venir a tiempo, así cualquiera se apunta.

Las paredes son bajas. Las ventanas están tapadas con madera chapada. Falta aire. Delante, un niño se ha puesto a llorar. Ariadna se ha quitado la toquilla, se seca el sudor de la frente:

—Tres horas no nos las quita nadie —susurra.

Me duele la cabeza, como si me estuvieron claveteando el cráneo. Hablan muy alto, no se calman...

—¿Cómo la voy a traer si está en cama?

—Haberlo pensado antes, haber ido al médico a pedir el justificante. Que no puede levantarse. Yo, por ejemplo, he ido. Me han prometido aceptar el justificante.

—Pues cuando vivíamos en la calle 6.^a Soviética no iba así. Allí nos conocían, repartían sin pedir nada...

—A quién le importa lo que hicieran en la 6.^a Soviética...

—En la oficina al menos hay espacio, aquí nos asfixiaremos.

—El reparto anterior lo hicieron fuera y casi nos congelamos.

—Pues esta vez nos coceremos vivos.

Levanto la vista: nucas y más nucas. Y la gente apretando por detrás. Me he dado la vuelta, Eudocia se abre paso, casi se le cae la toquilla.

—¿Cómo ha ido? —pregunto—. ¿Ha llorado?

—¿Llorar? ¿Por qué? —dice apenas sin resuello—. Ha salido la mar de contenta.

Nos vamos acercando hasta que llegamos por fin a la mesa. La mujer nos cuenta, señala a cada una con el dedo.

—¿Cuatro? —se asegura—. Aquí en el libro pone que son cinco. Consta una menor. ¿Qué le pasa, está enferma?

Ariadna asiente.

—Sí, lo está.

—¿Traen el justificante? Sin el justificante, olvídense; no entregaré la parte correspondiente.

—Cómo íbamos a traer el justificante —interviene Eudocia—, hoy es domingo. El doctor no visita.

—Visite o no visite... no estará muriéndose, ¿eh? Haberla abrigado bien y haberla traído.

—Eso —dice Eudocia— es cosa nuestra. Tú a lo tuyo, a repartir la harina.

—Vaya morro, «está enferma»...

La vecina de abajo está detrás.

—Pues yo a la niña la he visto hoy por la calle —dice—. Iba con esa —señala a Eudocia con el dedo—, que a saber adónde la llevaría. Estas siempre están igual, mienten como respiran, ¿para qué tantos tejemanejes?

—Tú cállate —se vuelve Eudocia—, cierra ese agujero del culo que tienes por boca. No te metas en lo que no te incumbe.

—¡Será cabrona! —La vecina se pone hecha un basilisco—. ¿Tú me vas a cerrar a mí la boca, tía guarra? Ojo no te pase lo que a tus bastardos, que a ellos ya se la taparon bien tapada y solo falta la siguiente, la puta que los parió. ¡A ver si os arrancan de una vez a todos, que no quede ni la raíz!

—Y tú —Eudocia se oscurece—, ni que fueras a durar un siglo, ¿o es que no te piensas morir nunca?

—Vale, yo me moriré, pero mis nietos vivirán, mientras que los tuyos se pudren en la tumba, ¿eh? ¿Dónde están? En ninguna parte...

Las bolsas son de papel, grandes. Las he puesto dentro de las nuestras, así es más cómodo. Hemos salido fuera: los labios de Eudocia están azules, ella se para, traga aire.

—Náuseas —se queja—, tengo la cabeza como si me la apretara un cerco, y las piernas ni las siento...

—Por Dios —le digo—, Eudocia Timoféevna, sufrir por culpa de cada burra que se le cruza... Lo importante es que tenemos la harina.

Apenas se tiene en pie, se agarra del canalón, la cara totalmente pálida...

La música es débil, fluye como un arroyo. Han levantado el telón. Qué bien se está en el otro mundo. Salen, se instalan en su atrio. Han comido los bombones de chocolate y están contentos. ¿Acaso vendrá el del trineo?

Pero si está allí. Es alto, vestido de azul. Sus manos son las alas. Están cubiertas de plumas. ¡Vaya salto ha pegado! O sea que también les crecen las piernas. Solo le falta el pico... ¿De veras necesita el pico?

Los invitados bailan, dan vueltas... Llevan vestidos de seda, adornados con diamantes. Las piedras brillan. La princesa pasea entre ellos, sonríe. No se acuerda de su vida anterior. Se despertó y se olvidó...

HIJA

ME esforzaba en recordar, pero la memoria chocaba contra un muro ciego: puertas, sucio caballo blanco, ataúd de madera oscura. Tampoco recuerdo el vestido, la abuela Gliceria tenía uno igual, así que tengo la sensación de que recuerdo también el de mamá.

Otra cosa que me atormentaba era el temor de que nunca llegaría a ser una pintora de verdad. Larisa Evgénievna decía: «El auténtico pintor debe recordar su más temprana infancia».

En ese caso hubiera dibujado de otra manera, pero con lo que hacía no paraban de reprocharme que la perspectiva es desequilibrada, que no me esfuerzo para lograr el parecido al retratar, que el concepto no es suficientemente claro. Larisa Evgénievna enseñaba que el concepto había de ser claro y exacto para que a nadie le surgieran preguntas, sobre todo tratándose de los miembros del Comité de Admisión. Yo hacía caso a sus observaciones: creía que deseaba lo mejor para mí. De hecho así era. Me enseñaba los recursos artísticos, corregía los trabajos que presentaba a los concursos: bastante lo sufría yo, aunque no me atrevía a discrepar. Cómo iba a decirle a mi maestra que sus correcciones lo estropeaban todo, aniquilaban lo principal. Sin Larisa Evgénievna, jamás lograría matricularme.

Ningún comité de admisión aceptaría unos cuadros donde la perspectiva está desequilibrada como si el mundo estuviera repartido en dos partes, superior e inferior. En una ocasión, mientras preparaban una exposición en el Palacio de Pioneros,^[9] traté de explicar que veía esa línea, que atravesaba la hoja de papel justo por el medio. Lo que estaba abajo tenía que seguir pequeño: para eso servía la perspectiva, para que se viese la vista panorámica abierta a lo lejos. Pero arriba todo se volteaba, se acercaba, para que viéramos cómo subía hacia la superficie desde las profundidades. Dibujando según las reglas lo importante se volvería plano, se hundiría en el suelo.

Larisa Evgénievna me escuchó y después llamó a las abuelas; la abuela Eudocia me pegó una bronca: que para qué decía bobadas, que de esta manera me encerrarían en el manicomio. Al principio no daba crédito a sus palabras, pero luego la abuela Ariadna me contó que Larisa se temía que tuviera una depresión nerviosa y que si no cambiaba pronto recomendaba llevarme a un psiquiatra, que de otro modo ellas mismas, las abuelas, acabarían si no locas, al borde del suicidio o peor que al borde.

Después de aquella historia me callé, dibujaba los cuadros correctos y con ellos me matriculé en la Escuela Superior Vera Mújina.^[10]

Durante mucho tiempo no me atreví, por eso las obras de verdad aparecieron más tarde, cuando comencé a participar en las exposiciones que se organizaban en casas privadas. Allí ya no chocaban a nadie.

Entonces a muchos les entusiasmaba la pintura de iconos, discutían sobre el canon, las imágenes, el arco celeste. Analizaban los recursos antiguos, trataban de comprender por qué el pintor utilizaba tal o cual tinte: bermellón, almagre o rubia *tinctorum*... Resulta que eso también lo definía el canon, recuerdo que me lo explicó Grisha; aún siguen encantándome sus pinturas tempranas. Buscaba el escorzo que reflejaría el panorama del mundo, uno igual de preciso que el de los bizantinos: ellos veían el universo como un templo. Es una pena que después le diera por las instalaciones artísticas, pero en aquellos tiempos hablábamos de todo, intentaba explicarle por qué el canon tenía tan poco que ver con mi vida; me es difícil seguir las tradiciones privadas de lo personal, de la memoria individual...

Grisha se oponía, decía que yo exageraba la importancia de lo personal y que eso perjudicaba mi trabajo.

Me esmeré por estudiar las tradiciones antiguas, pero todas me parecían muertas, hasta que vi un dibujo egipcio. Una mujer a la orilla de un arroyo. El dibujo me sorprendió: normalmente los egipcios representaban escenas bélicas, dibujaban a los omnipotentes faraones. Los hacían expresamente gigantescos mientras que los demás eran diminutos, así el observador percibía su grandeza, comprendía todo el poder que tenían sobre sus súbditos, cuyas vidas y muertes dependían del faraón.

En cambio aquí solo había una mujer arrodillada, gateando por la orilla de un arroyo. Primero pensé que era la mujer del faraón: arriba había una inscripción que no pude comprender. Más tarde encontré la traducción. «El alma de la difunta bebe agua en el mundo del más allá». Pensé en ese dibujo todo el tiempo que estuve preparando mi primer cuadro para la exposición. Lo hice en blanco y negro a propósito. A Grisha le gustó, hasta me buscó un mote: el Arroyo. Pensé que lo eligió por mi apellido, pero él dijo que el apellido era lo de menos. Tan solo le gustó la mujer pintada según la tradición egipcia; según su canon el cuerpo y rostro se representaban en el escorzo lateral, mientras que los ojos miraban hacia delante... Como si vivieran su vida propia, independiente del cuerpo. Grisha decía que yo había encontrado la imagen exacta.

Una vez nos vino a ver Aliosha Rubánov, estaba muy pálido, dijo que había oído que a los artistas de Moscú, aquellos que habían sido aplastados por las aplanadoras, ^[11] los iban a meter presos. Claro que no se haría en un momento, sino a la zapa; Grisha entonces se pasó con la bebida y comenzó a gritar que estaba harto de los viejos bolcheviques, y que cuándo se acabaría de una vez aquel maldito infierno.

No sé qué me pasaría por la cabeza, debía de querer consolarle, pero de pronto dije que sin duda se acabaría, aunque solo siete años más tarde... Aliosha se alegró y contó con los dedos, le salía mil novecientos ochenta y tres. Grisha se puso lúgubre y dijo:

—No, Suzanne... *Eso no cederá nunca.*

Pronto emigró a Estados Unidos. Muchos años después coincidimos en una exposición y resultó que se acordaba de aquella vieja historia.

—Hay que ver, no acertaste de pleno solo por un par de años... Confiesa, Arroyo, ¿cómo lo sabías?

Pero si fue una broma: ¿cómo hubiera podido saberlo? Grisha siempre me reñía, decía que en nuestro país no se podía ignorar la política, yo le contestaba que él había tenido suerte, que sus padres no se cortaban al hablar, mientras que mis abuelas no soltaban prenda. Incluso entre ellas no hablaban de «esas cosas», solo comentaban asuntos domésticos.

Por supuesto que habría podido preguntárselo a Nicolás, pero no me atreví. Pensaba que de todas formas no sabía la verdad, y si la supiera, jamás me la contaría. Y por descontado nunca le preguntaría nada a Zinaida: cada palabra suya era mentira. ¿Acaso no recuerdo cómo gritaba a las abuelas que mamá cazó a Nicolás? O que las abuelas, viejas brujas, hacían hechizos, solo que no les había dado resultado, y que si no fuera por el judío astuto... Se había entrometido y así lo arregló.

¿Qué judío? ¿De dónde habrá sacado ese cuento? Las abuelas no tenían a nadie: ni amigos, ni familiares...

MADRE

ÉRASE una vez el zar Iván Vasílievich, tenía dos hijos, el mayor se llamaba príncipe Vasili, el otro, el pequeño, príncipe Dimitri. El mayor se hizo grande, era hora de casarlo. Le encontraron novia, buena moza, trabajadora, pero tan solo llegaron a casarlos, a la mañana siguiente desapareció Vasili. Viene Dimitri a hablar con el padre y dice: «Bendígame, padre. Iré a buscar a mi hermano». El zar no supo oponerse, bendijo al hijo.

El príncipe montó su caballo y se fue. Cabalga un día, cabalga otro, no ve nada más que la estepa. La estepa cubierta de nieve. De pronto ve una carpa, toda blanca, plantada en medio de la nieve. Dentro de la carpa está el príncipe Vasili, su hermano de sangre, durmiendo. Piensa entonces el príncipe Dimitri: «Voy a matarle dormido y me quedaré con sus peculios y con su novia». Dicho y hecho: ha matado al hermano, ha enterrado sus huesos y para casa. Solo que antes le cortó un meñique al muerto...

Mamá, sentada en el rincón, lo ha oído.

—Señor —dice—, qué cuento más espantoso. Tal vez no sea lo mejor justo antes de dormirse.

La abuela Eudocia aprieta los labios.

—Espantoso o no, es lo que hay... No conozco otros. Cuento lo que me contaban a mí... Bueno —se levanta—, duérmete.

Apenas me he dormido, ha regresado.

—Despierta —me llama.

Me acompaña a la cocina, tal cual, en camisón.

—Siéntate —dice—, come algo. Mira cuántas empanadillas, ya verás qué ricas.

Todas están sentadas a la mesa.

La abuela Glicería levanta la copita.

—Que sea un año feliz.

La abuela Ariadna también dice un deseo:

—Que no haya guerra.

La abuela Eudocia le sigue.

—Que todos tengan salud.

Mamá está alegre. Se sienta con todas, no se acuerda de la bruja mala...

La abuela Eudocia agita las manos.

—¿Por qué lloras, tontita? Es fiesta, hay que alegrarse.

La abuela Glicería dice:

—No deberíamos haberla despertado. Habría pasado la noche tranquilita. Vámonos, palomita, te llevaré a la cama.

Viene el carruaje negro tirado por el Cuervo. La bruja desmonta: «¿Habíais pensado arreglaros sin mí? ¡Ya veréis! Os he preparado un regalito...».

Me he despertado, no hay nadie. Ya es de día. Corro descalza a mirar debajo del árbol. Lo pillo y vuelvo corriendo a la cama.

Mamá está en la suya, sonrío.

—Esto es un piso —explica—; tiene de todo: cuartos, cocina, gente. Se ha de recortar y pegar. Cogerás las tijeras pequeñas —dice—, recortarás la mesa, las camas, las paredes. Ahí vive una familia. Pasa las hojas, al final vienen las explicaciones. Hazlo con cuidado, para no estropearlo.

Mamá, papá y su hija pequeña. No hay abuelas. Porque esa es otra niña. Sus papás han muerto y las abuelas viven conmigo...

—Anda —Glicería ha venido, también se maravilla—, es verdad, un piso en toda regla.

—En Gostini todos compraban, yo también. El televisor me lo han prometido —se acuerda—. Para después de las fiestas. Lo pagaré a plazos.

Eudocia mira ceñuda.

—¿Quién te lo ha prometido? —pregunta.

¡Fíjate en la vidente!, pienso. Como si lo oliera...

—¿Cómo que quién? —Trato de que parezca una broma—. Papá Noel, quién si no...

El día 31 salí, venía detrás.

—Yo —dijo—, pues eso... Que ha llegado mi turno para el televisor. Me apunté por primavera. Pensando en si me daban una habitación. Confiaba en que para las fiestas de noviembre... Qué va, dijeron: «Hay que esperar. Los que tienen familia lo necesitan más». ¿Quieres coger el televisor? Lo pagaré ahora y me lo devolverás poco a poco. En la residencia sería un estorbo. Cuando te llegue el turno, me quedaré con el tuyo. —Estaba muy contento—. Te ayudaré a traerlo, y a poner el cable.

Lo que me faltaba, pensé, las viejas ya me están mirando de reojo. Me apañaré sola, traeré el trineo. Se lo diré a los electricistas, por una botella me lo instalarán.

—Tú misma —dijo—, te lo haría gratis, sin botella.

Ya sabemos cómo son vuestros regalos, pensé.

Acabada la cena, he terminado de arreglar la cocina. He dejado la ropa en remojo. Debería irme a la cama. Susana ya se ha dormido. He mirado en su mesa. Vaya, casi

ha acabado de montar la casita, vive allí una familia, tres personas. Cuántas habitaciones: la sala, los dormitorios, y la niña tiene uno. ¿Dónde trabajarán para que les den tantas? Será que el hombre es un jefeazo... Parece joven, ¿cómo pudo alcanzar este nivel? En los palacios como este solo viven los directores, o los ingenieros jefes. Un mando intermedio ni lo soñaría. Veo que no ha acabado los muebles, duermen por ahora en el suelo. No importa con tal de que haya paredes... Me he acordado de la mujer de Sitin. Dios, no logro imaginármela dueña de sí misma. Es verdad, como en el paraíso...

Me he metido en la cama pero el sueño no viene. Es un hombre sencillo, no bebe. ¿Y si el jefe está en lo cierto y me propusiese matrimonio? No debería sufrir en soledad el resto de mis días. Me he imaginado su cara: esa cara de buena persona, pero no me siento a gusto. No importa, me espoleo, lo principal es que sea de los nuestros, que no sea de la ciudad. No hay forma de comprenderles...

He cerrado los ojos, el corazón late, late. Otra vez me viene a la cabeza aquel hombre, aquel, con barba, de la foto en su casa... ¡Me falta el aire! Cuánto he andado por las calles esperando encontrarle. Como si hubiera manera de dar con su casa... En un sitio tan grande, la ciudad, donde todas parecen iguales, nada que ver con la aldea...

Me he quitado la manta. El corazón no se calma. He ido a la cocina, a beber agua.

Me he sentado a la mesa. El hule está frío. Las manos me arden. Pero al rato me voy apaciguando. También iría mejor de dinero: los hombres, a diferencia de las ancianas, trabajan, se ganan la vida. Cambiaría mucho. Parece que trato de convencerme a mí misma. De pronto, se me ocurre: ¿Y si él ni lo ha pensado? Vale, decido, primero que me lo ofrezca y luego ya veremos...

He vuelto a la cama, estoy como despierta. ¿Qué pasa aquí? Parece que estoy en el pueblo, en el ejido. Pero ni rastro de la carretera, como si no la hubiera. Solo nieve. Todo está blanco. Miro atrás, busco mis huellas. No hay, ni mías, ni ajenas. Miro alrededor, a ver si veo ni que sea el humo de las chimeneas. Nada, ni tejados ni humos. ¿Cómo he llegado hasta aquí?, pienso. Qué extraño todo, y aún más extraño que no me espante.

¿Qué hora será? Ahora no nieva, se ve hasta muy lejos. La cosa está entre dos luces, no es de día ni tampoco de noche. He de caminar, pero las piernas me pesan, no logro moverlas. Allí delante veo un pequeño humo. Eso me da algún brío. Camino. Me acerco y reconozco el sitio. ¡Si es nuestra chabola al borde del bosque! Está aquí desde la guerra. De niños nos guarecíamos en ella cuando llovía. Los troncos se han podrido, crujen. ¿Quién se habrá instalado en la chabola? ¿Quién habrá encendido el fuego?

Agacho la cabeza, miro dentro. La tierra aplastada hace de suelo. En un rincón está la escoba vieja. En el suelo arde una hoguera. El dueño está sentado junto al fuego, de espaldas a mí, va echando leña, se calienta las manos.

Su voz es apagada, ronca, como si estuviera constipado. Me suena familiar, aunque no la reconozco. Que se vuelva, a ver si es uno de los nuestros, alguien de la aldea. Muchos hombres desaparecieron durante la guerra, y otros antes. Habrá cogido frío en el bosque, por eso esta voz ronca. Lleva una zamarra como militar, aunque está desgarrada, hecha pedazos. ¿Le habrá abrazado un oso? Pienso en un oso, como si por aquí los hubiera...

Vuelve la cabeza. Con solo mirarme se me corta el aliento. Como si un oso me hubiera desgarrado la garganta de un zarpazo. Asiente con la cabeza.

—A ver con qué me vienes —dice—. ¿A pedirme la libertad? Pues, por mí —ronca—, ya la tienes, no seré yo quien te retenga.

Quisiera contestarle pero me he quedado sin voz, estoy allí, muda. La hoguera arde, bailan las llamas. Las sombras recorren los troncos como alas. Me sobrepongo como puedo.

—Tu hija está creciendo, y tú guerreando por los bosques. Hace tiempo que la guerra se acabó, es la hora de salir al mundo.

Agacha la cabeza, esconde los ojos.

—¿Por qué —le reprocho— no has vuelto después de tantos años? Fue como si se te hubiera tragado la tierra...

Mueve los labios pero no oigo su voz, no quito los ojos de sus manos. Estoy como poseída, la garra se mueve dentro de mí, no pienso más que en abrazarle. Se ríe; se ha dado cuenta. Levanto las manos y doy un paso hacia él.

Se le contrae la boca como si hubiera recibido un latigazo. La mirada enturbiada, ni viva, ni muerta.

—Fíjate —se ríe—, llevas un vestido nuevo, habrá que estrenarlo.

Es verdad, es el nuevo. Las amapolas sobre el fondo azul. ¿Cómo puede ser? Si Glicería apenas ha empezado, pienso.

Mis dedos encuentran los botones, se aprietan allá, donde la garganta, me ha dado un vuelco el corazón; ¿qué pasará ahora? No hay nada en la chabola, ni vinagre, ni aspirina... Me aparto, meneo la cabeza, y la garra sigue dentro; que sea lo que sea, pero que no se vaya.

—¿Qué? —se enfurece, los ojos se le enturbian aún más—, ¿no quieres que nazca nuestra hija?

—Qué dices —le contesto—, cómo que no quiero, si ya ha nacido. No sé cómo voy a levantarla.

—No —frunce el entrecejo—, aquella vez no cuenta.

¿Y si es verdad?, pienso. ¿Y si no ha habido nada? Estoy aquí, en la aldea...

Las piernas se me debilitan. Me siento en el catre.

—Espera —le digo, y pienso a la vez: ¿cómo que no ha habido nada si me acuerdo de todo?—. ¿O es que no quieres reconocer a tu hija? La de tu sangre.

Enseña los dientes, el muy demonio, se ríe.

—La tierra se ha tragado mi sangre —dice—. Sobre la sangre no se construye el parentesco.

—¿Cómo es eso? —me extraño—. La niña se parece a ti. Aunque tú tenías el pico de oro y ella no dice ni pío. Antes aún tenía alguna esperanza —me lamento—, pero ya se acabó, hasta donde yo puedo, se acabó. Vivirá y morirá muda. A menos que tú... —le digo—. No sé por dónde andas, pero no estaría de más que preguntaras por allí a ver si hay remedio. Los otros cuidan de sus hijos, les compran televisores, ni te figuras lo larga que es la lista.

La hoguera desprende calor, el humo enturbia la cabeza. Se me ha acercado.

—No me tengas miedo —gruñe—. Te ayudaré, por ti haré lo que sea, lo que me mandes...

Me aplasta y no logro levantarme, ni liberarme, igual que si un oso se me echara encima. No tengo fuerzas ni tampoco voluntad. Balbucea, balbucea, como pidiéndome algo. Gritaría, pero no tengo voz. Más, más cerca, siento la carne, al oso... El olor es dulce, agudo, como el de un clavo calentado. Me agarro, me agarro a él, me agarro y lo desgarro, lo hago trizas, jirones... Arde en la hoguera, gime, se enciende... Calor, tengo calor... Grito como si me muriera...

He abierto los ojos, está oscuro. La hoguera se ha apagado, ya no queda nada, solo un recuerdo que arde débilmente. Relumbra, se deshace en chispas. Paso los dedos por el pelo del oso, pegajoso, húmedo. Me quito de encima la manta, me siento...

El corazón late. El camisón se ha enredado, a duras penas he liberado las piernas. Tengo los labios secos, me pican. La corriente fría hiela el suelo.

¿Qué ha sido esto?, pienso. Es verdad, es como el paraíso. Me ha venido a la mente la Sitin. Dios, ¿acaso también se refería a esto?

Entra la abuela Glicería.

—Deja el pegamento un rato. Descansa. Ven conmigo, sacaremos la máquina de coser. Si aprendes a coser con la máquina, podrás hacer lo que sea: un vestido, un delantal. De mayor te será muy, pero que muy útil. Con lo que se gasta comprando...

Encima de la mesa está el vestido cortado a pedazos. Los trocitos pequeños se amontonan en el suelo.

—Mira —explica la abuela—, ya he cortado según el patrón.

Recojo un retal del suelo, la abuela me ha visto.

—Está bien —consiente—. Si son pequeños, quédalos. Estos trocitos no servirán. Puedes recogerlos y prenderlos con un alfiler. Pero ten cuidado, no te vayas a pinchar. Atiende —me enseña—, esta es la costura lateral, esto es la espalda. Primero se hace el patrón de papel, después se corta la tela. Coseremos la pinza a máquina y enseguida plancharemos. La plancha es nuestro ayudante principal, sin una plancha no vale la pena ni empezar a coser.

La máquina es negra, barnizada, decorada con un dibujo rojo. Debajo se ve la aguja. La abuela gira la manivela: la máquina traquetea, picotea.

—Bien. —Ha cortado el hilo—. Ahora tú... ¿Qué pasa? ¿Que no te apetece? Ay, hija, a veces te pones de un rebelde... Como quieras. —Me echa—. Ve a tu cuarto. Juega con tu reino de papel.

He sacado los trocitos de tela, he quitado el alfiler. Cojo a mamá de la cocina, la pongo encima de la hoja de papel. La contorneo; será el patrón. La falda es ancha, acampanada, en los hombros hay unos cuadraditos de papel: sirven para que el vestido no se caiga. Recorto. Listo. Ahora, a pasarlo a la tela. Comienzo a dibujar, pero el lápiz se engancha, tropieza con las amapolas, las flores se erizan como si soplara el viento. ¿Y si primero pego el papel a la tela? Así podré cortar...

Mamá está guapa y muy contenta con su vestido de amapolas. Huele a pegamento dulce. Corro a la cocina, a mostrar mi trabajo.

—Fíjate. —La abuela Eudocia se maravilla—. Tienes todo un taller... Buscaré entre mis trapos, habrá para vestir a todos: a la niña y al hombre...

Se han liado otra vez. No es el hombre, es el padre.

—Estás hecha una artista. —La abuela Glicería no está enfadada. Se escupe en un dedo, toca la plancha. La plancha silba, se enfurece...—. Yo apenas he empezado y tú ya has acabado. Listo para vestir. Venga, pónselo.

Se lo he puesto. Muevo los labios. Qué más da que no se oiga. Si ellos están muertos, seguro que me oyen.

Érase una vez el padre y la madre, no tenían abuelas, solo vivía con ellos la niña pequeña. La del espejo. La otra. Vivían bien y eran felices. La madre y el padre se lavaban, se peinaban y se iban a trabajar. Al salir, le decían a la niña: recoge los trocitos de tela, haz ropa, así todos iremos bien vestidos. Regresaban del trabajo y la niña ya había hecho de todo: conjuntos, abrigos, vestidos...

Desde el recibidor se oye el ruido. Miro por la puerta, la abuela Eudocia manotea.

—No salgas, quédate en el cuarto. Han traído el televisor. Cuando acaben, entonces...

La caja es enorme, como cien habitaciones cabrían dentro. Mamá y un hombre desconocido la sujetan y arrastran. Mamá se chupa el dedo.

—¿Qué —pregunta el hombre—, dónde lo dejo?

—Ahí. —Mamá señala con la mano.

O sea, en la habitación de la abuela Eudocia...

Pues eso que decía, que volvían a casa, se cambiaban y se sentaban a cenar. Hay una mesa grande, allí, en el otro mundo, está en medio de la habitación. Encima de

la mesa hay platos y platillos de todo tipo. Una olla con sopa. Una sartén llena de patatas. Y no hace falta cocinar. Todo está recortado en papel; come lo que quieras.

Anda tú, pero si no se toman la sopa. ¿Quién quiere sopa si hay bombones de chocolate? Se comen los bombones, claro, los de la caja roja. La caja es mágica: coges un bombón, te lo comes, y no se acaban, la caja siempre está llena.

Después de comer o de tomar el té salieron un día a pasear. Pero se les olvidó lavarse las manos. Salieron y allí, en la calle, les esperaba la bruja mala. Vio sus manos manchadas de chocolate, se enfureció, les amenazó con el bastón, prometió que acabaría con ellos.

—¿Por qué —siseó— os coméis los bombones mientras que los demás se contentan con la sopa? ¡Os voy a hechizar!

Lloró el padre, lloró la madre, y la niña los consolaba:

—No lloréis, queridos padre y madre. No os hará nada. Os pincharéis con el alfiler y dormiréis durante cien años. Despertaréis, miraréis y ya no veréis a la bruja por ningún lado... Y nadie se acordará de ella, como si nunca hubiera existido. Vuestros cuartos seguirán en su sitio, todo igual que antes. Y también vuestra niña. Os estará esperando. Y otra vez viviréis felices.

Cojo el alfiler, les pincho. Tienen una cama ancha, he acostado a los dos. Están en la cama pero no cierran los ojos; será que no tienen sueño...

Fuera se oyen los pasos, andan todos de aquí para allá. Y también las voces, todos hablando a la vez. No se distinguen las palabras, pero mamá está alegre. Abre la puerta, me llama:

—Ven, voy a enseñarte algo... Jamás has visto nada parecido...

Voy corriendo, miro: una casita. Delante tiene una gran ventana de cristal.

—A la una, a la dos y a la tres... —Mamá aprieta un botón. Espera.

La ventana sigue oscura. Y de pronto se ha encendido una luz, como una chispa. Crece, crece... Y sale música de la casita. ¿Cómo es posible? Unos cisnes están de pie, en fila, con las alas levantadas.

—¡Dios mío! —Ariadna agita las manos—. Es *El lago de los cisnes*... *Ballet*...

Llevan vestidos y tocados de plumas. Ahí están, toda una bandada. Por delante una cisne blanca. Se agita y se agita toda ella. Un instante y volará...

—Es tarde —susurra mamá—. ¿Vamos a cenar y ya luego miramos algo?

—Déjala que mire —dice la abuela Eudocia—. ¿Ves?, hasta se le han puesto blancos los labios. Como si acabara de presenciar un milagro... Se ha enganchado.

—Vale —consiente mamá—. Yo la primera vez también me quedé de piedra. Había uno en la residencia. Uno con la lente gruesa. Se veía mal. Este no tiene comparación.

—¿Es que —Glicería no quita el ojo— solo dan *ballet*?

—No —dice mamá—, hay de todo. Por la noche ponen el noticiario. La administradora de la residencia solía encenderlo cuando las noticias. Yo me acercaba alguna vez, escuchaba. Era aburrido. Los dos locutores allí sentados, leyendo por turnos. De tanto en tanto daban conciertos. A veces salían buenos cantantes...

La música reverbera, fluye, en la boca sabor a dulce...

Sale una mujer bien vestida.

—Hemos presenciado unas escenas del *ballet* de Piotr Ilich Chaikovski *El lago de los cisnes*.

—Bueno —mamá se levanta—, fin del programa, y la patata se habrá pasado. Aprieta el botón: se encoge, se encoge, ya no hay más que una chispa.

La ventana se ha vuelto oscura. El botón está aquí mismo. Aprietas y volverá... Retiro la mano: me da miedo. Me levanto de puntillas, cierro los ojos. La música suena en la cabeza. Qué bien está allí todo... Se mueren y se convierten, unos en palomas, otros en cisnes...

Friego los platos. No se me va de la cabeza; se habrá enfadado. Por la mañana ha venido.

—¿Qué, lo llevamos hoy?

—Es que —he contestado— he quedado con Sergéevich. Me ayudará a transportarlo y también me lo instalará.

Mientras hacía mi turno, todo el rato he tenido el corazón encogido. ¿Por qué le he ofendido? Si venía con las mejores intenciones. Me habría ayudado y se habría ido, gracias, muy buenas. En el peor de los casos le habría explicado que las abuelas son viejas, que no les gustan las visitas, que debo respetar eso si vivimos como en familia. Vale, lo hecho, hecho está.

He limpiado la mesa, me he sentado y no acabo de creérmelo; quién lo hubiera dicho, he comprado el televisor. En la aldea pasaba las noches a la luz de la tea y ahora, fíjate... No he podido mantener la boca callada, me he jactado ante las chicas de la planta.

—¿Cómo es posible? —ha preguntado alguna—. Hace poco que te has apuntado a la lista.

Me he azorado.

—Una del taller de montaje —he inventado— me ofreció cambiar porque ahora mismo no le venía bien pagarlo.

Nadia, la muy víbora, se ha entrometido.

—¿Y tú te has vuelto rica? ¿No sabes en qué gastarte los cuartos?

—Es dinero de mi madre —he respondido—. Ha estado ahorrando de la pensión.

Me he arrepentido de haberme jactado. ¿Por qué no me habré mordido la lengua? Bueno, tampoco lo he robado. Y además no es para mí, es para la niña.

Al descolgar la tina, me he acordado de que el jefe explicaba que han inventado una máquina para lavar la ropa. Lo ha leído no sé dónde; se pone la ropa sucia dentro, la máquina da vueltas y sale todo limpio. Las chicas se reían.

—¿Cómo que da vueltas? ¿Es que tiene patas?

Y yo pensé que a lo mejor es verdad. Han lanzado a Gagarin al espacio. Una máquina de lavar no es para tanto. Es mucho más sencillo.

Una vez explicaban en la hora de información política que cada uno trabajará tanto como quiera, si le apetece, hará un turno, si no, pues medio turno y ya está. Después irán de compras. En las tiendas, el paraíso hecho realidad, habrá de todo. Y no hará falta el dinero. El dinero será cancelado, coge lo que quieras y cuanto quieras. Nadia ahí tampoco se contuvo.

—¿Cómo que «cuanto quieras»? No es posible. El primer día se acabaría todo. Yo, por ejemplo, me quedaría con diez vestidos de una vez, aparte los zapatos, desde luego. Y no unos sencillos, sino de lujo, extranjeros, digamos, de fabricación checa. Y otros húngaros para alternar. ¿Y qué? —Guiñó un ojo a las chicas—. ¿No tengo derecho?

—Es de esperar que incluso tú —se cabreó el jefe—, para entonces, te hayas vuelto concienzuda.

—¿Concienzuda? —Se rió—. Me volveré simplemente vieja. ¿Cuándo será? ¿Dentro de veinte años? Tendré cuarenta y cinco, ¿acaso todavía necesitaré zapatos bonitos? Me contentaré con lo que haya, un par de botas y va que chuta. Pero... ¿y los jóvenes? ¿O es que solo habrá viejos cuando llegue el comunismo?

Me ha hecho pensar: con la comida está claro. Primero, por supuesto, se echarán encima como locos: apetece pescado, bombones y tal. Comerán y beberán hasta no poder más... Después irán a por la ropa. O, pongamos por caso, a por las telas. Seguro que fibrana no querrán, exigirán lana pura...

Me desvisto, parece que gime... Me inclino sobre su cama, nada, duerme bien. La he arropado. Es tan guapa, un ángel. Jamás dirías que es una deficiente. Ay, Señor, estamos en tus manos.

Y hablando de manos, qué manos más diestras tiene. Mi madre siempre decía: las buenas manos se ven de bien chiquitos. Hay criaturas que ya de muy pequeñas les sale bien cualquier cosa que toquen, y otras que por mucho que les enseñes, no hacen nada a derechas, lo dejan todo mangas por hombro o patas arriba. Crece entonces un ser inútil...

Ha acostado a sus muñecos de papel. Están en la cama, duermen...

Me he metido en la cama. No duermo, me da miedo. ¿Y si no es él?, pienso. Ay, me viene como una ola de sudor frío, puede haberle pasado cualquier cosa. *Estos*, los que aparecen, no te dejan en paz así de fácil... Mi difunta madre contaba:

Ocurrió cuando la guerra. Vivía aquí una mujer. Fornida, sanota, no sabía lo que era estar enferma. El marido se fue al frente, ella trabajaba por los dos. Casi al final de la guerra le llegó la partida de defunción. Lloró lo debido y otra vez a trabajar. Pasó un mes, luego otro y los vecinos comenzaron a fijarse: de cara se había vuelto como más pálida. Bueno, tampoco era para sorprenderse. Nadie podía jactarse de tener buen aspecto. Después vieron que le había cambiado el cuerpo, que estaba más flaca. Las mujeres la abordaron.

—Has de ir al centro, al ambulatorio. Que te miren por si han de recetarte algo, pastillas, o hierbas, o lo que sea...

Caso les hacía más bien poco, por no decir ninguno. Y luego esas miraditas, como mofándose. Vamos, las de una chalada.

Había una con quien tenía más confianza. Las mujeres acudieron a esta.

—Habla con Anna —dijeron—. Tiene mala cara, que piense en sus hijos, a ver si a lo tonto va a dejarlos huérfanos de pronto.

Pues fue. Hablaron de esto, de lo otro y de lo de más allá, Hasta que la otra le soltó de sopetón:

—Idos todas al diablo. Vosotras sois las que tendríais que ir al ambulatorio. Yo por fin he comenzado a vivir. Mi marido se me aparece cada noche. Estamos más enamorados que nunca. Antes no sabía lo que era el amor...

La amiga, la de confianza, se quedó pasmada. Y se lo explicó a las demás. Decidieron hablar con el pope. Entonces acababan de abrir la iglesia, que antes de la guerra había estado cerrada. Pero tampoco podían ir cualquier día. Trabajaban sin jornada de descanso. Día tras día sin parar ni uno. Primero recogieron la cosecha del koljós, después hubo que atender los huertos propios. Solo al terminar pudieron dos vecinas acercarse al centro, donde la iglesia. El pope era viejo, apenas se mantenía en pie. Nada más escuchar lo que escuchó sobre aquella mujer les dijo:

—La tortura el demonio. Habría que traerla al templo del Señor —aconsejó—. Lo que pasa es que esos demonios, los que se revisten con la apariencia amorosa, son los más fuertes. A veces con un servicio no basta. Tienen un nombre especial, uno terrible.

El pope dijo el nombre, pero las vecinas lo olvidaron.

Regresaron. Justo por aquel tiempo comenzaron las lluvias y dejaron los caminos hechos un desastre. ¿Cómo iban a llevarla? Había que esperar hasta que se secaran. Mientras esperaban, Anna, así de golpe, la diñó. Mientras la bañaban no creían lo que veían: una vieja. Las manos finas, las costillas puntiagudas, como después de una enfermedad larga. El demonio le había sacado las fuerzas, la torturó hasta la muerte...

Estoy en la cama, qué miedo... ¿Y si me pasa lo mismo? El demonio me tortura. He cerrado los ojos. Es él, pienso. Al corazón no le engañarás.

La nieve está blanca, se amontona... Entre los montones serpentea el sendero. Se ven huellas, parecen de botas. Por lo que veo, es de madrugada: apunta el día. Sigo

las huellas. Son mías, pienso, las del otro día... Me miro los pies: llevo las botas de fieltro. ¿Por qué? Si gasto un modelo de la ciudad...

Sale el humecillo. Pero el bosque es ajeno, oscuro, no se parece al nuestro. Alrededor sube el vallado hecho con estacas. Detrás está la atalaya de madera, como las que levantaban los alemanes. En el centro decían que había una; los alemanes habían vigilado a los prisioneros encerrados... Vale, decido, por lo menos he de encontrar la puerta. Miro alrededor: no hay puerta. La chabola es lo que sirve de puerta, se ha de pasar por ella.

Agacho la cabeza. El mismo suelo de antes, de tierra apisonada, solo que ahora hay unos escaños a lo largo de las paredes. Forman dos filas, como tarimas. Ya no hay hoguera. Se calientan con una estufa. Despide tufo.

En las tarimas se sientan los hombres. Hace calor. El aire es pesado, te deja como atontado. Se sientan allí, juegan, tiran los dados por turnos, no me ven. He aguzado la vista: no son dados de jugar. Demasiado blancos. Se amontonan en un rincón, pasan de mano en mano, los cogen de allí. Me ha entrado miedo, quisiera irme, pero los pies están como clavados al suelo.

Bueno, no hay salida. He hecho una reverencia, les he saludado. Han dejado su juego, se vuelven. El mío está con ellos, pero no se revela. He decidido callarme por ahora; quién sabe qué pasará...

Manda uno paticojo. La barba despeinada, rojiza, un silvano en toda regla.

—Entra si has venido. —Se ríe—. Responde: ¿por qué vienes a vernos?

Sale uno, flaco, pero también barbudo. Importuna al jefe.

—Mal hecho —le reprocha—, ¿qué bienvenida es esa? No cada día nos es dado recibir visitas. Primero invítala a comer, a beber, deja las preguntas para después.

Han tirado los dados al suelo, se han apartado.

—Siéntate —me invitan—. Toma nuestra agua, prueba nuestro pan.

Me acercan una jarra de metal, me ofrecen pan. Me he sentado en la tarima, olfateo su pan: es asqueroso. Está hecho con armuelle, desde la guerra que no lo probaba. El agua tampoco es buena, huele a pantano.

—¿Por qué —dice el que manda— arrugas la nariz? ¿Acaso nuestra comida apesta?

—Se lo agradezco —contesto—, pero no tengo hambre. Acabo de cenar.

El que manda se ha enfurecido.

—A ver quién le enseña ahora a tu mujer —riñe a mi hombre— cómo hay que portarse aquí. ¡Vaya cara que ha puesto! En su mesa sin duda cada día come carne muerta...

Los demás también gruñen. Murmuran, se mueven, se rascan las barbas. De puro miedo he mordido su pan, he sorbido el agua. Veo que se han calmado... De pronto siento que por probar su comida me he hecho más valiente. Y el humo se ha dispersado.

—¿Qué estáis haciendo por aquí? —pregunto.

—¿Nosotros? —Enseñan los dientes, sonrían—. Pues ya lo ves, entretenemos como podemos, rezar a Dios...

—O sea que —caigo en la cuenta— ¿de verdad estáis muertos?

Pregunto y no me da miedo, como si fuera de lo más normal: aquí estoy, de visita donde los muertos.

—No estamos vivos —responden—, ni tampoco muertos.

—¿Cómo es esto? ¿Acaso es posible?

—¿Posible? Pues claro que es posible —dicen—. ¿No lo sabías?

—No puede saberlo —intercede el mío—, es de allí, donde la libertad...

Y todos venga a reírse a carcajadas, menean las cabezas.

—¡Libertad! —gritan—. ¡Qué bueno: libertad!

Han recobrado el aliento. El que manda dice:

—Bueno, seas de donde seas, incluso de allí donde la libertad, responde: ¿deseas algo? Eres una mujer joven, nosotros —me guiña el ojo— tampoco somos viejos. A lo mejor podemos con tu pena...

He mirado de reojo al mío, no dice nada.

Me he armado de valor.

—He venido para que el padre ayude a su hija; es una incapacitada, una pobre muda. Dentro de nada cumpliré los siete y aún no ha dicho ni una palabra. Aquí lo estáis pasando bien, jugáis a dados o a huesos humanos y la niña mientras tanto sufre.

Han escuchado, están pensando. El jefe mueve los labios.

—No nos reproches lo de los huesos. ¿De quién crees que son, eh, sino nuestros?

El otro, el flaco, no para de dar vueltas, trajina y trajina.

—No comprendo una cosa. ¿Acaso los otros de allí donde estás suelen hablar? Los que hablaban están con nosotros y desde hace mucho...

El que manda también se rasca la nuca.

—¡Mira que eres tonta! No sabes la suerte que te ha tocado. Si hubiéramos nacido mudos, no estaríamos pudriéndonos aquí.

—Eso —digo— lo ignoro. Lo vuestro es cosa de hombres. Igual os habría ido mejor siendo mudos, pero la niña tendrá que casarse un día. ¿Quién va a querer a una muda?

El jefe arruga la frente.

—Vale —decide—. Que el padre diga la última palabra.

El mío me mira.

—¿Ya te lo has pensado bien? Pongamos que le concedemos la voz, es un suponer... Pero aquí las cosas tampoco son gratis...

¿Será posible que me pidan dinero?, me he pasmado para mis adentros. ¿Para qué? Están en el bosque.

—Ahora mismo —les explico— tengo una deuda. He de pagar por el televisor. Cuando acabe con eso trabajaré para vosotros, saldaré la cuenta.

Hay que ver, pienso, quiere cobrarle a su hija...

—¿Tardarás mucho —se mete el jefe— en devolver la deuda que tienes?

—Mucho —le digo—. Como medio año, o tal vez un año entero.

—Eso —me explica— no es nada: aquí un día es igual a un año. Pero ten en cuenta una cosa: tú pagarás y tu hija pagará. Estás decidiendo por la dos...

Me he sentado, he apoyado la mejilla. Otra vez se cubre todo de humo. Será que la chimenea está obstruida. Y viene un tufo horrendo de los rincones. Huele a podrido. Por poco vomito. Ellos, callados, esperan.

He mordido otra vez su pan de armuelle. Ha dado fruto; las náuseas se han ido.

—Decidido —digo—. Haced lo que haga falta. Nosotras, ella y yo, devolveremos la deuda, creedme...

El jefe ha golpeado la mesa.

—Bien. Si te has decidido, alarga la mano. No, así no —arruga la nariz—, no hacia arriba. No es como lo hacéis vosotros. Hacia delante, te cortaremos un dedo: será la prenda.

Me ha entrado el pánico.

—¿Cómo iré a trabajar? Me echarán.

—No se lo digas a nadie, ni se darán cuenta. Están ciegos.

Veo que ya está sacando el machete. Es grande, afilado... He alargado la mano, he cerrado los ojos, he sentido el tajo. Duele como para dejarse toda la voz en un grito. No he abierto la boca, lo he aguantado.

El mío ha cogido el dedo, lo envuelve en un trapo.

—Ahora —dice— estamos desposados. Este dedo es como la alianza. La niña —dice— también es mía, a partir de ahora no la dejaré...

Veo que el jefe se ríe.

—También yo la vigilaré, soy como su padrino...

El dolor es cada vez más y más fuerte... Grito. Abro los ojos. No hay nada. La mano me duele. He abierto la luz. Ya lo veo... El dedo supura. Hoy me hice daño cuando arrastrábamos el televisor. Cierro los ojos. Dios... Es por los cuentos, los de Eudocia...

Debería levantarme. De todos modos no me volveré a dormir.

Solo ahora lo he comprendido: hablaba distinto, no le pillaba a la primera. Y ahora habla como todos. Como la gente de nuestra aldea...

Detrás de las ventanas está oscuro, ni una lucecita, ni una estrella. Estoy apesadumbrada, mareada... No sin motivo, pienso; después de todo esto: el dedo, el sueño...

Han ido a pasear, han almorzado. Han acostado a Sofía. Se han preparado para enrollar la lana. Allí sentadas no paran de lanzar miradas al rincón. Como si hubiera allí un imán. Glicería se atreve la primera.

—¿No estará mejor encendido? Por si dicen algo importante...

Eudocia, como si estuviera esperando la orden, ha guardado al instante las agujas de tejer.

—Dale al botón.

Se ha encendido. Una multitud desfila y manotea en la pantalla. Ariadna ha fijado la mirada.

—¡Santo cielo! Si son los deportistas... El desfile deportivo...

La música suena, alegre, festiva. Glicería mira sorprendida.

—Pero si estamos en febrero, en pleno invierno. ¿Cómo es que desfilan?

El ojo de la cámara recorre el espacio, se mueve. Pasa por los globos que bailan en el aire. Por los retratos sujetos a las astas. La gente está contenta: grita, ríe. Sin embargo, es como si fueran mudos, no se oyen las palabras, las tapa la música. Ariadna dice:

—Se parece a una fiesta. Diría que es la del Primero de Mayo.

Glicería observa, escruta con la mirada.

—Sí que es una fiesta —coincide—. Solo que llevan camisas a rayas, ¿te acuerdas? Antes de la guerra...

—Ay, madre, mira, mira el trapo... —Eudocia se ha quedado de una pieza.

Unos chavales alegres, robustos, lo llevan en dos astas. El trapo es ancho. Las astas están cubiertas de flores. En medio está escrito: 1941. La cámara sube, sube, se desliza por encima de las cabezas, vuela.

Ariadna cierra los ojos.

—Lo recuerdo. Nosotros también fuimos. Dejamos al pequeño en casa, fuimos los tres.

—Dios... —Glicería se ha parado en seco, se lleva las manos al pecho.

Ariadna, sentada, la mirada pegada a la pantalla...

Caminan, se ríen...

Ahora aparece una mujer de pelo rizado, ocupa la pantalla entera. Ariadna no la escucha.

—Voy a tumbarme.

Las otras asienten con la cabeza; bien pensado, tumbate un rato.

Se ha ido. Glicería mueve los labios.

—En esas manifestaciones... ¿filmaban a todos o elegían al azar?

Eudocia opina:

—Mujer, a todos, a todos..., no creo. Y menos todo el rato. ¿Tanta gente con aparatos de filmar? ¿De dónde y cómo iba a haber tantos?

—¿Y si —Glicería baja la voz— los había?

Eudocia ha comprendido, se ha tapado la boca con la mano.

—Sí, a eso me refiero —Glicería no se para—, lo han filmado y lo han escondido. Lo tienen *allí*, guardado. Hoy enseñan a unos, y otro día saldrá otra gente.

—Si es del cuarenta y uno, todos esos están muertos. Murieron durante el sitio, o en el frente... Pero ¿cuándo habrán empezado? ¿Antes de la guerra? Porque ya había cine antes de la guerra —recuerda—. Ay —se apoya en la mesa—, me siento mal...

—Lo ocultan —Glicería sigue susurrando—, lo ocultan desde la misma guerra civil. En unos almacenes especiales.

Entra Ariadna.

—No —los ojos están secos, oscurecidos—, no puedo. No paro de pensar en que los míos caminan allí. Vivos...

—Siéntate —dice Eudocia.

Se quedan en silencio.

Glicería se arruga, de un momento a otro romperá a llorar.

No se oye el ruido de las agujas, se oye una voz desconocida. Me levanto, camino de puntillas. Murmura un hombre, la voz es ronca, desagradable. No oigo a las abuelas. Miro por la ranura: es el televisor, habla el televisor...

—Son como los vivos. —La abuela Glicería se alegra—. Pero no les afectan ni las guerras, ni las enfermedades. Siguen tal como les pilló la muerte: jóvenes, sanos. Esperan su turno para salir por la tele.

—¡Paparruchas! —La abuela Eudocia la fulmina con la mirada—. ¿Todos son iguales, con los mismos derechos? ¿Han muerto y han acabado en el mismo lugar tanto los justos como los pecadores? ¿Y la cola es la misma?

—Están muertos —la abuela Glicería se pone triste—, no vale la pena ajustar las cuentas...

—¡De eso ni hablar! —Eudocia se levanta, se apoya en la silla—. ¿No lo han arreglado en este mundo y quieren borrar sus huellas? No va a ser así. Dios lo ve todo. La muerte no es la guerra, no amortiza los pecados. Si no has saldado las cuentas en este mundo, tendrás que responder en el *otro*.

El dedo es negro, agudo, señala el televisor. El hombre de ahí dentro se ha asustado, se ha callado.

La abuela Eudocia le mira de tanto en tanto.

—¡No me lo creo! ¿Para qué guardarlo? ¡Si son las pruebas! Si ocurriera cualquier cosa, se volverían contra ellos. ¡Madre mía! Está aquí. Descalza. ¡A la cama! —ordena—. Lo que faltaba...

Me voy corriendo, salto a la cama, me tapo toda, escondo la cabeza. Oigo sus pasos, arrastra los pies. Se sienta en la cama.

—Tú —me dice— no hagas caso a todo lo que oyes. Son cosas de adultos. Hay gente para todo... La apariencia humana es engañosa. Unos son como zorros, astutos,

y también los hay que son como cuervos. Cuando seas mayor, aprenderás a distinguir por ti misma de qué raza es cada cual...

Se ha ido. Me he destapado la cabeza. No comprendo qué decían. ¿Que en la tele están todos muertos? ¿Aquel hombre también?

Zoia Ivánovna pasa delante.

—Y qué, Bespálova... —dice—. ¿Hay que felicitarte por la compra?

Su mirada es aguda, perspicaz. No digo nada. Nadia se habrá chivado. Está que rabia, la muy zorra.

—Sí —respondo—, me lo he comprado. Para que la niña lo vea. Tú misma me decías lo de la escuela y tal.

—Tienes razón, te lo decía. Lo único que no comprendo es con quién cambiaste el turno.

—¿Por qué? —pregunto—. ¿No está permitido?

—Lo está —dice—; en nuestro país todo está permitido. Pero en primer lugar hay que avisar al sindicato. Informar, corregir la lista. La cola es común.

—Ah —digo—, no lo sabía... ¿Qué importa? Si ambos estamos apuntados.

—Importa, y mucho —dice—. Todo requiere un orden. Así cualquiera, si no, todos cambiando a la brava...

Regreso a mi planta, por el camino recuerdo que dije a las chicas que era una del taller de montaje. ¿Y si me preguntan el apellido? Doy la vuelta para pasar por la planta de galvánica. Miro por la puerta, me ha visto. Le hago un gesto: sal, hemos de hablar.

Sale, se limpia las manos con un trapo. Se lo explico; primero arruga el ceño y luego dice:

—Es igual... Diles que he sido yo.

No conozco su apellido, siempre ha sido Nicolás a secas... Lamento tener que preguntarle, solo faltaría que se enfadara.

Acabado el turno, abordo al jefe.

—¿Cómo se apellida Nicolás? —le pregunto—. Ese de la planta de galvánica...

Se ríe.

—¿Acaso elegirás marido por el apellido? El suyo es bien bonito: Ruchéinikov. Suena a agua que corre, a riachuelo, a arroyo... ¿Te convence?

Zoia Ivánovna pasa sus papeles.

—Tengo aquí a todos los del taller de montaje en una carpeta. Los que se habían apuntado, lo recibieron en mayo.

Pero qué zorra es esa Nadia, pienso, se ha chivado hasta de los detalles.

—No lo entiendo; todos están servidos...

Claro, pienso, los de montaje son señorones, los mejores. Para cualquier cosa, son los primeros. Y sus sueldos no se pueden comparar con los nuestros.

—Entonces ¿con quién te has cambiado? —pregunta—. ¿Dónde lo apunto?

—Verás —le explico—, he mentado a las chicas. No sé cómo ha pasado. El taller de montaje no tiene nada que ver. Me he cambiado con Nicolás Ruchéinikov, de la planta de galvánica. Es soltero, vive en la residencia. Hemos acordado que yo me quedaría el televisor ahora y él después, el próximo otoño. Para las fiestas del Primero de Mayo tendrá la habitación. Dice que deben dársela ya.

Guarda silencio, arruga los papeles.

—Interesante postura tenéis, tú y Nicolás Ruchéinikov... Vaya, conque le «deben»... Los casados con hijos viven como pueden, y a ese se lo «deben». Si no necesita el televisor, ¿por qué se ha apuntado a la lista? Hay gente que realmente lo necesita.

—Entonces qué —digo—. ¿Lo traigo de vuelta?

—Bueno —dice—, el importe ya está pagado. Ya está hecho. Lo tengo anotado en la lista de los servidos —dice—, N. Ruchéinikov.

—Pues ponga su apellido en vez del mío —pido—, para que no haya enredos después.

—Lo apuntaremos —promete—, no habrá enredos. Lo apuntaremos todo.

Ha cogido una hoja nueva, ha escrito algo, la ha sujetado encima con un clip. Me mira.

—Tú, Antonina, por lo que veo, vas de lista pero tiras a tonta. Que metieras la pata por ser joven, vale, se puede entender. Pero ya no eres una niña. Ya has parido una vez sin padre y ahora, ¿qué? ¿Piensas repetirlo? ¿Te parece bien ir procreando huérfanos? Te aprovechas de que nuestro Estado es bueno. Se os da todo lo que se os antoja: guarderías, jardines de infancia... Y vosotras a parir como gatas callejeras.

—¿Cómo puedes decir eso, Zoia Ivánovna? —Hablo y me tiemblan las manos—. ¿Acaso le he pedido algo a alguien? Trabajo, hago dos turnos seguidos, solo para levantar a mi hija. Fue a la guardería solo tres meses y nunca ha ido al jardín de infancia.

—Tienes que dar las gracias al jefe por permitirte hacer dos turnos. Tenlo en cuenta: en Estados Unidos a las que son como tú las ponen de patitas en la calle. Vete y piénsalo —dice—. Antes de que sea tarde.

He salido. Se me nubla la vista. Algo me baila ante los ojos. Como unos cristales de nieve dorados. He llegado hasta la planta de galvánica, le he pedido que salga.

—Y bien —pregunta—, ¿lo ha anotado?

—Sí —respondo—. Pero está rabiosa, te rapa y despelleja con la simple mirada.

—No pasa nada —manotea—, no es para tanto, ya se calmará. Cambiarse el turno no es ningún pecado capital. Estoy acabando —dice—. ¿Me esperas?

Hemos salido a la plaza.

—¿Por qué pones esa cara? —me pregunta—. ¿Zoia te ha dado un susto?

—No sé... No estoy bien... Se me ha quedado un mal cuerpo...

—Olvídalo —me consuela—, Zoia tampoco es ninguna fiera. A lo mejor ya se le ha olvidado. Va agobiada de trabajo. Vamos —me invita—, te pago un café. Allí está la panadería. Sirven café y pastas.

Las mesas son altas y hay poca gente.

—Bueno —me ofrece—, tú eliges.

Detrás del cristal hay bollos, pasteles... Estoy desconcertada, no sé qué pedir.

—¿Y tú, qué tomarás? —pregunto.

—Yo prefiero los pasteles —dice—, los cucuruchos de crema.

He mirado: veintidós *cópecs*. Hay que ver, pienso; «prefiero». Los solteros claro que podéis «preferir».

—Entonces, tomaré lo mismo.

Y por dentro pienso: Al menos lo probaré una vez.

El café está rico. Dulce. Aunque nada que ver, desde luego, con el de verdad, aquel lujo amargo y negro que nunca más he probado. He mordido el cucurucho. Muy rico. Cuánto me gustaría llevárselo a Susana. Se alegraría tanto. Para mí no es nada, un capricho. A ver, calculo. Envolverlo y meterlo en el bolso... No, es incómodo ahora, y quedaría fatal. Hoy me lo comeré y mañana le compraré uno.

—¿Por qué arrugas la frente? —dice—. ¿No te gusta?

—¿Es verdad que en América echan de las fábricas a las madres solteras?

—¿Cómo? —Se asombra—. ¿A qué viene eso y a ti qué más te da? Gracias a Dios no vivimos en América...

—No me lo acabo de creer. ¿Acaso allí son unos animales?

—No lo sé —dice—, a lo mejor, animales no son, pero no se preocupan por sus obreros. Lo que sé seguro es que no reparten las viviendas, las compra cada uno.

—¿Qué dices —me extraño—, cómo que las compran? ¿En una tienda?

Se encoge de hombros, vete a saber, a lo mejor sí, en una tienda.

Hemos salido.

—Gracias por la invitación —digo—. He de irme.

Se limpia los labios.

—¿Cuántos años tiene tu hija? —pregunta.

—Cumplirá los seis.

—Está bien —asiente—, entonces pronto comenzará el colegio. ¿Y de cara, a quién se parece?

—No sé. Dicen que a mí.

—Tú no estás mal —me observa—. Hace mucho que me he fijado.

—¡Ay, déjalo! —Me río—. A lo mejor de joven...

Veo que aparta la mirada.

—¿Y su padre, por dónde anda?

El corazón me ha dado un vuelco.

—No sé, igual ya está muerto... O lo mismo —susurro— está en la cárcel.

Se me ha escapado y enseguida me he asustado. ¿De dónde lo habré sacado? No era más que un sueño.

—Bueno —asiente—, a veces la vida... Mi padre, por ejemplo. Regresó de la guerra sin una pierna. Al principio nada, lo llevaba bien, pero luego comenzó a darle a la botella. Y ocurrió lo del centro comarcal. Él y otros forzaron la puerta de la tienda; buscaban vodka. No cogieron más que dos botellas. Un mierdecilla de la policía local pasaba por delante justo entonces. Los compinches, hala, salieron por piernas. ¿Y mi padre, qué iba a hacer con su muleta? El policía lo escachifolló allí mismo. Mi madre, nada más saberlo, acudió corriendo, se puso a rogar de rodillas: «Es excombatiente, pagaremos el vodka...». Y el otro, el muy hijo de perra, se puso en plan tajante: «El juez decidirá. ¿Qué más da que fuera combatiente? La ley es una para todos. Si no, cualquiera se pondría a robar». El policía aquel, lo que es la guerra, ni la había oído, se la pasó bien cómodo en la retaguardia. Y mi padre, por una vez que quiso ir de listillo, pagó el pato por todos. En la sala de juicio nos hacía guiños: No pasa nada, saldremos de esta...

Al final nos permitieron una cita. Fue mi madre. Al volver, se puso a contarle a la abuela cómo había ido. Yo era pequeño, desde la cama escuchaba a hurtadillas. «Está de buen humor —dijo—. Hace mucho que no le veía así. Mejor en la cárcel que pudriéndome en el pueblo, dice. Que cumplirá tranquilamente la condena y después tendrá mil caminos para elegir, que podrá ir a donde le plazca...». Tal vez al padre de tu hija le pasó algo parecido... ¿Ha habido juicio?

—No sé... —He agachado la cabeza—. Es posible, aunque a mí no me invitaron a asistir. Es que no estamos casados.

—¿O sea —comprende— que la criatura es bastarda, esto es, hija natural?

—Pues sí. Parí tal cual.

—¿Qué patronímico lleva?

—La registré con el del padre, se llamaba Gregorio. Eso no está prohibido.

—Nicolás —me guiña un ojo— tampoco resulta tan mal, para un patronímico, quiero decir...

Señor, pienso, ¿adónde quiere llegar?

—Vale —dice—, era una broma. No importa que sea bastarda. Lo importante es que crezca sana.

Ay, pienso, si así fuera... ¿Se lo digo? No. Recordé lo que las viejas mandaban: mantén la boca cerrada.

—¿Y tu padre? —pregunto—. ¿Volvió?

—Al principio nos llegaban cartas. Mi madre le enviaba paquetes. Después se acabó. Ni una palabra. Creíamos que podía haber muerto en la cárcel. Más tarde rumoreaban que le habían visto rondar por el centro comarcal. Quién sabe, tal vez le confundieron con cualquier otro. Como si hubiera pocos cojos...

Cruzo el puente, vuelvo a pensar en América. Las viviendas en una tienda, ¿será posible? Así, como algo que se pueda comprar, entras y pides precios, eliges lo que te

convenga. ¿Y cómo habrá tantos pisos? Que no, que no, que alguna cola o lista de espera tendrá que haber, digo yo, seguro que sí, si no ya me dirás...

Salgo a la plaza: qué viento, cómo sopla. Es frío pero parece que quema. Me protejo con la manopla seca. ¿Y si fuera cierto? Solo de imaginármelo se me sube la sangre a la cabeza. Yo fijo que me compraba uno, murmuro. Claro que debe de ser muy caro... ¿Y qué más da si vale la pena? Tu propio cuarto, tu cocina. Colgaría unas cortinas de lino, a rayas azules. Y baño propio, qué gustazo: paredes limpias, pintadas en un color claro. Ya, madre, ya; de pronto me he dado cuenta, ¿con quién dejaría a Susana? Si en América no hay ni guarderías, ni jardines de infancia. Por muy palacio que sea, no vas a dejar a la criatura sola. Vale, he llegado a la conclusión, parece una maravilla, pero es mejor tal como es, con las viejas...

Nos hemos sentado a cenar.

—¿Qué? —pregunto—. ¿La habéis encendido de día?

Ni pío, desvían los ojos.

—¿Se habrá estropeado? —me asusto.

Eudocia dice:

—Funciona bien. Se ve todo.

—El noticiario —me acuerdo— lo dan a las nueve. Vamos —digo—, enciéndanlo. Por lo menos me enteraré de lo que pasa en el mundo.

Susana corre la primera. Es espabilada, aprieta el botón.

La música es fuerte, amenazante; salen dos sentados a la mesa, como si fueran una familia.

«Buenas noches, camaradas», proclaman.

Al comienzo enseñan una fábrica. Las plantas son limpias, espaciosas, con tabiques de cristal. ¿Dónde será? Debe de ser Moscú. Celebran una reunión a la hora de comer. Han hecho ir a un montón de gente. No hay ni un solo asiento libre. Muchos están de pie, apretujados.

Habla un hombre, se parece a mi jefe. Le escucho pero enseguida pienso: No, lo nuestro es distinto. Si el jefe sale a hablar acaba murmurando como un sacristán. La gente viene medio dormida; las horas estas, las de información política, suelen organizarlas antes del turno de mañana.

Ha salido una mujer. Del mismo porte que Zoia Ivánovna. También lleva el pelo recogido en un nudo. Las de sindicatos van todas iguales, con los nudos. Ha sacado un papelito, lee. Al parecer, habla del arte. «Pintores —dice—, pintamonas». Los demás atienden, levantan las manos.

El dedo me late. De día creía que se me había pasado, pero por la noche ha vuelto. Supura muy cerca de la uña. Eudocia me lo mira.

—Remójalo con el permanganato. Que esté caliente.

—Pero ojo, que puedes perder la uña —dice Glicería.

La abuela Ariadna mira la pantalla.

—¿Cuándo han filmado esto? —susurra.

La abuela Eudocia se enfada.

—¿Acaso no lo ves? Es de ahora. Mira los hombres, qué mofletes tienen... Sobre todo aquel. Se atiborran de comida, se les sube a las mejillas. Se vuelven más anchos que largos.

He vuelto con el permanganato diluido en un tarro pequeño. Ahora hablan del extranjero. A ver, pienso, si enseñan los pisos. No, están de huelga. Agitan los puños, gritan en su lengua.

El de la corbata dice:

—Sigue desarrollándose implacablemente el proceso de recorte de las plantillas. Los obreros luchan por sus puestos de trabajo. Los propietarios no se andan con miramientos. Echan a la calle a las víctimas de los recortes.

Vaya chupópteros, los propietarios, pienso. Mientras les sacaban todo el jugo, eran necesarios, y ahora, de patitas en la calle. Las mujeres también se manifiestan, las que no están casadas. A estas las habrán despedido en primer lugar. Qué pena me dan, hasta me duele el corazón. Se levantarán mañana y... ¿con que alimentarán a los niños? ¿Acaso las criaturas tienen la culpa? Uno no elige dónde nacer.

El dedo me late, late.

—¿Ya está? —pregunto—. ¿Tiro el agua?

Eudocia aconseja:

—Tendrías que haber extraído pus antes de meterlo en permanganato.

—¿Cómo lo extraigo si está debajo de la piel?

—Tú —explica— coge un alfiler y caliéntalo en el fuego.

—Dolerá —arrugo la nariz—, así en carne viva...

—Si supura, no está viva —aclara Ariadna—. Es la necrosis. Los tejidos se mueren. Si se han muerto, no volverán a resucitar. Y si no lo abres, los tejidos muertos afectarán a los que están sanos.

He encontrado un alfiler, lo he calentado. Pincho una vez, dos: no sale el pus. Está lejos de la superficie. No ha servido más que para abrir la herida.

La abuela Glicería dice:

—Siéntate bien. Estás en el borde y con la espalda curvada. No es bueno, crecerás torcida...

La abuela Eudocia manotea.

—No vale la pena que gastes saliva. No te oye. Está pegada al televisor. Ay, nena, esto te arrastrará a la perdición, te quemarás la vista.

—¿Y esto dónde es? —se sorprende la abuela Glicería—. ¿En qué país?

—Te lo han dicho hace un momento: es en América.

—Vaya... —Suspira—. No logro ni imaginármelo.

—¿Imaginar qué? Allí viven personas como en todas partes. ¿No recuerdas que durante la guerra nos llegaba su carne enlatada? Y había también aquellos coches, ¿cómo era?, Stude... No me sale. Ahora por lo que veo usan otros. Será que aquellos nos los enviaron a nosotros y para su propio uso fabricaron otros nuevos, mejores.

—Sí, de eso sí me acuerdo —se anima—. Studebaker. ¡Buenos coches!

—¿Cómo lo sabes? ¿Has subido alguna vez?

—Nada de eso... —Se ríe—. Lo decía Solomón Zajárovich.

—Santo Dios... —La abuela Eudocia menea la cabeza—. Ese Solomón tuyo era especialista en todo... Vinagre, coches... A saber por qué te portaste como una boba y no te casaste con él, habrías vivido la mar de tranquila. ¿Qué edad tendrá ahora?

—Diría —reflexiona— que es del mismo año que nosotras: había combatido en la primera guerra... Se alistó siendo estudiante, iba a la facultad de medicina...

—Mirad —interrumpe Eudocia—, de nuevo sale nuestra ciudad... La estación de trenes Nikoláevski.

—De Moscú —corrige la abuela Ariadna—, ahora se llama la estación de trenes de Moscú. ¿Ves —dice—, Sofiita? Todas las calles están decoradas para las fiestas. Cuando crezcas, irás a pasear a Nevski. Es muy agradable pasear por allí los días festivos.

Los muertos son alegres. Caminan por la calle, se ríen... Sus calles son anchas, bonitas. Las guirnaldas cuelgan de través. Corren los coches. También se han muerto sus hijos. Están allí, pasean, la música les acompaña y sus voces son igual de silenciosas...

Se acerca la primavera, el sol brilla más. Ariadna dice:

—El aire es tierno, vivo...

Camino y el aire de verdad parece más alegre. En invierno se vive a oscuras; vas al trabajo y todavía es de noche, regresas y ya se ha oscurecido. Ahora es distinto, sales después del turno, es de día y te sientes como más alegre. El otro día Nicolás dijo:

—Pronto llegará el verano. En verano cualquier cosa se vuelve más fácil, tanto si es trabajo, como si es ocio.

Asentía con la cabeza y pensaba: A lo mejor, iremos al parque, por fin estrenaré el vestido.

Porque de ponérmelo para ir y venir del trabajo ni pensarlo. Esas lagartas me pondrían en ridículo. No dan tregua, no pierden ocasión.

—Sal, que ya está aquí el *noviete*.

Y Nadia es la primera.

—Y parecía tonta cuando la compramos —dice—, vaya con la Antonina. Te haces la mosquita muerta y a la chita callando pescas a un hombre ejemplar, un buen partido al que lo único que le falta es justo eso, que se haga del partido.

Otro día se me acerca y así, con la sonrisita, dice:

—Las masas trabajadoras se interesan; ¿qué tal le funciona el aparato? Si chuta, a lo mejor lo podrías compartir con las demás, ¿no?; compartir es bueno.

Y las otras la siguen, se ríen.

Y yo, para esquivar risitas y bromitas, le voy dando largas, pero me sabe mal. Un hombre es un hombre, esperará, esperará y finalmente se cansará. La de veces que me ha invitado ya a la residencia.

—No —me niego—, de eso nada, ya te he dicho que no puedo.

—En tal caso —propone—, invítame a tu casa, ¿o es que tu madre es una fiera?

—No —respondo—, qué va a serlo...

Pero ¿cómo le voy a invitar? Las viejas apenas salen, y nunca todas juntas, siempre hay una o dos de guardia, cuando no las tres. Y la niña...

—Tú no tengas miedo —insiste—: voy en serio. Me presentas, le damos al pali que lo que haga falta y ya verás como todo irá bien.

Estamos cenando, he abierto la boca.

—Quisiera invitar a un conocido. Es un hombre serio, no bebe... Trabajamos juntos. ¿Qué les parece? —pregunto—. ¿Le ven algún inconveniente?

Eudocia ha arrugado los labios.

—¡Mira por dónde! ¿Qué pintamos nosotras? Que quieres invitarle, pues tú misma.

—Pero —digo— si vivimos como una familia...

—Exacto —contesta—. Normalmente a una familia no se traen esa clase de invitados, esas citas suelen arreglarse fuera de casa.

—¡Dios te ampare, Eudocia Timoféevna! —Ariadna intercede a mi favor—. ¿Qué cosas estás diciendo?

—Pues, si digo, es porque sé. No vine ayer al mundo. Piensa una cosa: la criatura lo ve todo, se fija en todo, se dará cuenta de cómo se la iréis endosando cada vez más a las abuelas para poder apañaros a gusto.

Glicería se seca las manos con el delantal, la vista clavada en el suelo.

—Puede que no sea una buena idea —dice—, sería mejor que no fuera aquí...

—Eso es —Eudocia le hace el coro—, hazle caso. En estos asuntos le sobra experiencia.

Se me ha formado un nudo en la garganta. Se me saltan las lágrimas. Glicería lo ha visto y hace un aspaviento así como contrito.

Ariadna aparta la taza.

—No comprendo qué hay de raro... Vendría, tomaría el té...

Eudocia se remueve inquieta:

—Vosotras mismas —dice—. Ojalá no haya que beberse luego nada más amargo, quién sabe si hasta lágrimas de sangre... Vamos a ver, ¿él, por ahora, dónde vive? ¿En la residencia?

—Por ahora —explico—, sí, en la residencia. Para las fiestas del Primero de Mayo tienen que darle la habitación.

—¿Y para qué te querrá entonces si le dan la habitación?

Me ha dejado desconcertada, no sé qué decir. Glicería exclama:

—¡Qué corazón más duro tienes, Eudocia! ¿Y si es buena gente? Ten un poco de confianza.

—¿Confianza? —Eudocia se ríe con malicia—. A ver: es un hombre soltero, busca a una mujer igual, soltera y sin obligaciones, o, todavía mejor, una moza. Tú, por ejemplo, no quisiste cargar con hijos ajenos. Pues lo de aquí es todavía peor: una muda... Si abandonan a los propios por inválidos, ¿a santo de qué han de apiadarse de una extraña?

Ariadna no le hace caso.

—Si viene aquí, hay que recibirle como Dios manda. Hacer un almuerzo de fiesta, comprar algo para acompañar el té.

—Y que no falte un poco de vinito. —Glicería se relame.

Eudocia ha metido de un golpe la silla debajo de la mesa y se ha ido.

De noche en la cama no se me van de la cabeza sus malas palabras. Y, sobre todo, eso de la inválida. ¿Y si está en lo cierto? Como si hubieran sido pocas las lágrimas para ir a por nuevas desgracias... Si solo se tratara de mí, aún, pero quién me asegura que no estoy preparando el infierno para mi hija... He cerrado los ojos, me da miedo que vuelva el sueño de antes. ¿Qué excusa tendré?

Me despierto: nada. No he soñado con nada. Voy al trabajo y no pienso más en invitarle o no. Por fin he tomado la decisión: no le invitaré. Y si se cansa de esperar, qué le vamos a hacer, esto es lo que hay.

A la hora de comer se me acerca sonriente, con los ojos alegres.

—¿Qué —pregunta—, te lo has de pensar mucho aún? Ya le he comprado un regalo. Caigo bien a los mocosos. Es que soy el pequeño de mi familia, los hijos de mis hermanas casi me igualan en edad. Jugábamos juntos. Les hacía de tío y a la vez de amigo, de compañero.

Mientras he ido a esconder la leche no he parado de pensar. ¡Cómo maltrata la vida a la gente, cómo nos retuerce! Eudocia, por poner un caso, está hecha una fiera. Glicería tenía razón: ha perdido la confianza en el género humano. Como si hubiera vivido en Estados Unidos. Claro que no ha sido fácil su vida, ha enterrado a todos, pero ¿y Ariadna? Los suyos también están bajo tierra, sus huesos hace mucho que se redujeron a polvo, y, sin embargo, ha mantenido vivo su corazón...

Vale, pienso, Susana solo saldrá a saludar y a recibir el regalo. No tiene por qué sentarse con todos. Explicaré que se cohíbe, que no tiene costumbre. A las viejas les diré que mantengan la boca cerrada. Con un poco de suerte no se dará cuenta. Con el tiempo, a lo mejor le coge cariño; la nena es lista, sabe francés. Diré que el médico la ha mirado y no le ha encontrado nada. Si Dios quiere, un día hablará.

Glicería me instruye:

—Ponte guapa, estrena el vestido.

—Vale —digo—. Ustedes, por favor, pídanle una cosa a Eudocia Timoféevna. Que no hable de la mudez.

—¿Por qué no se lo dices tú? —me pregunta.

—Es que está enojada —explico—. Y además a ustedes les hará caso antes.

Veo que Glicería vacila. Sigue ahí, no se va.

—Tú no le guardes rencor —me dice—. La vida le ha mostrado siempre su peor cara: no ha recibido más que golpes y puñaladas... Por eso piensa que si el mundo se ha vuelto desalmado, ya no cabe esperar nada bueno de la gente. Pero Dios es misericordioso. Hay más almas puras en el mundo de lo que parece. Tal vez tú también tengas suerte...

—Gracias, Glicería Egórovna, por esas palabras y por desearme suerte. Usted bien sabe, y dígaselo a las otras, que me vaya como me vaya nunca olvidaré su bondad. Ustedes son mi familia. De joven cometí un error, no volverá a pasar. No les quepa duda.

—Así sea —dice—. Dios te oiga y te proteja. Para nosotras tampoco eres una extraña. —Ha levantado la mano, ha juntado los dedos y me ordena—: Agacha la cabeza.

Me ha hecho cruces, igual que mi madre me las hacía cuando era pequeña.

En la puerta se ha vuelto.

—Si cualquier cosa, no vaciles, recuerda lo del vinagre...

La mesa ha de resultar convincente: arenque, pepinos en salmuera... He ido a comprar una botella de vino de Cahors. Herviré unas patatas. Doraré unas cebollas. He decidido no hacer ensaladilla; tampoco es una celebración. Si fuera el Primero de Mayo, entonces sí, sería otra cosa. Haré tortitas. A Susana le encantan. Parece todo bien, pero no estoy tranquila. Nada más imaginar que estamos todos sentados a la mesa, las viejas taladrándole con las miradas. ¿Cómo se lo voy a explicar? A ver, diré que son parientas de mi madre, lejanas. Que no lo sabía, que se han instalado a vivir aquí de improviso y tal...

Salgo a abrir y me doy cuenta: ¡el vestido! Con el ajetreo de las tortitas se me ha olvidado. Bueno, ya es tarde...

Abro la puerta, ahí está.

—Muy buenos días.

La voz suena seria y a la vez me guiña el ojo; está divirtiéndose.

—Qué bien huele, hasta en la escalera se nota. Bueno, ¿dónde está tu niña?

Acabo de verlo; en las manos sostiene una caja.

—¡Susana, hijita —grito—, ven aquí!

Se asoma por la puerta. Los ojos parecen dos platillos. Eudocia también sale, se queda en la puerta hecha una estatua.

—Te presento a Eudocia Timoféevna —digo—. Este es Nicolás...

—Nikíforovich por el patronímico —me sopla.

—Y aquí está —me vuelvo— mi hija, se llama Susana.

Le entrega la caja. Me mira antes de cogerla.

—Esto se llama peonza —le explica él—; ¿tienes alguna? ¿No? ¿No sabes cómo va? —La niña menea la cabeza, o sea, que no lo sabe—. Te enseñaré.

Retira la caja, la ha abierto. El fondo es rojo, arriba hay cristal o tal vez sea plástico transparente. Debajo del cristal está el atelaje: el caballo, el cochero sentado en el pescante. Afianza el juguete en el suelo, lo pone en marcha... Gira y gira, la música suena, la voz de la peonza se afina como un hilillo... Susana hasta ha abierto la boca, le gusta.

—¿Ahora —pregunta— te atreves tú? —La peonza ha caído—. Por lo que veo, no eres muy habladora. ¿O es que me tienes miedo? No temas. No soy un lobo feroz.

—Es que no habla —interviene Eudocia—. Es muda de nacimiento.

El corazón por poco se me para.

—Muda, muda, no sé... —dice él sonriendo—. Los mudos no oyen. Ella en cambio sí, y además entiende.

—Y tanto que entiende —intercedo—. Hasta los libros franceses los entiende. Y escucha la radio.

Hablo, hablo, la voz se me precipita como si me diera miedo llegar tarde. Susana ha recogido la peonza del suelo. Así como de lado, se retira a su cuarto.

Pero qué víbora es esta Eudocia, pienso. O será que Glicería se ha olvidado de avisarla... Miro al cuarto.

—Tú quédate aquí de momento —digo—. Te traeré unas tortitas.

Se ha acomodado en la silla.

—En nuestro pueblo —cuenta a las viejas— había un chaval, me llevaba unos años. No abría la boca. La gente decía de todo, que era mudo y tal. Le duró hasta los siete años, y después nada, se le desató la lengua. Creció, fue a la escuela, se hizo un joven pionero. La pena es que murió en la guerra. La verdad es que creció de lo más avisado. Había sido por un susto que se había llevado de pequeño: un día vinieron a su casa a expropiar los bienes. En invierno les echaron de casa, después se aclaró, no eran tan ricos. Lo que quiero decir es que a veces ocurre que se queden sin habla, por un susto, por ejemplo, y con el tiempo se les pasa.

Eudocia se ha rebelado.

—¿Y esta de qué iba a tener miedo? Nadie nos ha intentado echar. Llevamos una vida tranquila.

Glicería aparta la mirada, menea la cabeza. Vale, pienso, ya hablaremos luego.

Brindamos, comemos, sirvo las tortitas. Glicería solo ha enganchado una; sabe de qué pie cojea...

—¿Qué le pasa, Glicería Egórovna —digo—, no está a su gusto, no tiene apetito?

—A mi edad —responde— ya no se come...

—Vaya —Nicolás chasquea la lengua—, qué ricas son estas tortitas. En nuestro pueblo no se hacen para un día cualquiera. Ellos se lo pierden, por tontos, por supersticiosos. Las tortitas, dicen, solo son para la comida de exequias.

—Hombre —respondo—, en el pueblo, claro. En el nuestro también. La ciudad es otra cosa. No guardan las tradiciones.

—Bueno —se dirige a Eudocia—, Eudocia Timoféevna. Ha criado usted una buena hija. Es trabajadora, modesta, la respetan en la fábrica. Yo también...

Ay, madre, ahora entiendo: la ha tomado por mi madre. Le echo una mirada bizca a Eudocia. Asiente. Guarda silencio. Algo es algo, que siga así, mejor que no hable. Es porque a las demás las he llamado por el nombre y patronímico, en cambio a ella la he tratado de usted a secas.

—Aquel chaval, ese que no hablaba, cuando empezó a hablar se olvidó de lo que había pasado antes, cuando no hablaba. Se hizo mayor y nada, la memoria en blanco. Me ha hecho pensar: ¿habrá sido por la mudez? ¿Mientras no hablas no memorizas? Igual funciona así... A propósito —recuerda—, le solían incomodar: «Venga, Minia, cuenta cómo os vinieron a quitar los bienes. ¿Te acuerdas?». Se cabreaba mucho: «¡No ha ocurrido nunca! —gritaba—. ¿De qué voy a acordarme si no pasó? Somos de clase media». Hasta le pusieron el mote: Clase Media.

—Y usted —dispara Eudocia—, ¿era de los más pobres?

—Nosotros... Pues, sí —confirma—, mi padre fue uno de los primeros que se apuntaron al koljós.

—En tal caso —pregunta—, ¿por qué no se quedó allí? Como en el sitio de uno, en ninguno...

Ariadna le ha lanzado una mirada fugaz, ha meneado la cabeza.

—¿Y qué tiene aquello de bueno? —Frunce el entrecejo—. En la ciudad se vive mejor. Piotr, el vecino, después de la mili se instaló en Moscú. Vino de visita. Trajo unos regalos: percal para su madre, un chal. Y para la hermana, zapatos. Se jactaba: vivo en la habitación yo solo. El sueldo lo pagan en billetes, no como aquí, que te dan tu parte de productos según las horas trabajadas y apáñate. Mi madre escuchaba, escuchaba, justo entonces me toca la mili... Vale —se ha cortado de repente—, hablo demasiado. Brindemos en su honor: larga vida y buena salud. Y que sus hijos estén sanos y no le aporten más que alegrías.

Eudocia le aguanta la mirada.

—Buen discurso —dice—. Sería un pecado rechazar la copa.

Nicolás ha apurado el vaso, lo ha apartado. Las demás ni han tocado el vino. Solo Gliceria ha tomado un sorbo.

—Qué despiste —me he acordado—, si le he prometido las tortitas.

Susana juega con la peonza. Se vuelve, el caballo corre, corre. Fíjate: está fabricado con maestría, el caballo parece saltar los terrones.

—¿Qué me dices —le pregunto—, te gusta el regalo?

Ha levantado la vista: la mirada es aguda, lo capta todo. ¿Acaso, pienso, tampoco recordará esta peonza? No importa, con tal de que hable...

Acabamos de comer. Nicolás se ha levantado.

—Gracias —dice—, eres una cocinera de primera. Todo estaba muy rico. ¿Tal vez ahora aceptarías enseñarme tu cuarto?

Eudocia aprieta los labios.

—Es que la criatura está allí. La acostamos después de comer. Para conversar disponéis de la cocina. Nosotras nos retiramos, una siesta siempre viene bien.

He retirado los platos, he vuelto a sentarme.

—Pues sí que es severa tu madre —dice Nicolás—, un general en toda regla. Con una como la tuya poca broma. ¿Y las otras dos qué, son sus hermanas? Se parecen mucho.

¿En qué, me pregunto para mis adentros, les has visto el parecido?

Pero en voz alta contesto:

—Sí, normal siendo familia.

Me ha cogido de la mano. Me ha sentado bien, en este momento oigo que alguien arrastra los pies por el pasillo. He retirado la mano a toda prisa. Era Glicería.

—Vengo a por el agua —dice—. La sed que llega a dar el vino.

Se ha ido. Nada más alargar él otra vez el brazo, entra Eudocia.

—La he acostado —dice—. Hoy le cuesta dormirse, está inquieta. Me sentaré con ella un rato, a ver si se calma.

—Yo debería irme. —Nicolás se ha levantado—. Mañana toca trabajar, mejor que me vaya a dormir.

Nos despedimos en la puerta.

—A veces echo de menos a mi madre. Es de aquellas que aprietan la cuerda. Y acto seguido pienso que no. Se vive mejor sin el ojo avizor...

Se ha ido. Me he puesto a fregar los platos. No sabes la suerte que tienes, libre, sin el ojo avizor, diviértete cuanto quieras. Y yo a lo mío, que es como lo de ese caballo, el de la peonza: giras sin parar el día entero, saltas los terrones... Me he secado una lágrima.

Glicería mira el televisor, se extraña.

—Creo que a este que viene de visita ya lo hemos visto por la mañana...

—El de esta mañana —corrige Ariadna— es de Polonia, mientras que este es de Hungría.

—No hay quien se aclare —refunfuña Eudocia, está molesta—, para mí todos son como salidos del mismo molde.

—¡Qué va! Los polacos lucharon en nuestro bando. Los húngaros estaban con los alemanes.

—Ya, y ahora a todos les ha dado por viajar. Haber viajado cuando la guerra.

—He oído —Glicería se azara— que en el extranjero, antes de la guerra, la vida era mejor que la nuestra.

—No es para sorprenderse —replica Eudocia—. Si no han pasado ni por la revolución, ni por la guerra civil, ¿cómo no van a tener una vida mejor?

—Eso... —Glicería se anima— me contaba Vasili, el manco, el que frecuentaba el jardín de la iglesia.

—A ese le recuerdo —asiente Eudocia—, jugaba al dominó. Le arrancaron los brazos hasta los codos, pero se dio maña para jugar con los muñones. Ayudándose

con los dientes.

—Ese, ese —se alegra Gliceria—. Acabó la guerra en Checoslovaquia. Cómo admiraba la vida de ellos. «Allí», decía, «hay fábricas de calzado Bata»^[12]. No sé si era mote o apellido, vete a saber... «Excelentes zapatos», decía, «vaya que sí. Los oficiales, los más listos, se aprovisionaron a conciencia, dejaron los almacenes bien limpios, y yo», se lamentaba, «fui tonto. Había gastado las manos en la guerra, haberlas conservado hasta cuando de verdad les habría dado buen uso. Hasta después de la victoria...».

—Tonto —Eudocia está de acuerdo—, un tonto y encima un charlatán... Por eso les deportaron de la ciudad. Ahora seguro que estará muerto...

Voy al almacén, a buscar los sacos; me sale al encuentro Zoia Ivánovna.

—Suerte que he dado contigo, Bespálova —dice—. Cuando acabes el turno pásate por las oficinas del sindicato: tenemos un asunto que comentar.

—¿Qué asunto? —pregunto—. Si ya hemos resuelto lo de la lista.

—Tú como si fueras un ángel celestial. ¿Crees que no tenemos otras cosas que hacer aparte de anotar vuestros televisores? ¿O es que no sabes de otros pecados, no has cometido ninguno?

Lleva los labios rojos, pintados con carmín.

He buscado a Nicolás.

—No me esperes hoy. Zoia me ha llamado, trama algo. Seguro que otra vez me dará la bronca por la niña, por no llevarla al jardín de infancia. Como si la criatura lo necesitara. Los niños son malos, le harían la vida imposible. Sería como entregarla voluntariamente a la tortura.

—Pues haz que entre en razón. —Arruga la frente—. Explícaselo con claridad, tal cual es: la niña no habla.

—¿Qué dices! —Manoteo—. Si no sabe nada. Nadie lo sabe. Solo tú.

—Por otro lado —dice—, también es verdad. Las mujeres son cotillas, a la mínima dan rienda suelta a la lengua, inventan las mil y una.

—Eso es lo de menos —digo—. Mientras no solo hablen... Lo que me da miedo es otra cosa: que la mareen de hospital en hospital, que me la acaben desgraciando.

Le he contado aquel caso, el del niño con la hidropesía cerebral.

—Oh, sí —se compadece—. Hay médicos para todo. A veces incluso hacen el mal a propósito... Por ejemplo —dice—, los judíos. Entre ellos encontraron a los saboteadores, fui de los primeros en votar la carta de protesta.^[13]

—¿Pero —me asusto— si después los absolvieron!

—A los acusados, sí, los absolvieron. —Me mira—. ¿Y quién te ha dicho que no hay otros que siguen saboteando?

—Ya —digo—, pero me cuesta creerlo. Quieras que no, son médicos...

—¿Y qué? —dice—. ¿Acaso los alemanes eran tontos? Construyeron para ellos unos campos especiales. No sin motivo, pienso yo. En fin —acaba—, tus temores no son vanos.

Camino y siento como frío en el corazón. Como si unos dedos me estuvieran apretando la garganta.

Allí donde el despacho del comité trajinan los obreros, levantan los andamios. Han obstruido la planta entera. Tiro, tiro de la puerta y no se abre, está cerrada.

—¡Entra por el otro lado! —gritan.

He dado la vuelta. Abro la puerta, los goznes chirrían. Pintar, pintan, pero para engrasar ya no tienen manos. Entro. El olor a pintura penetra por la nariz. Qué bonito ha quedado; irreconocible... Las paredes pintadas de verde, una mesa grande, nueva. Las mujeres se han distribuido alrededor, Zoia Ivánovna en la cabeza.

—Entra —asiente—, Antonina. Estamos aquí reunidas, el comité femenino, para comentar tu caso. Hablaremos, pensaremos en tu vida. Puesto que a mí ya no me haces caso... —La voz es suave, baja, como si fuera una mosca otoñal. Zumba.

Escucho y no comprendo qué me está pasando. Me sudan las manos. Me las seco en la bata del uniforme, miro alrededor. Encima de la mesa está la tetera, y hay platitos con galletas. Toman el té, mordisquean las galletas. Se han cambiado, llevan los vestidos de calle. Seguro que no les ha faltado tiempo para pasar por la ducha. Yo en cambio he entrado tal cual, con la bata encima. Debo de apestar a sudor, qué vergüenza. He visto una silla libre, me he agazapado en un rincón.

Zoia Ivánovna se toca el moño.

—Bueno —comienza—, Antonina. Llegan nuevos avisos sobre tu vida frívola. Hasta ahora he tratado de abordarlo así y asá, de tal manera o de tal otra, con empeño digamos maternal, y tú como si no fuera contigo, sigues a la tuya. No es bueno que la mujer no mantenga su dignidad; tienes a tu cargo una criatura, más aún, a una hija. ¿Qué ejemplo le das? La mujer es ante todo madre. Y solo después lo otro. Como mujeres —mira a las otras—, te comprendemos, pero no podemos apartarnos, no tenemos derecho. Así que responde: ¿lo tuyo con Nicolás Ruchéinikov va en serio o qué?

Asiento con la cabeza y no logro decir ni una palabra. Como si me hubieran metido una estaca por la garganta. No puedo ni respirar.

—Pues si va en serio —continúa—, piensa en casarte con él. Si se le pasara por la cabeza darte largas, enseguida le haríamos entrar en razón. Qué listo: se ha buscado la mujer. Ahora dice que le tienen que dar la habitación. Me imagino que es para tener adónde traerla. Más cómodo. En la residencia, claro, uno no puede campar a sus anchas.

Veo que Valia Parmiónova levanta la mano, pide la palabra. Bien cebada está, ancha, pechugona.

—Mi opinión es esta —comienza—. Antonina no es tan culpable. Un hombre es un hombre, no le vas a arrastrar así de fácil a registrar el matrimonio. Se lo querrá pensar.

Zoia Ivánovna la ha escuchado, ha arrugado la nariz. De pronto me he fijado: tiene la nariz de pato y toda ella se parece a un pato; desliza los codos por la mesa, se

pavonea.

—No importa —dice—, le meteremos en cintura. Los hemos visto de todos los colores, a los indecisos también.

Ahí todas se echan a reír. Y yo junto a ellas, aunque no me haya hecho gracia.

—La mujer —Zoia Ivánovna se ha ajustado el tirante— es la guardiana del hogar.

—¿Cómo dice? —pregunta la Sitin.

—Es un proverbio —explica Zoia—. Hogar, aparte de casa, en nuestra lengua sería un fogón o cocina. —Ha hecho un gesto como amontonando las brasas—. Significa que guarda el orden. ¿Y el hombre qué? Es como un ternero. Si le toca una mujer lista y hábil, le sigue el ejemplo. Se le va la tontería como con la mano. El mío, por ejemplo, al principio intentaba escaquearse... Y ahora estoy la mar de tranquila, lo de vigilarle el día de paga ni se me pasa por la cabeza. Como mucho se toma una cerveza, eso sí, pero el dinero viene para casa. Tú, Antonina, eres demasiado buena y comprensiva con ellos; como no te hagas respetar harán lo que quieran contigo y nunca llegarás a nada con ninguno. Por ese camino solo se llega al libertinaje. Pero como eres tozuda como tú sola... Porque esa es otra, que no te juntas, que te enajenas de las compañeras. Nosotras estamos en el mismo barco, en la misma olla, vamos todas a una, en colectivo, y tú como guardando la distancia, manteniéndote aparte. Cuántas veces no te habré repetido: deja de estropearle la vida a tu cría. Llévala al jardín de infancia. ¡Y tú como quién oye llover! Lo mismo que hablarle a una pared. Ni que te hubiera dicho que la mandarás al frente enemigo, vamos...

Vera Burágova ha levantado la mano.

—¿Cómo es posible? ¿Quién puede ser capaz de privar a su hija de una infancia feliz? ¡No es una madre, es peor que una madrastra!

—Tú cálmate —intercede Zoia Ivánovna—. Para etiquetar no hay que ser muy listo. No estamos aquí para poner etiquetas.

Te caiga mejor o peor, es recta, no es mala persona. Aún tendré que darle las gracias. Porque las demás, si les dieran rienda suelta, acribillarían a cualquiera a picotazos. Debería abrirme a ella, pienso. Aunque igual ya es tarde y tampoco es el momento oportuno, con todas estas delante.

Veo que Burágova está como enojada.

—Como si me importara lo que haga o deje de hacer ella. —Tuerce el morro—. Por quien sufro es por la criatura. No va a defenderse por sí sola.

—Bien dicho. —Zoia Ivánovna está de acuerdo—. Es hora de que te enmiendes, Antonina. Bueno —hace un gesto como si soltara un pajarillo—, vete.

He salido. No sé por dónde tirar. Lo intento por aquí. Nada: cerrado. Me meto por allá y me topo otra vez con los andamios. Y todos esos sacos amontonados o tirados por el suelo, a ver quién pasa por encima... Las piernas me flaquean. Me he apoyado a la pared. Me bulle la cabeza y no pienso más que en una cosa: salvar a la niña.

Veo que alguien se acerca. Pero si es él.

—¿Qué haces aquí? —me pregunta. La mirada es cariñosa, compasiva.

De pronto he sentido el corazón aliviado. Pensándolo bien, ¿qué me ha asustado tanto? Como si pretendiesen quitármela ahí mismo. El otro niño, el de la hidropesía, estaba completamente enfermo.

—Es que... —me quejo—, estos sacos tirados por todas partes...

—No pasa nada. —Me tiende la mano—. Vamos...

Pasamos por el punto de control, ni me he acordado de la leche en el bolso. Una vez en la calle me pregunta:

—Entonces ¿para qué te han llamado?

—El comité de mujeres —explico— se preocupa por mi vida.

—Hay que ver —menea la cabeza—, el comité... Las generalas. ¿Y cuál es su disposición actual? ¿Adónde apunta el ataque principal?

—Otra vez hablan del jardín de infancia.

Otorga con la cabeza.

—Yo... —vacila— mientras te esperaba iba pensando en ello. De una manera u otra, antes o después, la cosa saldrá a la luz. En el jardín de infancia los niños son pequeños, como mucho, se reirán y ya está. La escuela es peor. Allí sí que son como fieras.

Me duele, pero asiento con la cabeza.

—Es verdad... Solo que no hay modo de saber dónde será peor.

—Es cierto —confirma—. No hay modo de saberlo. A veces piensas que peor no puede ser. Y después de pronto la cosa mejora. ¡Cuántas historias lo dicen! Por ejemplo, Piotr, el que vino con los regalos... Nos sentamos un día a tomar unas copas, y me explicó una, la recuerdo como si fuera ayer:

Pasó antes de la guerra. Vino a la ciudad, se instaló en la residencia, pensaba que no lograría mudarse pronto. Un día le llamaron y le dijeron que fuera a elegir la habitación. Le dieron tres direcciones, para entonces había ascendido a jefe de brigada. Todas las habitaciones eran espaciosas, incluso con algunos muebles. Fue a ver una, otra, llegó a la tercera y allí vio a una vieja. Estaba sentada encima de un cofre en el recibidor. Era decrepita, fea como la muerte misma.

Pasó de largo hacia el interior sin siquiera saludarla. Pensaba que de todas formas no le habría oído, que tenía que estar más sorda que una tapia. De pronto la vieja le llamó:

—¿Qué, vienes a ocupar la habitación del ingeniero?

Piotr se sorprendió.

—¿Qué ingeniero? Traigo la cédula de acceso —dijo—, vengo a verla, me han dicho que está libre.

—Está libre —masculló—, y tanto que lo está. Cada año viene un vecino nuevo, ya van tres.

—¿Y qué ha sido de ellos?, ¿por dónde andan? —se interesó él.

La vieja le observó, meneó la cabeza; tal vez significaba algo, o tal vez ya no se le aguantaba bien sobre los hombros.

—Tú instálate, ya te enterarás.

Miró la habitación, era muy buena. Se despidió, salió al patio. Allí los niños corrían, jugaban al fútbol. Llamó a uno.

—¿No sabrás qué le pasó al ingeniero de tal piso?

El mocoso, muy avisado, se rió.

—Claro que lo sé... Todos lo saben. Lo fusilaron.

Regresó a la residencia, se sentía como raro. ¿A mí, pensó, qué me importa ese ingeniero? Pero la voz de la vieja seguía resonando en su cabeza: «Instálate, instálate...». La habitación era de veras buena, quedaban varias piezas: el armario ropero, la mesa, las sillas. Vamos, de las tres era la mejor.

Pasó un día entero cavilando, y luego otro. Me importa un bledo ese ingeniero, pensó. Yo no soy un ingeniero. Y, además, el chaval pudo haberse confundido. Mucha gente viaja, por ejemplo a los Urales, a levantar nuevas construcciones... Antes de la guerra construían en todas partes, las viviendas se quedaban desocupadas. Por fin decidió que no iba a alojarse allí. Gracias a Dios podía elegir entre otras dos.

Fue a verlas una vez más. No estaban nada mal las habitaciones, y eran bien tranquilas, con pocos vecinos. No obstante, en el fondo del alma no se sentía convencido. La tercera, la del ingeniero, le atraía como la miel a las moscas. Los pies por si solos le llevaban hacia allí. Vale, pensó, ¡qué demonios! Iré a verla por última vez. Le daba cosa... No se achicaba por nada, pero con esto sentía un extraño canguelo, incluso algo así como una culpa, como si él mismo hubiera liquidado al anterior habitante. Dicen que el lugar del crimen atrae al asesino...

Llegó, el piso estaba vacío, solo había una chica joven. Le abrió la puerta y se fue a la cocina. Miró de reojo al cofre: ni rastro de la vieja. Corrió hasta la cocina. La chica trajinaba en los fogones. Le preguntó:

—¿Dónde está la abuela? ¿La que se sentaba en el cofre?

—¿Qué abuela? Aquí no hay abuelas.

Y mientras tanto removía la ropa que se hervía. La removía, la enganchaba con el palo y la observaba. Estaba muy sucia, toda manchada. Como de orín, o de sangre...

—¿Para qué queremos una abuela? —Y otra vez a remover. Daba asco cómo olía aquello, apestaba a podrido. Él esperó un rato, se dio la vuelta y se fue. Ni siquiera entró en la habitación.

Salió al patio. Trató de dominarse. A lo mejor, era una mendiga. Había muchas en el pueblo. Sobre todo cuando la hambruna. Mi madre me lo había contado. Desposeyeron a una familia, una de campesinos ricos. Los sentaron a todos en un carro. La abuela se había ido al bosque, a buscar setas. Así que se llevaron a todos menos a la abuela. Los vecinos decían: «Su abuela volverá de un momento a otro». Los que habían venido a desposeer, esperaron un poco y luego lo dejaron correr. «¿Para qué esperar? —Se reían—. ¡Como si nos faltara el trabajo! Si no la palma por el camino tampoco tardará mucho. Cuando se le acaben las setas ya veremos cuánto dura». Y es que ni una miga de pan le dejaron...

Piotr se puso a considerar: ¿Te vas a echar atrás por un barreño de ropa sucia? En cuanto se vaya el hedor ni te acordarás. En fin, que se instaló.

A propósito, la vieja de marras no volvió a aparecer. Los vecinos eran buena gente. Vivían en paz. Y la chica resultó también buena persona, abnegada y dispuesta. Cuidaba a un viejo que le había prometido dejarle algo de herencia. El viejo no la engañó, le dejó unas monedas antiguas, de oro. Las había escondido cuando mandaron entregar el oro. Piotr lo supo mucho más tarde, cuando la cortejaba. Ya estaban más que apalabrados, iban en serio, pero la chica pilló tuberculosis y en menos de tres meses se consumió. Antes de morir le enseñó su escondrijo: en la habitación, debajo del suelo. Luego de enterrarla, él fue a ver el escondrijo. Y nada, estaba vacío. Sería que algún vecino se había enterado y se le adelantó. La casa era vieja, a través de los tabiques se oía todo. No pudo hacer nada, no había forma de demostrar nada... Tampoco tenía derechos. Justo entonces empezó la guerra.

No fue al frente, los de su fábrica fueron eximidos del servicio militar. O sea, de aquel piso murieron todos los hombres menos él. Después pudo constatar sobradamente, según me contaba, que todas sus preocupaciones eran vanas, que no había allí ningún mal fario, incluso al contrario, salvo por lo de la chica, no se podía quejar ni del sitio ni de cómo le fueron las cosas. No eran más que supersticiones, ¿qué más daba quién había vivido? Agua pasada...

—Tú —le pregunto—, ¿desde cuándo vives en Leningrado?

—Desde que acabé la mili —responde—. Eso fue en el cuarenta y nueve. Al principio tenía esperanzas, pensaba que de un día para otro me darían la habitación. Después dejé de soñar. Supongo que llegué tarde, justo acabada la guerra había muchas viviendas, después los evacuados comenzaron a regresar. O sea, que me dejaron compuesto y sin novia. Por casi quince años. Luego empezaron con las de nueva construcción, pero otra vez el acceso es mediante listas de espera. Los casados o con hijos como tú van primero. Bueno —dice—, no importa. Pronto llegará mi turno. A lo mejor, debería haber ido a Moscú, allí construyen más...

—En Moscú se está mejor. Tiene buenos médicos. La doctora me decía que hay uno que cura la mudez.

—¿Cómo? —Se pasma—. ¿Con pastillas?

—Tanto ya no sé —digo—. Igual con pastillas o igual con conjuros. Antes en los pueblos muchos sabían.

—Pues —me aconseja— lleva la hija al pueblo. Hay muchas viejas, seguro que encuentras alguna que sabe de brujería.

Qué va, pienso, mis viejas jamás nos dejarían marchar. Son muy de misa. Sobre todo Glicería. Ni en broma se le pueden mencionar esas cosas...

Nos hemos despedido y entonces me he acordado: no le he dicho nada de lo otro. Se me ha pasado. Con el dichoso Piotr se me ha ido el santo al cielo. Pero vamos, he pensado luego, por otra parte..., ¿qué le pueden hacer? Como mucho le llamarán, le reconvenrán... ¿Y qué? ¿Qué son las palabras? Nada. Hablar por hablar. Y menos

aún tratándose de un hombre. Debería decírselo a las viejas, vete a saber cómo se lo tomarán...

Todos se han acostado, voy a ver a Glicería.

—¿Se puede, Glicería Egórovna? Quería hablar con usted.

Se ha levantado de la cama, esconde la mirada.

—No fue culpa mía —se justifica—, yo bien que avisé a Eudocia, pero...

—Ya es agua pasada. No importa. Se fue de la lengua; lo hecho, hecho está. Vengo por otra cosa. ¿Cómo les sentaría si me casara con Nicolás? —pregunto.

—Lleva un nombre bueno —responde—, el de nuestro protector y taumaturgo.

Mira el icono y se santigua.

—Eso digo yo, a ver si será que me tiene lástima.

—Podría ser eso o que le gustes de verdad —reflexiona—, lo que pasa es que es peligroso.

—¿Por qué? ¿Es por Susana? Es bueno con los niños, le gustan.

—No, me refiero a otra cosa —titubea.

—Por favor, explíquemelo —le ruego—. No tengo a quien pedirle consejo.

Se sienta a la mesa, me señala la silla de enfrente.

—Piénsalo tú misma —susurra—. Ya conoces el dicho: el que se casa por todo pasa... O igual no lo sabías. Eres joven, muchas cosas ni te sonarán. Yo de joven viví con un conde.

—¿Cómo —me asombro—, con un conde? ¿Usted es condesa, Glicería Egórovna?

Aún no me creo ni la pregunta. Las condesas son distintas. Las he visto en algún libro: llevan vestidos acampanados y sombreros con plumas. Y en su armario, que habré ordenado no sé cuántas veces, no hay más que trapos.

—Qué va —se ríe en voz bajita—, ni condesa ni nada. Vivíamos juntos sin más. Mi madre había sido sierva suya. Era un buen hombre y me amaba muchísimo. Quería que nos casáramos. Yo no me atrevía, no sabía ni cómo había que sentarse, ni cómo había que comportarse. Se lo dije. Se rió: «Pero ¡eres la más guapa!». Con tal convicción lo dije que me decidí. Justo entonces estalló la revolución. Me rogaba que nos fuéramos. Decía que teníamos una casa en Francia, que allí esperaríamos hasta que se acabara aquello. Resulta que había nacido hacía poco nuestra hija. La enviaron al latifundio, a la gobernación de Chernigov.

—¿Para qué la habían enviado? —me extraño.

—Ahí es adonde los llevaban: no estábamos casados. La criatura era bastarda.

Dios, pienso, qué animalada... Menos mal que hoy en día no se hace.

—¿De veras —pregunto— los enviaban a todos?

—Claro, procuraban deshacerse de la vergüenza. A unos los enviaban a los orfanatos, a otros les encontraban una familia. La gente pobre los aceptaba a cambio de dinero.

Qué horror, me he dicho a mí misma, peor todavía que en América. Dejan a la gente sin trabajo, pero al menos no obligan a meter a los críos en orfanatos. Gracias a Dios, tuvimos la revolución... De otro modo la pobre Susana habría podido acabar en uno de esos sitios...

—Al principio la añoraba, después se me pasó. Es que casi no la vi. Se la llevaron al nacer. Tampoco asistí al bautizo. Me dijo él después que la llamaron Serafina. Así que le dije: «De acuerdo, marchémonos, solo deja que vaya a buscar a la niña. Para que estemos juntos y después ya veremos qué pasa...». Me dijo: «¿Por qué arrancar a la criatura de su vida? Dentro de tres meses estaremos de vuelta». Me puse tozuda. No pudo hacer otra cosa que permitírmelo. Los trenes iban mal. Cuando por fin llegué me dijeron que había muerto. Lloré lo mío y, cuando me sobrepuse, no pude regresar. Había bandas por todas partes. Tardé un año en volver, él ya no estaba. En su casa se habían instalado otras personas. ¡La de gente que había en cada habitación! Me quedé sin techo. Vi a nuestro portero. Ocupaba una habitación en el tercer piso. Antes había vivido en un tabuco... Me comentó: «Su excelencia se fue al extranjero». Debíó de esperarme hasta el final. Después, cuando comenzaron a fusilar a los aristócratas, se dio a la fuga.

»Le echaba de menos, lloraba. Y ahora pienso: supongamos que nos hubiéramos casado. ¿Y después qué? Una cosa es la querida. No suelen esperarlas. Pero ¿y si hubiera sido su esposa? A la esposa por fuerza tienes que esperarla, hazme el favor. Y si lo hubiera hecho, habría acabado con una bala en la nuca y yo también. Cuántas mujeres han caído tras sus maridos... Primero iban a por ellos, después les llegaba el turno a ellas... El Señor me habrá protegido... Mira Eudocia, arrestaron al hijo mayor y a su esposa. Si hubieras visto qué señorona era... Yo no le llegaba a la suela del zapato. El pequeño también. Servía en los órganos de seguridad. Llegó su turno y los dos desaparecieron, tanto él como su mujer.

—¿Qué quiere decir con «su turno»?

—El de los que eran de la seguridad estatal. Les tocó más tarde que a otros. Permitieron que viviesen un poco.

Se ha entristecido.

—Seguro que piensas que siempre he sido vieja. No obstante, cuando la guerra, hubo uno que me pidió la mano. Buena gente, judío.

—¿Un médico? —pregunto.

—Sí. —Asintió con la cabeza—. ¿Cómo lo has adivinado?

—Nada —desvió la mirada—, sé que había muchos, médicos judíos digo.

—¡Puedes jurarlo! —Se alegra—. Los judíos son buenos en medicina. Y Salomón Zajárovich era el mejor entre los mejores. Los pacientes difíciles siempre acudían a él. Era hombre de buena presencia. Se parecía a mi conde. No de cara, sino de maneras. También era viudo. Tenía dos niñas. Casi me decidí cuando de pronto dijo: «Si los alemanes entran en Leningrado, yo y mis niñas estaremos entre los primeros

fusilados...». Pensé: y yo con ellos. Preferí esperar. Hasta que los nuestros ganasen la guerra y después ya veríamos...

»Acabada la guerra comenzó otra vez: casémonos, casémonos. Los nuestros ganaron la guerra, o sea que hasta el destino insistía. Yo, sin embargo, dilataba la respuesta. No sabría decir por qué. Como si alguien me susurrara: espérate, aguarda a ver cómo va la vida. Como si lo estuviera viendo; estaban a punto de deportar a los de su raza. Y otra vez me puse a pensar: si me caso con él, a mí también me deportarán. Después nada, gracias a Dios, se resolvió. Pero entonces yo ya había tomado mi decisión: se acabó. El Señor me ha protegido ya dos veces, quién sabe qué pasaría a la tercera. El matrimonio no es para mí. Eso me dije. Otra cosa sería si fuera por un gran amor, cuando todo da igual: la muerte, el exilio... Pero no es el caso, y, siendo sensata, más vale estar sola. Bueno —me dice—, te lo he contado todo. Ahora tú decides. Nosotras ya somos viejas, no duraremos mucho. Si pasara cualquier cosa, la encerrarán en un orfanato.

—Hoy se ha reunido el comité femenino. Me han dicho que tomarán las medidas para que se case conmigo.

Me llama con el dedo, me susurra al oído:

—Lo hacen a propósito. Fingen protegerte pero en realidad solo piensan en engancharte con otro, así les será más cómodo arruinaros la vida. —Se ha levantado—. Tú misma —dice—, cástate si estás dispuesta a sacrificarlo todo. Tu vida, tu hija... Ahora déjame —me pide—. Quiero estar sola, tengo que rezar.

He salido, me he sentado en la cocina. No logro olvidar sus amargos consejos. De poco sirve estar aquí, sentada y suspirando, hay que lavar la ropa. Lleva días en remojo, acabará apestando. He intentado levantar la tina pero tengo las manos flojas, desgastadas, y no se me va de la cabeza aquello. Me pongo en su lugar, sopeso si estaría dispuesta a morir por él... Qué va, ni mucho menos, para nada. La niña me da mucha pena.

Me he metido en la cama, la ropa esperará un día más. Tengo la mente nublada. Hasta me da miedo pensar. Me tapo la cabeza, me armo de valor y me pregunto: Si fuera mi Gregorio, ¿aceptaría morir por él? Nada más pensarlo de esta manera se me ha aliviado el corazón, como si fuera un pajarito. Aceptaría, me digo, aceptarían... Tanta alegría he sentido como si fuera una novia en la víspera de su boda. He hundido la nariz en la almohada. Lloro. Lloro y pienso: En el pueblo todas las novias lloran...

Eudocia ha tirado del hilo.

—No paran de ir a ese Mausoleo de Lenin... ¿Para qué? ¿A admirar el cadáver? Como si no hubieran tenido bastante con sus prójimos... Bueno, ¿qué? —Aparta el ovillo—. ¿Vino a verte? ¿O lo he soñado?

Glicería esconde la mirada.

—Vino.

—¿Y?

—El vestido —dice—. Quiere uno más. Para el verano.

Eudocia ha entrecerrado el ojo izquierdo.

—No me hagas reír... Tu mentira huele a cien pasos. ¿Y bien?

—Está pensando en casarse —confiesa—. Con ese Nicolás.

—Lo que faltaba. —Junta las cejas, se le nubla el semblante, amenaza tormenta—. Se acabó la vida tranquila. Volverá el jaleo de antes. Dejarán a Sofía de lado, parirán a mocosos gritones...

—Bueno —Ariadna se distrae del televisor, baja el sonido—, llegado el caso, la defenderemos...

—¡Cómo que te van a tener en cuenta! ¿Alguna vez te escuchó aquella, la Sitin? Con ella vivías con la cola bien metida entre las piernas. Pues prepárate con el tal Nicolás, el buitre nocturno... En fin, ¿y tú qué? —pregunta—. ¿Qué le has aconsejado? ¿Qué se case o que no?

—Como si de mí dependiera... —Gliceria desliza el dedo por la mesa—. Le he dicho que decida por sí sola, que es su vida.

—Mira qué bien. —Está que salta—. Qué consejo más acertado. Pero para el futuro acuérdate de lo que te digo: este Nicolás contará cada cópec cinco veces y encima te vigilará el buche; ¿cuánto has comido? ¿Poco? ¿Mucho? Con tu pensión vivirás medio muerta de hambre...

—Antes —responde—, mal que bien, nos apañábamos...

—Exacto, antes de esa reforma suya. Tus trescientos setenta rublos aún parecían dinero. ¿Y ahora? ¡Los precios están por las nubes! Antonina cuenta y yo tomo nota. Acabarás como un perro: a pan y agua te pondrán. Ya te veo —entorna los ojos— salivando desde un rincón por el vinito y los arenques... Es lo que tiene haberse criado a cuerpo de rey en las mansiones señoriales...

Ariadna las miraba, las escuchaba sin decir nada, hasta que de pronto ha dado un puñetazo sobre la mesa.

—¡Basta! —dice—. Me da vergüenza oíros. ¿Y si es la única oportunidad de Antonina, la que surge solo una vez en la vida? ¿Y si es amor?

—¿Amor? —Eudocia arruga la nariz—. Un poco tarde. El amor es para las que no tienen carga... Sobre todo si es como Sofía. En fin —resume—, mi respuesta es: cuando la criatura tenga la edad, que se case. Hasta con cinco hombres a la vez. Y eso que llamáis amor... Mejor sería que no existiera.

—Qué bruta eres —Ariadna menea la cabeza—, el amor es bello...

—Ya... Os tomaron bien el pelo en esos colegios vuestros. Vamos, cuéntanos, alégranos el día: ¿hay mucha felicidad en el amor? Seguro que te casaste por amor... Yo no, arreglaron el matrimonio entre los padres. Dime, ¿cómo se acabó en tu caso y en el mío? A eso me refiero. Escucha, deja que te explique. ¿Recuerdas aquella canción, la de la chabola? Cuando la guerra no paraban de pasarla por la radio. Bien, pues...

»Un día que estaba yo de guardia en Admisión, entró la doctora Klaudia Matvéevna. Tenía un hijo, había nacido justo antes de la guerra. El marido se fue al

frente. Combatía aquí cerca, a unos cuarenta kilómetros, en Siniávino. Pasó un mes entero y no se había recibido ninguna carta suya. Al otro fue cuando empezaron a emitir la canción, cada día... Ella la escuchó y se animó: “Es”, dijo, “mi canción, como si relatara mi vida. No hay palabras para explicar cuánto echo de menos a mi marido. Cada noche pienso en él: dónde está, cómo está... Y esta canción es para mí una especie de plegaria. Yo”, dijo, “por supuesto no creo en Dios, en cambio en el amor... El amor es mi esperanza...”.

—¿Combatía en las afueras de Siniávino? —vuelve a preguntar Ariadna.

Eudocia afirma con la cabeza.

—¿Por lo menos el hijo ha sobrevivido? —Glicería ha cogido el ovillo, pasa el hilo entre los dedos.

—Se lo llevaron. Lo cuidaba su madre hasta que pereció. Se consumió rápidamente, no aguantó ni el primer invierno. Ella, la doctora, lo llevaba al hospital. Mientras le quedaron fuerzas. En verano todavía... Pero en invierno ya me dirás. Vivía cerca, pero no estaba para arrastrarlo por las calles heladas. El jefe del hospital se fijó y ordenó que lo enviaran fuera, junto con los niños del orfanato. Ella trató de seguirle, pero era sujeto del servicio militar. ¿Será posible que no la recordéis? Una rubia, muy fina, a la que se le escapaba el alma del cuerpo. Tenía unas trenzas admirables, largas, se las enrollaba alrededor de la cabeza. El peinado este tenía un nombre, no me sale ahora... En fin, le hizo la maleta, en cada prenda bordó las letras. ¿Cómo se llama?

Ariadna susurra:

—Iniciales.

—Eso. Venía a consultarme. «Quién sabe», decía. «Por supuesto que llevan control de los niños, pero el mío es tan pequeño... No se acuerda de su nombre. Con esto verán las letras, sabrán de quién se trata». No paraba de preguntarme: «Usted, Eudocia Timoféevna, ¿qué opina?». Como si pudiera decirle en voz alta lo que opinaba...

—¿Los bombardearon al cruzar por el lago Ládoga helado? —Glicería ha tirado del hilo, se ha roto.

—No —la consuela Eudocia—, atravesaron el lago. Llegaron hasta la ciudad de Uliánovsk. Allí desapareció.

—¿Sin dejar rastro? —se pasma Ariadna.

—De eso nada. Le enviaron la nota oficial.

—¿Y qué, fue a visitar su tumba?

—Cuando acabó la guerra, pero pasado un tiempo... Como al cabo de tres años. ¿Recordáis cómo era al principio? Daba miedo salir de la ciudad, salías y para volver necesitabas el salvoconducto.

—Me acuerdo —dice Glicería—. María, la enfermera, se atrevió a viajar a su pueblo, su madre se moría. No supo cómo regresar, los papeles le caducaron. La empadronaron en el koljós. Más tarde pudo volver, pero le habían quitado la

habitación. Lo típico: un vecino se había instalado en ella. Quiso entrar, él no la dejó, se plantó en medio y ya está. María, pobre de ella, aún se atrevió a pedirle: «Por lo menos permita que recoja mis cosas». Y él respondió: «No hay nada aquí. Fuera, pelada. Busca en el basurero». «¿Cómo que en el basurero?», le preguntó. «Había vestidos, cazuelas...».

—¿Y qué pasó? —pregunta conmovida Ariadna—. Podía haber ido a ver al administrador...

—Como si le fuera a servir de algo. Aquel vecino trapicheaba con alimentos. Incluso durante el sitio. Trocaba alimentos por oro. Venían a verle las mujeres, traían anillos, pendientes. Lloraban. Él les daba a cambio media hogaza. Por mucho que llorasen, por mucho que pidiesen para el hijo que se moría de hambre, no sacaban nada más. «No soy una institución de caridad», decía. «Lo tomas o lo dejas». No tenían opción.

—¿Quieres decir —Ariadna está sorprendida—, que María no informó?

—Es que a veces le echaba algún que otro pedazo de pan, para que mantuviera la boca bien cerrada. Le daba este pedazo y explicaba: «Saldré impune en cualquier caso, tengo la mejor moneda de cambio. Por muy autoridades que sean, no dejan de ser hombres de carne y hueso. Así que tienen hambre y yo tengo con qué saciarla...». No comprendo cómo se las ingeniaban para sacar los alimentos de las fábricas. En las panaderías les cacheaban...

—Bueno —dice Eudocia—, al parecer, el vecino no era uno cualquiera. Era de los jefes. Estos no pasan por el punto de control. Lo mismo con guerra que sin ella.

—Exacto. Habría untado al administrador para que le arreglara la cédula.

—Los de esa especie —Eudocia menea la cabeza— medraron una barbaridad. Hurgaban en los pisos. Nada más morirse los dueños, aparecían ellos... Ratas. Se llevaban todo: muebles, vajilla, utensilios... Antes a veces aún encontrabas un piso rico, pero durante la guerra los saquearon todos.

—Según tú —se enfada Ariadna— solo robaban los administradores. Después de la revolución ni siquiera existían los administradores pero igualmente... Destrozaban los muebles para hacer leña.

—Es verdad —Eudocia aprieta los labios—, destrozaban. Los muebles de los señores. ¿Por qué no?

—Entonces qué: ¿encontró la rubia la tumba?

—La rubia —remeda Eudocia— se llamaba Klaudia Matvéevna. Era muy severa, deberías acordarte de ella.

—Lo siento —Gliceria abre las manos—, no me suena. Han pasado tantos años...

—No me extraña —la escarnece Eudocia—, estabas muy ocupada con tus amoríos.

Llegó a Uliánovsk, fue a la policía. Preguntó dónde se encontraba el orfanato evacuado de Leningrado. Les enseñó la nota. Había un número y el sello. Comprobaron el número, no estaba en sus registros. Al parecer, pasó por allí en

tránsito. Debieron de descargar a los muertos y continuar la ruta. «A lo mejor —dijeron—, está en algún foso al borde de la carretera. Descargaban muchos cadáveres de los trenes, nadie los contabilizaba». ¿Qué podía hacer? Se detuvo un rato al borde de la carretera, lloró a su hijo y se fue...

Ariadna se seca las lágrimas.

—Dios mío... Pobres almas. Siguen perdidos en esos fosos.

Viene Nicolás; está pálido, como descolorido. Los labios oscuros, mordidos.

—Ven —me llama—. ¿Has ido porque se te ocurrió a ti o porque te lo sugirieron?

—¿He ido adónde? —Me he quedado pasmada.

—Adónde... Al comité de la fábrica. Te he tratado de buena fe —sufre—, y tú mira cómo me lo devuelves...

—No te entiendo, ¿qué pasa? —Me he asustado.

—No te hagas la tonta. —Me taladra con la mirada—. «Han reunido al comité femenino...». ¿Por qué será? Los compañeros me lo han explicado en detalle: tú has ido al comité de la fábrica, ellos han avisado al comité femenino. Estas se abonan a la mínima... No dices nada, ¿eh? ¿Han sacado la cuestión?

—¿Qué cuestión? —Sigo sin comprender.

—Cuál va a ser —no aparta la mirada—: que me case contigo.

—Han sido ellas. —Hablo deprisa—. Yo ni he abierto la boca.

—Vaya. —Tuerce el gesto—. O sea que era verdad, que la han sacado.

—Qué más da. Que saquen las cuestiones que quieran. Lo hablarán y luego se les olvidará.

—Olvidarlo no sé. Pero hablarlo, ya lo han hablado.

Ay, Señor..., pienso.

—¿Y qué?

—¿Qué de qué? —Sonríe sin ganas—. Su conversación es corta. Me han borrado de la lista.

—¿Qué lista? ¿La de los televisores? No te preocupes, te lo devolveré.

Ha apretado los dientes, casi gime.

—¿Qué pinta aquí el televisor? De la lista para recibir la habitación... Me habían prometido que para el Primero de Mayo... Ahora no me la darán.

Oigo las palabras pero la cabeza está como vacía.

—¿Cómo es posible? Con tantos años como llevas esperando...

—Así de fácil —casi llora—: el comité ha decidido que si me caso me asignarán un piso individual. Para la familia. El jefe aprieta; «Ojo, Nicolás, las mujeres del comité están que trinan; dicen que si no te casas por las buenas, ya se encargarán ellas de hacerte pasar por el tubo». Conque esas tenemos, ¿eh? Pues muy bien, pero no os vais a salir con la vuestra así como así, date por avisada; no pienso morderme la lengua. Ni lo sueñes. —Ha pegado la vista a la pared—. Si he de ir al comité, lo diré todo: que no ha habido nada. Que quieres cargarme con tu cría. Una inválida, por cierto, cosa que me ocultaste hasta el final. No tenía ni idea, diré...

Solo entonces lo he comprendido. Se me ha nublado la vista.

—¿Cuándo —susurro— será la reunión?

—Dentro de un mes. Nos dan un mes para que lo resolvamos entre nosotros, después intervendrá el colectivo. ¡Qué les den por...! —brama.

Me agarro a él, me flojea la espalda como si me hubieran arrancado el espinazo. Se acabó, pienso, me quitarán la niña. De pronto, sin saber cómo ha sido, me doy cuenta de que he acabado en el suelo.

—Por favor —me abrazo a sus tobillos—, no hagas daño a la niña...

Intenta zafarse, agita las piernas, tira de mí.

—¿Qué haces? —balbucea—. Levántate.

Me arrastra, me arrastra... No le suelto. Continúo de rodillas. Se ha liberado.

—Venga, ponte en pie. —Me ha levantado, me ha apoyado contra la pared. Se ha puesto rojo—. Ya está bien de hacer de mí un animal... ¡Si tú misma lo has organizado! ¿Crees que no me da pena la criatura? Tienes un mes. No me importa lo que inventes. Explícaselo a las mujeres.

—Pero ¿qué voy a inventar? —Lloro.

—Eso —desvía la mirada— es cosa tuya. Una enfermedad, por ejemplo, de esas femeninas. Que te haga inservible para el matrimonio.

—Ay, gracias... —Me apresuro a recoger su idea—. No dudes de que haré lo que sea con tal de que se retiren.

Ha dado la vuelta y se ha ido.

Corro a casa, no siento las piernas; lo primero es hablar con las viejas. Trabajaban en el hospital, ¿no? Podrán aconsejarme sobre las enfermedades.

Abro la puerta. Susana viene a recibirme, sonrío. Sale con la peonza en las manos. Nada más verla me ha dado como un calambre.

—¡Nunca más —grito— te quiero ver jugar con esa cosa asquerosa!

Se la he arrancado de las manos. Se ha puesto a llorar. Eudocia ha venido corriendo.

—¡Santo cielo! —grita alarmada—. ¿Qué ocurre aquí? ¿Qué te ha hecho la pobre criatura para que la pagues con ella? Vámonos, palomita —dice—. Mamá está muy nerviosa, dejémosla sola hasta que se calme...

Se la ha llevado. Tiene razón, pienso, estoy desquiciada. La niña no tiene la menor culpa. He entrado en el cuarto de Eudocia, le doy el juguete.

—Lo siento, nena —digo—. Anda, cógelo...

Hemos cenado. Estamos sentadas ante el televisor; dan las noticias. Los ojos miran pero no distingo las palabras. Como si hablaran un idioma desconocido. Una única cosa me ronda por la cabeza: inventar una enfermedad...

Se acaba; hablan del tiempo. Hoy no han salido huelgas, se habrán dado una tregua. O tal vez las protestas han dado frutos, han hecho recapacitar a los propietarios...

Ariadna ha acostado a la niña.

—¿Tomamos el té?

—Justo lo que iba a proponer —respondo—. Además tengo un asunto que comentarles.

—Era de esperar. —Eudocia guarda las agujas de tejer, las hinca en el ovillo—. Últimamente solo tienes un asunto en la mollera, se te ve venir de lejos...

—Ay, Señor —suspiro—, Eudocia Timoféevna, estoy en apuros...

Glicería agita las manos.

—¿No has sabido protegerte? ¡Mira que te lo expliqué!

—No —agacho la cabeza—, no es eso. No ha habido nada...

Veo que están del todo perdidas. Eudocia se ha puesto pálida. Mira a la puerta.

—¿Han venido a por él?

—¿Por quién?

—Por el Nicolás ese de marras.

—¿Quién habría de venir a por él? —Por fin caigo—. ¿La policía? ¡Si no ha hecho nada! No diga esas cosas, no llame al mal tiempo.

—Gracias a Dios. —Se santigua—. No hay desgracia peor, lo demás son naderías.

Se lo he explicado todo en detalle. Lo del comité de la fábrica, lo del comité femenino... Por supuesto, también he mencionado el asunto de la vivienda, eso de su habitación. Solo me he callado lo de cómo me he arrastrado a sus pies. Es vergonzoso.

—Bueno —Eudocia mastica con los labios—, ¿y por qué dices que estás en apuros? Se lo merece, el aspirante a garañón, para que en adelante se ande con más cuidado.

—Es que eso no es todo —aclaro—. ¿Sabe cómo pretenden forzarlo? Diciéndole que si se casa le asignarán la vivienda.

—Me he perdido. ¿Qué se les ha metido en la cabeza a esas víboras?

—Ellas van a piñón fijo —digo—. Y él no está dispuesto en absoluto. Dice que no desea convivir con una criatura inválida.

—Vaya —Eudocia meneaba la cabeza—, so puerco. Que no desea convivir con la inválida... ¿Cómo se atreve? Es diez veces más lista que cualquier charlatán. ¿Y tú, boba, por qué te apenas? Ahora sabes que ya no hay novios decentes, y que este tampoco lo es.

He vuelto a sentir que el corazón me aflojaba.

—Si por mí fuera... Es que ha amenazado con revelarles la verdad. Que estoy ocultando a una criatura enferma. Si lo descubren, la marearán por los hospitales o, peor todavía, la encerrarán en el orfanato. Me ha dado un mes para que me invente algún mal. Uno femenino, de los que impiden casarse.

—¡Mecachis! ¿No hay más? Pues adelante. Hay una barbaridad de enfermedades... La esterilidad, los tumores. Elige la que más te guste.

—Está la tuberculosis —ayuda Glicería—. También el descenso del útero, que lo sufrieron tantas mujeres después de la guerra. Era por haber levantado pesos sin medida.

—Seguro que me exigirán un certificado, de palabra no me creerán.

—Pues ve al médico —sugiere Glicería—. Con la de males que afectan a las mujeres, vas y sin falta te encuentran algo. Así tendrás el certificado. No pensarás que los del comité entienden mucho de medicina. Comprobarán que hay enfermedad y sanseacabó.

¡Uf! Qué alivio. Iré, no me costará nada. Y además se me retuercen las tripas con el mínimo peso que levanto, así que... Con el papelito enseguida nos dejarán en paz.

Tanto me he animado que me he puesto a hacer la colada. Muevo las tinas y me regocijo; mucho ojo con los doctores. Las enfermedades no les caben en sus libros. Seguro que me encontrarán alguna que valga...

Me voy a la cama: otra vez sale sangre. Es lo de menos...

A la hora de comer he ido a hablar con el jefe.

—He de visitar el consultorio —digo—. ¿Puedo irme antes?

—Vaya momento que has elegido —refunfuña—: el cierre trimestral. Haberlo pensado antes o dejado para después. ¿Tienes fiebre o qué?

—No —aparto la mirada—, es un asunto femenino.

—¡Como si fuera una urgencia! —Se ha enojado—. ¿No puedes ir una vez acabado el turno?

—No —digo—. Hay cola allí. Si llego tarde no me atenderán.

Voy. La doctora es agradable, joven. Y lleva el peinado de bucles, como en la tele. Buen trabajo el suyo, pienso, nada que ver con el nuestro. Nos pasamos el día entero con la cabeza cubierta, así nos luce el pelo.

—Usted, Bespálova, ¿cuándo ha venido por última vez? No veo su historial.

—Es que nunca he enfermado —respondo—. Cuando estaba preñada, venía, claro. Pero entonces aquí trabajaba otra doctora.

Me ha preguntado de todo: sobre la criatura, sobre el parto. Rellena el papelito.

—¿Abortos?

—Nunca —digo—.

—¿Tiene relaciones?

Ay, Dios... Me he asustado.

—No —digo—, de eso nada.

Como mucho en sueños, pienso.

—Bien. ¿Siente alguna molestia?

—Pues —digo—, no sé... A veces me duele un poco la barriga... Con las cosas pesadas que levanto, tanto en el trabajo, como en casa... Un dolor como sordo, ahí abajo.

—Vale —se ha levantado de la silla—, desvístase, por favor.

Me quito la ropa: ay, madre, si llevo las bragas zurcidas. Por la mañana se me ha pasado. Las escondo debajo de las demás prendas. Subo a ese sillón. Mientras tanto, tomo nota: la doctora es cuidadosa, se limpia las manos.

—Las manos —ordena—. Júntelas sobre el pecho.

Ha tocado aquí, ha estrujado allá; frunce el ceño.

—Verá —le pido—, es que necesito un certificado, para presentarlo en el comité de la fábrica.

No me escucha.

—¿Pierde a menudo? ¿Mucho? ¿Desde cuándo sangra?

—Bueno —reconozco—, a veces sí, hay manchas. Será como desde hace un año.

—¿Y por qué —hace mohines la doctora— no se ha presentado antes? ¿Cuántos años tiene su niña?

—Está a punto de cumplir los seis. Dentro de un año irá a la escuela.

—Usted —camina hacia su mesa, mira el papelito— necesita una intervención. Es urgente. Piense con quién puede dejar a su hija. ¿Tiene parientes?

¿Qué operación?, pienso. Si no me ha tocado...

—Mi madre —respondo— ya murió.

—Usted, Bespálova, tiene un tumor. En el útero.

—Qué dice. —Me he azorado—. ¿De veras se ha de extirpar así de pronto? ¿Y no podría resolverse con unas pastillas o una pomada?

—¡Ni pastillas ni nada! —Sacude la cabeza—. Haberlo pensado antes, se ha descuidado usted mucho.

—Oiga... —He recordado lo mío—. Con esta enfermedad... ¿una puede casarse?

Ha dejado sus papeles y ha clavado los ojos en mí.

—¿Usted, Bespálova, piensa en contraer matrimonio?

—Bueno —respondo—, no exactamente... Solo era una pregunta. Quién sabe, a lo mejor en un futuro, si se me presenta la ocasión...

—Por poder, se puede. —Ha apartado la mirada—. Claro que se puede. Siempre que no confiese al marido que le han extraído el útero... En fin, hágase las analíticas y vuelva. Ya ha perdido usted bastante tiempo. Cuanto antes mejor.

—Y el certificado —le recuerdo—, ¿me lo dará?

—El certificado será emitido por el hospital después de la intervención.

—¿Y mañana qué? —Estoy como perdida—. ¿Otra vez a la planta, al trabajo?

—¡Qué planta! —Casi me grita—. Váyase a casa, a su casa. Está sangrando...

He salido, pero no me aclaro, se me escapan los pensamientos. ¿Qué pasará? Quieras que no, es una intervención. He salido al patio, me he sentado en el banco. No hay derecho, pienso, si siempre me he comportado. Las otras no paran y no les pasa nada. Por ejemplo, Nadia. No les da tiempo ni para recordar los nombres. Hoy sale con uno, mañana con otro... No pasa ni un año sin que la operen. Un par de días y ya está como nueva. Ya no sé cuántas veces le han llamado la atención. «¿Y qué?

—dice con esa sonrisa descarada—. Tengo derecho. La ley ahora lo permite...». ¿Por qué a mí? Trato de adivinar. ¿Qué he hecho yo para que me caiga este castigo?

Noto que me invade la amargura. Respiro hondo, cobro algo de ánimo. Será, por fin lo he adivinado, que lo del sueño cuenta... Es cierto, he pecado...

He pasado por la panadería, sí que duele ahí abajo... Vaya con la doctora, ¿para qué estrujar tanto?

Las viejas salen a recibirme.

—¿Te han dado el certificado?

—De momento, no —respondo—. Pero, eso sí, han encontrado la enfermedad. Tengo un tumor en el útero.

—Dios —Eudocia agita las manos—, ¿será posible? Si eres joven... Lo del útero normalmente las coge más entradas en años.

—¿Cómo te sientes? —interviene Ariadna.

—Bueno, a veces me duele un poco, a veces hay manchas de sangre. La doctora ha dicho: vete a casa que estás sangrando.

—Mira —me anima Ariadna—, la sangre no quiere decir nada. Hay muchas causas, puede que sea un pólipo. ¿Te ha prescrito algo?

—Esos no se curan con medicinas —respondo—. Dice que se ha de operar.

Veo que cabecea.

—Pero bueno —la consuelo—, igual no es tan grave.

Se ha acomodado, Eudocia se queja otra vez.

—No me siento bien desde que me he levantado. He comenzado a tejer, los hilos se enredan. Y los puntos salen torcidos.

—Entonces —recomienda Glicería—, elige un dibujo más sencillo.

—No hay nada más sencillo. La de veces que lo he repetido, pero es que hoy las manos no me obedecen. Encima, he soñado con gatos.

—¿Eran negros?

—Había de todo —responde—. Yo estaba sentada. Con muchos ovillos alrededor. Los gatos jugaban con ellos, los hacían rodar por el suelo. Debería haberme levantado para echarlos con la escoba, pero no tenía fuerzas. Ya había soñado antes muchas veces con ovillos Pero nunca hubo gatos. Será —dice— que lo suyo está muy mal. A esta edad los *procesos* van a toda prisa...

»Recuerdo a una, tenía el pecho afectado: la operaron varias veces. Todo en vano. Se consumió en medio año. La pobre tenía muchas esperanzas, buscaba la mirada de los médicos. ¿Y qué iban a decirle? Consuelan al paciente, lo que hablan entre ellos es otra cosa. Se murió, dejó marido y dos hijos.

—¡Calla, cállate! —Glicería se asusta—. Hay tumores diferentes, a lo mejor no hay *proceso*... La doctora que la ha mirado es muy joven. En el hospital trabajan los médicos experimentados. Ahora me viene un caso que me contaron, el de un hombre que ingresaron también en oncología, poco antes de la guerra.

Eudocia la interrumpe:

—¿Fue dónde trabajamos?

—No —responde—, en otro hospital. Tal vez, el de la avenida Mezhdunarodni.

—¿Y? ¿Qué pasó?

—Abrieron. Vieron metástasis. Y de lo más grave: en el hígado, en el riñón... No le dijeron nada, pero era listo, lo leyó él mismo en el historial.

—No puede ser —duda Eudocia—. Los historiales se guardan en la sala de médicos, bajo llave.

—Sí —explica—, pero es que anduvo en amoríos con una enfermera. Y ella se lo facilitó.

—¡Amoríos! —Eudocia vuelve la cabeza—. ¿Metástasis? ¿En qué fase? Porque con semejante panorama ya me diréis cómo se puede estar para según qué trotes...

—Oh —suspira Gliceria—. En estos asuntos ocurre de todo, he visto cada cosa... Los hay que están con un pie en la tumba y no hay quien los pare... Recuerdo a uno que sufría de tuberculosis que...

—¡Ya te vale! —Eudocia la corta—. Cada loco con su tema.

Se ha callado, está enfadada.

—¿Y? ¿Qué pasó?

Suspira.

—Empezó la guerra. Le dejaron ir a casa. A morir. Pero él, ¡toma!, se fue a la oficina de reclutamiento. Ya que de todos modos había llegado al final, al menos que no fuera en vano. En el frente sería útil. Y los de la oficina, por su parte, tenían un mandato que cumplir, unos objetivos marcados. Número de voluntarios, tantos, sácalos de donde quieras. Así que le admitieron. Qué más da, habrán pensado, si, a fin de cuentas, los voluntarios son carne de cañón...

—En las oficinas de reclutamiento —esta vez la que duda es Ariadna—, estaban los comités: seleccionaban según el estado de la salud.

—Estamos hablando del cuarenta y uno —se agita—, haz memoria...

—Es cierto. —Eudocia suspira—. Estaban en apuros...

—Bueno, pues, fue al frente. Al principio, claro, tenía dolores, estaba débil. Buscaba la muerte. Había visto de sobra cómo morían los enfermos de cáncer. Cuando había misiones, salía el primero: al ataque, de reconocimiento... Pero vio que la muerte le esquivaba; segaba a los sanos y se apiadaba de él. Por aquel entonces comenzaron con los desembarcos en las afueras de Siniávino. Por la mañana desembarcaban unas doscientas personas, por la noche contaban a los supervivientes. Se daba por bueno si quedaban diez. Así que el hombre se presentó. O sea, como para poner a la muerte a prueba. A los superiores les daba lo mismo: si quiere ir, que vaya. Se preparó, escribió una carta a su familia. Lo que ocurrió no lo sabe nadie, pero fue el único que regresó. Pasó mucho tiempo inconsciente, no reconocía a nadie. Hablaba a los muertos, a los que fueron desembarcados con él. Después, poco a poco, volvió en sí.

»Sintió que no tenía dolores. Ni tampoco náuseas, ni debilidad. Acabó la guerra en Berlín. Cuando regresó decidió ir al hospital. Para un chequeo. Fue. Los médicos abrieron su historial y se quedaron boquiabiertos. Debería estar muerto en vez de andar por allí con el pecho cubierto de condecoraciones. Le hicieron los análisis correspondientes: no había metástasis, solo tejidos sanos.

—¿Qué dices? —Ariadna agita las manos—. ¿Cómo que no había?

—Los tumores desaparecieron —responde—, como si nunca los hubiera habido. Se reabsorbieron por sí solos. Debía de ser creyente. Los milagros surgen según la fe...

—Con esto del cáncer —dice Eudocia— ocurre de todo... También yo he oído historias: un clavo saca a otro clavo. Puede pasar por un susto o mejor todavía por una desgracia. Pero no una cualquiera, una gorda, de muerte. Que la persona esté al mismísimo borde... Entonces una muerte la emprende con la otra, igual que perros enzarzados. A veces, una gana, y a veces se liquidan las dos: se desgarran mutuamente...

—Lo he leído —recuerda Ariadna—. Pero en el libro se presenta de otra manera: el Bien contra el Mal.

—No me suena. —Eudocia rumia—. La muerte contra la muerte sí lo he visto. El miedo contra el miedo, también. Pero el bien contra el mal... ¿Cuándo lo han escrito?

—Hace mucho —manotea—, antes de la revolución.

—Claro... Entonces la vida era diferente, y la muerte también. Y el bien y el mal eran otros. Antes sus fuerzas se igualaban, no se sabía cuál de los dos vencería... Fijaos en lo que voy a deciros: casualidades aparte —frunce el entrecejo—, le habrá operado un cirujano experimentado. Le quitó todo lo que había que quitar. De esos ya no hay. No me fío demasiado de los de ahora. Los de antes habían estudiado, si hubiera posibilidad de que la revisara uno de antes...

—Antes de la guerra —intercede Glicería—, también les enseñaban. Cuando le enviaban a los estudiantes, Salomón Zajárovich les hacía sudar tinta. Iban detrás de él con la lengua fuera, apuntando cuanto podían en sus libretas. Después les interrogaba, muy severo él, sobre el cómo, el porqué...

—¡Para —Eudocia ha recordado—, si tu Salomón era ginecólogo!

—¡Anda ya! —manotea—. ¿Dónde lo buscaría? Hará como veinte años que nos vimos por última vez, hasta puede que ya esté muerto.

—Así no se hace —dice Eudocia—, de buenas a primeras a la mesa del cirujano... Lo mismo les da una persona que un perro. ¿Y después qué? ¿Qué vamos a hacer, solas y con la niña?

—Dios. —Ariadna se da cuenta la primera—. Si ocurriera algo, no nos la dejarían. La llevarían al orfanato. No somos nadie.

—¿Cómo que nadie? La hemos criado desde pequeña. ¿Acaso los del orfanato tienen más que ver con ella?

—¡Chitón! —Eudocia levanta la voz—. Ariadna habla con razón. No faltan los casos: si no las dejan ni con los abuelos de sangre, ya me diréis con nosotras... Ay de mí —gime—, qué burra soy... Cómo no me di cuenta, esa era la desgracia que llamaba a la puerta... Se acabó —se ha cortado—, la única esperanza es Salomón. Hay que encontrarlo cueste lo que cueste.

—Pero ¿cómo? —Glicería se asusta—. ¿Vagando por las calles, llamando a las puertas? ¿Adónde quieres ir con esas piernas? ¿Y si ha muerto? ¿Le vas a hacer regresar del más allá?

—Pues sí, hasta del más allá si es preciso. —Eudocia, afligida, se recuesta en el respaldo. Todos y cada uno de los huesos de la cara se le marcan bajo la piel—. Es nuestra esperanza, nuestra salvación. Otras no tenemos.

—Santo cielo. —Glicería se santigua—. ¡Qué cosas dices, eso es apostasía! La salvación viene de la mano de Dios.

—Quita —aprieta los labios—, no me atemorices con el Señor. Creo tanto como tú. Solo que Dios abjuró de nuestra vida. ¿Acaso, si no, habría permitido tantas atrocidades? Me he pasado la vida de rodillas y rezando, ¿y qué? ¿Crees que he logrado el perdón para alguien? De acuerdo, estamos condenadas. Pero no les entregaré a Sofía. ¡Y un cuerno!

—Pero ¿cómo? —Glicería está pálida—. Nosotras contra ellos somos menos que cucarachas. Nos aplastarán sin siquiera darse cuenta...

—Esta vida me importa un bledo —dice—. Ya he vivido bastante, he visto de todo. Tengo de sobra para contar en el otro mundo. Ni en el infierno han inventado lo que han realizado aquí, en la tierra. O sea que, después de todo, no tienen con qué arredrarme. Me he pasado la vida temblando, es la hora de levantar la cabeza... Déjate de dudas, ¿cuánto más tienes que pensártelo?

—No hay nada —se enoja— que pensar. Vaya costumbre la vuestra: siempre me tratáis de tonta. Digo que si está vivo, se puede dar con él. Vi una película antes de la guerra. Uno viajaba y por el camino se enamoró. Pero la moza se le escapó...

—¡Mecachis! —Eudocia escupe—. ¿Y a qué viene eso ahora?

—Averiguó su apellido y fue al registro de domicilios. El apellido de Salomón Zajárovich era raro: Rafulsón o Rifalsón. Yo —se azora— de joven siempre me confundía, me daba cosa volver a preguntar... Son muy quisquillosos los de su raza.

—No me extraña —Eudocia se encoge de hombros—, con todo lo que han sufrido.

—¿Dónde —Ariadna mira alrededor— estará ese registro?

Se miran las tres. Hace mucho que no van más allá de la iglesia.

—No pasa nada —dice Eudocia—. Gracias a Dios no estamos privadas del don de la palabra. Preguntaremos. En la iglesia, en la administración del inmueble. De todos modos habrá que pasar por allí cuando distribuyan la harina para la fiesta del Primero de Mayo...

—¿Y Sofía? —se acuerda Ariadna.

—En su cuarto. Corta copos de nieve de papel. Glicería le ha enseñado, no se distrae por nada. Ya ha gastado un montón de papel.

—Le salen muy bonitos, como encaje. Le digo que acabará cubriendo la tierra entera. Más que en invierno, ahora que la primavera está a la vuelta de esquina.

Han mirado por la ventana, nieva. ¿Quién sabe cuándo llegará la primavera, si es que llega?

GLICERIA

GLICERIA saca de la estantería el servicio de té, o lo que queda de él: cinco tazas, cuatro platos pequeños... Platillos, aún hay menos, solo tres.

—Retira los platillos —ordena Eudocia—. La última vez hacía mal efecto. Con los platos pequeños resultará mejor. Ariadna traerá cucharillas de las suyas.

Glicería trajina, se vuelve.

—Mejor servirlo en tu cuarto —dice—. Salomón Zajárovich es un hombre acomodado; no está acostumbrado a sentarse en la cocina.

—¿Cómo que en mi cuarto?

—Ay —cae en la cuenta—, pero si allí está Antonina.

—Qué cosas ocurren a veces —Ariadna frota las cucharillas—: tantos años siendo vecinos y jamás nos hemos encontrado. Y eso que pasábamos delante de su casa...

—Desde hace diez años. Cambió su apartamento por el de la hija mayor. Ahora están en una vivienda individual, solos.

—Vaya —Ariadna se sorprende—, no pensaba que todavía quedaran. Creía que individuales solo hay en los barrios de nueva construcción.

—¿Cómo que no! —Eudocia agita las manos—. Aquí mismo, en nuestro edificio, en el segundo piso, viven las bailarinas. También es individual.

—Y a ti —se alegra Ariadna—, te ha reconocido enseguida.

—Llamo. Abre. «Muy buenas», dice, «Glicería Egórovna». Como si nos hubiéramos despedido ayer.

—Pues, sí —alarga las palabras Eudocia—, en estas cosas has triunfado. Hay hombres que a los pocos meses se les queda la memoria en blanco. Pero este, ya lo ves, al cabo de tantos años... Qué tonta fuiste esperando al conde. Tenías que haberte casado con Salomón: buena presencia, independiente... Y, además, médico.

—En el corazón no se manda. —Desvía la mirada.

—¿Ves? A eso me refería: eres tonta.

—Ay —Ariadna se acuerda—, nos hemos olvidado de llevarle el té. Antonina, la pobre, por sí sola no reclamará. ¿Dónde está Sofía?

—Pues —responde Glicería—, sentada junto a su madre. No se separa de ella desde hace dos días. Será que presente...

—Tú es que sabes tanto y eres tan buena en todo... —dice Eudocia—. El único fallo, que a la mínima ya estás celebrando la misa de cuerpo presente. Ni siquiera

Salomón lo sabe y tú venga, como un pájaro de mal agüero. Como si te tirasen de la lengua.

—Si ya lo ha dicho: el hígado.

—¿Y qué? Irá, preguntará... Ya veremos.

—Mientras no le echen...

—De eso nada —asegura Glicería—. Un médico jamás echaría a otro, se deben respeto.

—¿Qué tal por aquí? —pregunta la abuela Glicería—. Deja que tu madre descanse un rato.

—No me molesta. —Mamá mueve la mano—. He descansado en el hospital para el resto de la vida. ¿Han podido ir a por el pan y la leche? —pregunta.

—Ni que estuviéramos como cuando el sitio —ha dejado la taza, la ha cubierto con un trapito—; pan blanco todavía queda. No te preocupes, que de hambre no vamos a morir.

—Habría que ir a comprar —susurra— algo para la cena. Yo —se lamenta— trato de imaginarme a la gente de la fábrica y no puedo. Solo el hospital. Me despierto y no sé dónde estoy...

—Es porque no te has acostumbrado todavía. Eudocia también se queja: no logra acostumbrarse a tu cuarto.

—No tenían que haberme movido. Ahí estaría bien.

—Cuando te pongas buena —la consuela la abuela Glicería—, volverás al tuyo. Con el televisor se aguanta mejor en la cama... Tú —me mira— no molestes a tu madre.

Mamá también me mira:

—Es una buena niña. Dibuja todo el día.

—Así me gusta. —La abuela Glicería me acaricia el pelo—. Sigue.

En medio está la habitación. Mamá, en la cama. Las abuelas hablaban a susurros: le extirparon todo. ¿Cómo que todo? Tiene las manos, las piernas. Ha cogido la taza, bebe el agua. Otra vez se han confundido. No saben nada...

En el rincón está el televisor. Dentro hay un hombre. A él sí que le han extirpado todo. No le queda más que la cabeza. Se alegra: ¿para qué necesito el cuerpo? Es mejor solo con la cabeza. No hace falta bañarse...

Y arriba está la nube. Encima de la nube se sienta el padre, nos observa. Mamá no le mira, el hombre muerto se enfada. «¡Mírame, mírame!», grita.

Mamá coge el dibujo.

—Qué bonito —dice—. Este de arriba ¿quién es? ¿Nuestro vecino, Piotr Matvéevich?

No, niego con la cabeza. Mamá ha cerrado los ojos: no quiere mirar...

Salomón ha tomado aliento, ha apurado la taza de té.

—Mal asunto. El proceso está realmente descuidado. Mi alumno trabaja en el hospital. Fue quien la operó. Ha dicho que han extirpado lo que han podido. Pero el hígado está afectado. En fin, es cuestión de tiempo. Hay que ir preparándose.

Eudocia se ha quedado hecha una pieza.

—¿Y si le amputaran el hígado?

—No se puede —explica Salomón Zajárovich—, es un órgano impar. En el caso de un riñón o un pulmón, a veces resulta, aunque tampoco se puede garantizar nada. El hígado, jamás.

Glicería está de pie, parece una estatua.

—¿Qué va a pasar? —susurra.

No responde.

Ariadna es la primera en recomponerse.

—No tiene familia. Y la hija es pequeña. La hemos criado, eso sí, pero no somos nadie...

Glicería se sorbe los mocos.

—¡Chitón! —la reprende Eudocia—. No es tiempo para derramar lágrimas. ¿Cuánto le queda?

—Es difícil predecirlo —reflexiona el hombre—. Probablemente medio año, o menos. No se puede adivinar.

—O sea que entregará el alma para la Asunción. —Glicería se tapa la boca con la mano.

—¿Qué pasará con la hija? —insiste Ariadna.

—Intentad formalizar la tutela —les recomienda Salomón—. Hay que reunir los papeles. En primer lugar, se ha de ir a la oficina de administración del inmueble. Que emitan un certificado confirmando que la habéis criado desde el principio.

La voz es débil, jadeante. Ni él se cree lo que dice.

Eudocia ha escuchado.

—¿Creéis —sonríe sin ganas— que con papeles nos la entregarán? Si deciden quitárnosla, no harán caso a ningún papel.

—Hemos de probarlo —Ariadna habla deprisa—, claro que sí: iremos, intentaremos lo que nos aconseja.

Eudocia la ha mirado, la ha dejado con la palabra en la boca.

—¿Dónde está su marido? —Salomón clava la vista en el vacío—. El padre de la criatura. Podría ocuparse de ella, al menos, formalmente.

—¿Qué significa? —Glicería pregunta.

—Pues eso, formalmente, o sea, según los papeles —explica el médico—. Pero en realidad la chiquilla viviría con vosotras. Y él solo debería pagar la pensión alimenticia.

—No hay pensión. —Eudocia hace una mueca de contrariedad—. La criamos sin padre.

—Mal asunto. —Salomón Zajárovich se pone aún más serio—. Eso se valora como la pérdida del sostén de la familia. No solo la enviarán al orfanato, sino que le quitarán la habitación. ¿Están empadronadas las dos?

Las viejas asienten a la vez.

—A los menores de edad no les corresponden habitaciones. Para decidir sobre el particular, necesitarán reunir una comisión.

Eudocia al oírlo se ha puesto pálida.

—Si se hace según la ley —dice—, no hay salida.

Glicería busca su mirada.

—Por favor —ha juntado las palmas de las manos—, Salomón Zajárovich, ayúdanos, no nos dejes.

—Si pudiera... —Arruga la frente—. Mientras trabajaba por lo menos tenía contactos, mis pacientes eran las *mujeres* de... —Señala el techo.

—¿Y alguno de tus alumnos? —sugiere Glicería—. Has instruido a tantos...

—No cabe esperar gran cosa. —Sonríe—. Antes, todavía. Pero ahora no creo que funcione.

—¿Cómo —Glicería sufre por adelantado— se lo diremos? ¿O hemos de ocultárselo?

—Normalmente —explica pensativo—, lo ocultan. Pero vuestro caso es especial. Tal vez, sabiéndolo, recordaría alguna manera de localizar al padre, de ponerse en contacto con él o con algún familiar. Quién sabe, a lo mejor tiene a alguien en el pueblo. Hermanos, primos... Hablad con ella —aconseja—, preguntadle con delicadeza.

Ha apuntado un número de teléfono en un papelito, se ha despedido. Glicería le ha acompañado hasta la puerta.

—Vaya. —Abre el papelito en cuanto él se ha marchado y murmura—: No solo tiene vivienda individual, sino que encima es con teléfono...

Eudocia, sentada, se sujeta la cabeza con las manos.

—No. De momento no se lo diremos, no la vamos a enterrar antes de tiempo. Lo digo por ti. Para que no te vayas de la lengua como sueles. Llegará el día y se lo diremos. O lo comprenderá por sí sola, cuando empiecen los dolores.

—Pero si yo... —Glicería sufre.

—Nosotras —Eudocia no escucha— hemos de ponernos manos a la obra. Tú, Ariadna, irás a la oficina. A mí no me pueden ni ver. La de veces que me he peleado con ellos... Tú eres culta, bien educada. Se ha de aprovechar. Habla con ellos de buena fe. Si no pueden dar el certificado para todas, que sea para ti. No eres la madrina, pero respondes por la cría como la que más.

—Dios —Ariadna se ha desconcertado—, ¿crees que les importa? ¿Debo decirles lo del bautizo?

—A ellos no —la instruye Eudocia—, lo digo para ti. Con el certificado será más fácil. A lo mejor, los de la comisión no son tan desalmados. Pero —avisa— cuidado

con lo que dices. A veces pierdes el oremus y sueltas cada tontería... Con Antonina hablaré yo misma. Trataré de averiguar algo sobre el padre, el garañón suelto. Si Dios quiere, daremos con él. Si hemos encontrado a Salomón...

—¿También por el registro? —Gliceria otra vez se anima.

Eudocia cavila, niega con la cabeza.

Ha ido. Ha vuelto.

—¿Y? —interroga Eudocia.

—Ay, no puedo —gime Ariadna. Le tiemblan los labios—. Qué gente, qué gente...

—Basta de lloriqueos —la ataja—. No estamos en un colegio para señoritas de buena familia. Cuenta.

Toma un sorbo de agua.

—He ido, había cola. Todos esperando para hablar con la jefa. He pedido por el último y, cuando me ha tocado, he entrado. Ni me ha mirado. Como si fuera transparente. «Los certificados se formalizan en otro despacho», me ha dicho. Le he explicado que es un asunto delicado, especial. Que nos hemos ocupado durante años de Susana Bespálova y que quisiéramos un documento que lo confirme. «¿Y eso para qué?», ha dicho entornando los ojos. «La habéis cuidado, vale, pero seguro que no ha sido gratis. Su madre desde hace años trabaja como bracara para vosotras, vivís hechas unas señoronas. Yo llevo tiempo vigilando, los vecinos ya han avisado varias veces de este abuso», dice. «¿Qué clase de explotación es esta? ¡Como en los tiempos del zar! Y ahora encima venís aquí pidiendo certificados...».

—¿Y tú? —apenas logra articular Gliceria.

—Nada. Lo de su estado no se puede revelar. Y ella: «¡Ya lo veo! Seguro que pretendéis empadronarla y dejarle la habitación. No os saldréis con la vuestra. Ni con certificado, ni sin. Las habitaciones son del Estado. Se adjudican según la ley». Ha abierto el libro. «Las Bespalov tienen nueve metros con cincuenta para las dos. Y las vuestras», me apunta con el dedo, «son de diecinueve metros cuadrados. Tampoco va a permitirse el intercambio, dado el empeoramiento de las condiciones». «¡Pero si en su caso», respondo, «las condiciones mejorarían!».

—Ahí les duele —asiente Eudocia—, eso es lo que les da miedo, no aguantan que alguien esté mejor. ¿Y tú qué?

—Le he dicho que nos queda poco. «Perfecto», responde, «muéranse todo lo que quieran. Y las Bespalov que se apunten a la lista. Si es que las aceptan. Para que lo sepa, la lista es para obtener cuatro metros y medio de vivienda. Y ellas ya disponen de cuatro con setenta y cinco para cada una, o sea, que aún les sobra». Me voy para la puerta y me dispara por la espalda: «¡Vaya tías! Con un pie en la tumba y no se cansan de trapichear».

—¿Y tú?

—Nada... —sufre—. Me he mordido la lengua.

—Mal hecho. —Eudocia está que bufa—. Haber hablado. Haberle dicho que gracias por sus cuidados. Mira lo bien que viven las Bepalov. Es verdad, les sobran los metros cuadrados. En el más allá se contentan con dos, y aquí ya es el no va más: disponen de cuatro y medio, menudo lujo... Bueno —resume—, así que somos unas señoronas. Tú, condesa, prepara a la niña para el paseo. De camino compraréis la leche y la sémola. Para la cena. Si Antonina se despierta, tal vez coma un poco.

Hemos caminado hasta el jardín de la iglesia; la abuela Glicería mira adentro.

—Parece que se ha secado. Los senderos están limpios. Vamos, palomita, entremos. El césped estará todavía mojado, sucio, aunque ya ha salido la hierba nueva, finita... Parece como un humecillo verde que cubriera la tierra.

»Tú —me advierte— no chapotees por el barro. Un paso en falso y pisarás cualquier porquería. Bajo la nieve se esconde de todo: caquitas de perros, cosas podridas. Piensan que la suciedad ha penetrado en el suelo. Pero la tierra es dura, helada, no acepta su suciedad. Tú —mira alrededor— has de memorizar muchas cosas mientras tengamos tiempo. Nuestra casa está allá. Y aquí está la iglesia. Paseamos por aquí desde hace muchos años, deberías recordarlo. Si pasase cualquier cosa, el campanario es alto. Se ve desde lejos. Si sales donde el canal, el plan es otro: cruzar el puente, esperar delante de los leones. Los leones son de piedra, no se irán a ninguna parte. Y no preguntes a la gente, te engañarían. Yo —me consuela— te bordaré tus letras. Así que fíate de tu memoria y encontrarás el camino.

Miro alrededor: ¿dónde las bordará? ¿En las paredes? Allí se puede dibujar, pero mejor hacerlo en el suelo. Cojo un mimbre; las letras salen grandes, torcidas...

La abuela Glicería ha mirado. Correcto, otorga con un gesto de cabeza, escribe y memoriza...

Se seca las lágrimas y dice:

—Mañana saldremos de paseo, iremos por otro lado. Hay que aprender cómo llegar desde la calle Ofitsérskaya. Esos pensarán: es pequeña, no sabe de letras. Que se vaya, se perderá igualmente. Tú no digas nada. «Es verdad», asentirás, «voy a pasear. Caminaré un poco y regresaré». Pero tú recuerda: vengas por donde vengas, conoces el camino. La iglesia, el puente, el teatro...

Ahora lo he entendido. Es para cuando me despierte... Pasarán cien años e iré a casa. Y mientras tanto aquellos se esconden en el sótano. Miran fuera, preparan la trampa. Los otros niños también caminan, recogen sus letras. Y aquellos afilan sus garras, se te echarán encima y te devorarán...

La abuela Eudocia entra en la habitación.

—¿Qué estás dibujando? ¿Quién es, la Caperucita Roja? ¿Vaga por la ciudad? ¿Y este? ¿El lobo? —Mira un rato—. No entiendo —dice—, las flores te salen desgarradas, parecen letras. ¿Cómo es que las letras brotan de la tierra?

La abuela Glicería se esconde en el rincón. Tiene mi vestido, está bordando. La abuela Eudocia la ha visto. Se ha acercado, ha mirado.

—Ven —la llama—, salgamos.

La abuela Glicería se ha apocado, la sigue...

—O sea que —se le ha puesto delante— eso es lo que estás tramando... Le bordarás las letras y que se la lleven. No pasará. Que lo sepas, jamás ocurrirá.

—Tal vez —pide Glicería—, es solo por si acaso...

—¿Por si acaso qué? La ropa será de uniforme, ¿no lo sabías? La de casa la quemar.

—¡Señor! —Se lleva las manos a la garganta.

Eudocia solloza, se vuelve hacia la cocina. Hay que vigilar la leche.

Ariadna entra, se sienta a la mesa.

—¿Dónde podríamos preguntar si aceptan paquetes? ¿O también está prohibido?

—A veces —Eudocia agacha la cabeza— aceptan...

—¿Y citas, conceden citas?

—Esto ya es a su juicio. Depende de varias cosas, de cómo se comporte...

—La niña —Glicería habla deprisa— es buena. Se porta bien.

Ha cerrado la puerta.

—Quiero deciros algo... —susurra—. Somos muy viejas. Cuando vengan a por ella, el corazón no aguantará. Nos iremos con el Señor... Pero ella, la pobre, continuará aquí, sufriendo. Claro que —mira por encima del hombro hacia la puerta— si pudiéramos llevarla con nosotras...

Ariadna la mira, no da crédito a sus oídos.

—¿Cómo llevarla con nosotras?

—¡Santo cielo! —Glicería se ha espantado de sí misma—. ¡Ay, Señor, perdona mi alma pecadora, no sé ni lo que me digo!

—Eso —Eudocia camina hacia la pila, abre el agua— lo he pensado ya: pastillas o algo similar... Así podríamos...

El agua corre, ruidosa.

—Durante la guerra —susurra Glicería—, un jefazo de los que iban con Hitler, ¿cómo se llamaba? Bueno, da igual... Pues el caso es que su mujer envenenó a toda la prole solo para que no cayeran en manos enemigas; había como cinco o seis hijos...

—¡Parad ya! —Ariadna exhala lo que quiere ser un grito y se le quiebra en la garganta—. ¿Queréis asemejarnos a las bestias?

—Una ya no sabe —Eudocia se levanta, cierra el grifo— dónde están los hombres y dónde las bestias. Vivimos como en el bosque. Dios perdone nuestros pecados. Lo que pasa a veces por la cabeza...

—Antonina hoy está algo mejor. —Glicería recoge las tazas, desvía la conversación—. Ha comido un poco, como dos cucharaditas de sopa. —La voz le tremola—. Ha ido al baño por sí sola. Tal vez habría que comprarle algo, no sé, un capricho: pescado o queso. Ayer pidió chocolate, que le apetecía...

—El dinero —Eudocia frunce el ceño— se nos está acabando. Cuando cobremos la pensión, entonces...

—Una cosa... —Glicería reflexiona—. Con el volante de baja médica ¿no pagan un anticipo? Tal vez habría que ir a la fábrica, ¿no?

—De todos modos —Ariadna evalúa posibilidades—, a nosotras no nos pagarían. Hay que ir con papeles.

—A ver... —Eudocia está de parte de Glicería—. Ese, el novio, me tomó por su madre. Me presentaré como tal. Sean treinta rublos, sean cuarenta, bien que nos vendrían.

—Está lejos... —Ariadna duda—, ¿sabrás encontrar el lugar?

—¿Acaso —se ha ofendido— crees que soy tonta? Preguntaré a Antonina...

Justo cuando han servido la cena se ha presentado Salomón Zajárovich. Glicería se ha alegrado, le ha invitado.

—Estoy de camino. —Respira con dificultad—. Es sobre la tutela.

Le han acompañado a la cocina.

—No tiene remedio...

Ariadna mira a Sofía, le habla en francés.

—Nosotras —dice— cenaremos luego. No hay prisa.

Salomón se ha sentado, se ha encorvado.

—Mi ex alumno entiende de estos asuntos. Sin el padre no se puede hacer nada. Me lo ha dicho tal cual: no tiene remedio. Ha de ser la abuela o el padrastro. Y tampoco es tan fácil; la solicitud, las referencias de donde trabaja...

—Bueno —Eudocia mira a la ventana negra—, gracias de todos modos. Al servicio de quién escribirán sus leyes... No nos han preguntado al hacerlo...

Se levanta. Se va. Glicería le mira la espalda: se ha hecho viejo. Apenas camina. Antes corría... Desde la primera hora de la mañana recorría las plantas. Visitas a los pacientes, los alumnos...

Sofía sale corriendo al recibidor, lleva un dibujo.

—¿A ver, a ver? —le pide Salomón Zajárovich—. ¿Qué has dibujado?

No se cohíbe, se lo entrega.

—¡Fíjate! —admira—. ¡Te ha salido estupendo! Deberías estudiar. Hay un taller de arte en el Palacio de Pioneros —explica—. Mi nieto ha ido durante años, pero no ha aprendido nada. Será —manotea— que no tiene talento.

—La nuestra —Glicería mantiene la conversación— es hábil. Cualquier minuto libre que tenga se pone a dibujar. ¿Por dónde —pregunta— queda el palacio ese?

—En el centro, pegado al puente Anichkov. Un poco lejos...

—No es para tanto —se alegra—, entre las tres nos las arreglaríamos...

Eudocia la fulmina con la mirada. Se abate...

Salomón se ha ido.

—Va —convoca Eudocia—, reunamos fuerzas. Tú, Ariadna, da de comer a la niña, yo la acostaré. Se ha de bañar a Antonina. No se nos vaya a llagar, tantos días sin lavarse. Le limpiaremos la espalda con el alcohol alcanforado, le cambiaremos la ropa de cama; que descanse sobre limpio...

Glicería dice:

—Hay que hervir los trapos, se nos han acabado. Sangra mucho...

La abuela Eudocia remete la manta, se ha sentado en el borde de la cama. Se ha quitado el pañuelo de la cabeza, se alisa el pelo.

—Tú —dice—, si pasara cualquier cosa, recuerda tu nombre. No Susana. Ese es para los hombres. El que es para Dios es Sofía. Ella es tu protectora celestial. La Virgen, la gloria de Dios. Es la más sabia. Dios le susurra y ella aconseja a la gente de bien. Les transmite cada palabra divina. Los que no la oyen no sienten más que abatimiento, no hacen más que tonterías. Sofía ni los mira, pasea la mirada por el mundo. Mira y mira todo el día. Por la noche se sienta, abre la caja de lápices y pinturas y dibuja lo que ha visto tal como es. Los bosques verdes, los mares azules, las ciudades de mil colores. En una palabra: es la pintora...

»Escucha —me habla al oído—, escúchame. Si ocurriera algo... Si, por ejemplo, se te llevasen de aquí... En la vida puede pasar de todo. A veces se llevan a los niños. Te encerrarán y no dejarán que nos acerquemos. Tendrás que vivir sola. Recuerda: te encierren donde te encierren, estaré contigo. Cada día pasearé al otro lado de la verja. Pasearé hasta que el Señor me reclame. No importa que no me veas, solo recuerda: allí estará tu abuela. ¿Entendido?

Asiento: he entendido. Es cuando estaré durmiendo. Y después me despertaré...

EUDOCIA

A la tal Zoia la he reconocido enseguida: de buena postura, independiente. Ha bajado al puesto de control, sin ella no me dejaban pasar.

Ha mirado el pase.

—Buenos días, Eudocia Timoféevna. Hace tiempo que quiero conocerla, hablar con usted.

—¿De qué quiere hablar conmigo —me extraño— si soy una simple vieja analfabeta? ¡Con la de cosas y gente que tiene a su cargo no le sobraré el tiempo!

—La falta de estudios —dice— no es ningún pecado. Antaño dedicaban poco tiempo al arte de leer. Pero la sabiduría no solo se aprende de los libros.

—Eso es cierto —le hago el coro—. La vida enseña a su manera...

Y mientras pienso: ¿A qué viene tanto piropero?

—Vengo —explico— a cobrar el anticipo por Antonina... Mi pensión no da para mucho, y a la niña hay que cuidarla.

—Por supuesto —manotea—. También soy abuela, me ocupo de dos nietos.

—¡Qué dice! —finjo estar sorprendida—. Jamás lo habría sospechado, tan joven...

—Por el anticipo no se preocupe. Si contabilidad no accede, tramitaré un adelanto de los recursos sindicales. Lo formalizaremos como ayuda a la familia. Lo único es que... estas operaciones no están especialmente bien vistas. Pero, bueno —promete—, hablaré con las mujeres, se lo explicaré.

—Gracias. —Se lo agradezco con una reverencia.

Y a la vez me asombro: ¿qué tendrán en contra de las intervenciones? Uno no cae enfermo por capricho.

—¿Cómo se encuentra Antonina? —pregunta—. Está tardando mucho en volver. Ya es mala pata que surjan complicaciones después de la operación...

—Sufre —respondo—. Un día parece estar mejor, al siguiente empeora. Pasa los días tumbada, mirando a la pared.

—Ya —asiente—. No es fácil quitarle la vida al bebé con las propias manos.

¿Qué bebé?, pienso. ¡Ay, madre! Por fin he caído en la cuenta, o sea que creen que ha abortado. Debería explicárselo, limpiar su nombre de la deshonra...

He abierto la boca pero entonces ella dice:

—Entre nosotras no vituperamos a su hija. Es cierto que ha venido inoportuno. Cuando se casen, entonces sí. Son jóvenes, están a tiempo. ¿Y Nicolás —pregunta—, va a verla?

—Ha venido —la miro de reajo—, hemos tomado el té.

—¿La visitó en el hospital?

—No —digo—, al hospital no vino.

—¡Hombres! Para una cochinado son los primeros, y cuando toca apechugar vete a buscarlo. Con Nicolás —explica— hemos hablado ya. Aunque todavía no lo sabíamos... Si hubiéramos tenido noticia, no nos habríamos andado con miramientos. ¡Entonces sí que no se nos escapaba, el muy canalla! Ahora pensamos lo siguiente: que se arreglen entre ellos. Si toma la decisión, el colectivo no tiene por qué entrometerse. Pero si se pone en plan tozudo, si se emperrea, le daremos su merecido. Le haremos acordarse de esta hasta que se arrepienta. Así que —anuncia— prepárese para la boda. No tardarán en estrenar el domicilio nuevo. La fábrica apoyará, asignará una vivienda individual.

La escucho con un nudo en la garganta. Nuestra boda lleva la mortaja puesta, se celebrará en el cementerio...

Me sonrío.

—No vale la pena llorar —dice— si la vida acaba arreglándose.

He dominado las lágrimas y digo:

—Hay un tema pendiente, Zoia Ivánovna. ¡Un tema complicado!

—¿Sobre la niña? —pregunta.

—Sobre ella, sí —asiento.

—Justo —dice— pensaba comentárselo. Con Antonina —manotea—, no hay forma. Seis años ha cumplido y todavía sigue en casa. Los niños a su edad cantan canciones, recitan poesías y cuentos. Mi pequeño no ha cumplido ni cinco añitos, pero lo sabe todo del abuelo Lenin. Les leen libros: sobre los héroes, sobre la guerra. ¿Y la vuestra? Después no lo compensará tan fácilmente. La memoria infantil es como una esponja. Lo que absorbe es para toda la vida.

—Es que nosotras —respondo— tampoco estamos con los brazos cruzados. Le leemos los libros, cuentos...

—Bueno, una cosa es la familia. Y otra los especialistas. Allí los preparan a conciencia. Los siete primeros años son decisivos. Florecerá lo que se siembra ahora. La fábrica tiene su jardín de infancia, los campamentos...

—¿Los campamentos? —le pregunto.

Hablo y pienso para mis adentros: Mira que eres burra, Eudocia. Maldita sea tu lengua, haber pensado antes de abrir la boca. Si están buscando la manera de quitártela... Cuando sepan lo de la enfermedad, no habrá modo de escaparse.

Me he santiguado mentalmente y digo:

—Es verdad, Zoia Ivánovna. Una vieja analfabeta poca cosa puede aportar. Hablaré con Antonina, aunque lo primero es que se recupere. Es una mujer cuerda, siempre hace caso a los consejos. ¿Por qué no aceptar si el consejo es bueno?

Se ha alegrado, me ha cogido por el codo.

—Acompáñeme —me invita—, formalizaremos la paga. Lo importante —dice— es que lo hemos hablado y decidido. ¿Trae el certificado médico?

—Ay —me sobresalto—, me lo he dejado en casa. No he pensado...

—No importa —acepta—. Lo arreglaremos. Le haré una asignación directa de la caja sindical. Para mañana prepararé los papeles.

Voy a casa, no veo nada; se me nubla la vista. No recuerdo cómo he llegado. Me he tumbado un rato, salgo a la cocina. Explico todo: lo de la intervención; lo del jardín de infancia y los campamentos, lo de... Eso, lo del novio.

—Así que —concluyo— no hay esperanza. Si se resolviera, sería por un milagro. Rogad a Dios —digo—. A mí no me escucha. A lo mejor, con vosotras será más compasivo.

—Pero si yo —se justifica Glicería— cada noche...

Ariadna se ha levantado. Se ha puesto toda pálida.

—Está aquí el milagro. La señal divina...

La miro.

—¿Qué disparates dices, so chalada? ¿Te has vuelto loca?

—¿Con qué amenazaron a Nicolás? Con que si no se casa, no habrá habitación. Ahora están pensando que Antonina se ha librado de su hijo. No saben nada de la enfermedad...

—¿Y? —Glicería pestañea.

—Si quiere su habitación, no tiene otra opción que casarse. Casarse con Antonina. Cuando se case...

—Vale —aprieto los puños—. Sabemos lo que viene a continuación. Piensa en otra cosa. ¿Y si lo niega, si dice que no sabía nada del embarazo ni tuvo nada que ver?

—Para eso —Glicería le sigue— estamos nosotras, como testigos. Que ha venido. Que pasó aquí la noche.

Me he parado a pensar.

—No —digo—, no resultará. Nada más verla, comprenderá todo. ¿Os habéis fijado? Tiene cara de cirio...

—Que comprenda todo lo que quiera. —Glicería se ha animado, mira a Ariadna—. Para él es mejor.

—Correcto. —Ariadna asiente—. Le es más ventajoso. Morirá y la habitación entera será para él.

—¿Cómo? —me pasmo—. ¿Y Sofía? Gracias a Dios, está empadronada.

—¿Qué más da? De todos modos vivirá con nosotras.

—¿Pero —no acabo de verlo claro— y si lo averiguan? ¿Si descubren que la intervención era otra cosa?

—Ocultaremos el certificado médico —sugiere Glicería.

—¿Y dinero? Sin el certificado no darán nada.

—Bueno —Ariadna alza la cabeza—, entonces habrá que apañarse...

Eudocia se santigua.

—¿El milagro, dices? Vaya, sí que eres lista. No en vano fuiste a estudiar. Yo no habría pensado...

—Es verdad —Gliceria susurra—, asistimos a un milagro. El hombre propone y Dios dispone.

Ariadna ha agachado la cabeza, se aflige.

—Habrá que engañar. Es un pecado.

—No podemos elegir —responde Eudocia—. No habrá otro milagro, agradezcamos y aprovechemos el que nos ha sido concedido. Es como aquella paja, lo que toca es asirnos a ella. Ojalá funcione. A una por lo menos salvaríamos. Y el pecado, que caiga sobre mi alma. De todos modos mi alma ya está perdida. Arruinada por mis hijos.

He abierto los ojos. Estoy a oscuras. ¿Es de noche ya o aún no? Todo dentro de mí está confundido. No distingo la noche del día.

Eudocia se asoma por la puerta.

—¿Estás despierta? —pregunta.

—Tengo náuseas, Eudocia Timoféevna.

—Bueno... —aparta la manta—. Los designios de Dios están en todo. Hasta en las penurias, en las ansias, en el malestar... —Se ha sentado en el borde de la cama—. Quiero hablarte de una cosa, no sé por dónde empezar.

—¿Acaso —digo— creen que no lo entiendo? Deben de estar pasándolas moradas. Hacer la colada, preparar la comida, comprar... Intento levantarme, pero estoy muy débil. No me aguanto de pie. Por favor —pido—, espérenme un poquito.

Ella se ha secado los ojos y responde:

—Dios te ampare... Nadie te reprocha nada. No venía por eso. En la vida puede pasar de todo... Por ejemplo, las intervenciones... Si sale bien, mejor que mejor, ¿y si no? Tu hija está sola. Ante la ley no tiene a nadie, ni abuelas de sangre, ni siquiera un padrastro.

—No la comprendo —digo.

—Pues que... —agacha la mirada— deberías casarte. Aunque sea con ese, con Nicolás. Zoia también lo aconseja. Dice que así os asignarían la vivienda.

—Vaya novia —cabeceo— estoy hecha... Con esos trapos, compresas... Es para morirse de risa.

—Le hablo de cosas serias —se ha enojado— y ella me sale con tonterías. Gliceria número dos... ¡Que Dios me perdone!

—¿Para cuándo —vuelvo la cara hacia la pared— lo están planificando?

—Cuanto antes mejor. ¿Para qué demorarlo? Y Zoia mete prisa.

—No me refiero a mí. ¿Cómo explicárselo a Nicolás? Habrá que hablarle de esas dolencias.

Pienso: De rodillas le rogué, me arrastré por el suelo ante él, se lo pedía por mi hija... ¿Cómo se puede vivir con esos recuerdos?

—De eso —promete— no te preocupes. Ya apechugaremos nosotras con el brete, se lo explicaremos. Y si no llamaremos a Salomón, él sabrá por dónde abordarlo.

—Estoy cansada. Hagan lo que les parezca bien.

Eudocia ha salido de la habitación, ha cerrado la puerta. Las otras esperan en la cocina.

—¿Qué tal? —Ariadna está en ascuas—. ¿Lo has hablado con ella?

—Sí, he sacado el tema. Pero no tengo fuerzas para contárselo todo. No me obedece la lengua. No he ido más allá de lo del casamiento.

—¿Y ella?

—Parece que ha aceptado.

—Bueno —Glicería suspira—, gracias a Dios. Mejor que no sepa lo otro, estará más tranquila... ¡Anda, el chocolate, se nos ha vuelto a olvidar! Para una cosa que pide la pobre...

—¿Chocolate? —Eudocia trata de esquivar la cuestión—. ¿A una enferma? Si ni siquiera toma la sopa. Y, además, Salomón lo ha prohibido.

—¿Cuándo? —Ariadna se sorprende—. No me suena...

—¿Cómo que no? Lo dijo bien claro: alimentación dietética.

—Ya —dice Glicería—, y el chocolate, en su justa medida, corresponde.

—¡Y dale con Salomón! Salomón esto, Salomón aquello, Salomón por todas partes y a todas horas, como el espíritu omnipresente. ¡Qué perra te ha cogido! De repente no te atreves ni a dar un paso sin Salomón. Salomón para cualquier cosa, a la mínima, Salomón...

—El chocolate —Glicería mira a Ariadna, busca apoyo— aumenta las fuerzas. Los americanos durante la guerra... Las tabletas de chocolate americanas eran gruesas, crujientes...

—Ya estamos —da una palmada al aire—, cuando algo se te mete entre ceja y ceja... Si no son los hombres, es la comida. El chocolate lo ha inventado el demonio.

—¿Qué demonio! El chocolate está permitido incluso durante la Cuaresma.

—Claro —contesta—, a aquellos que comen carne cada día. Los demás, como nosotras, hacen pascua con el pescado.

—A los enfermos —interviene Ariadna— no se les exige el ayuno, tanto la carne como el pescado les están permitidos.

—¡Mecachis! —Se levanta—. Cristo rechazó hasta el pan... Haced lo que queráis. Tirad la casa por la ventana y a morirnos todas de hambre.

—Los evangelistas —dice Ariadna— no pensaban en el día de mañana, ya sabes: «No os preocupéis del mañana: el mañana se preocupará de sí mismo. Cada día tiene bastante con su propio mal».

—Vaya —cabecea—, a tu palo, gavilán, y a tu matorral, conejo. Los evangelistas no tenían que vivir de pensiones como las nuestras. Y además un día les pasaban un trozo de pan, otro día les caía una moneda...

—Estoy harta —Ariadna se levanta— de escuchar esta conversación absurda. Esperad. Enseguida vuelvo.

Trae un estuche pequeño. Lo deja encima de la mesa. Eudocia lo abre.

—Ay, Señor —exhala un suspiro—, qué preciosidad. ¿Cuánto podría valer?

—Las piedras son buenas, puras. Fue mi regalo de bodas, papá en persona lo eligió. Tal vez dos mil rublos, de los de antes.

—¿Qué dices?

—Papá —Ariadna se ofende— era muy entendido. Había encargado estos pendientes de antemano. Es una antigüedad. Estaba realmente orgulloso, decía que era un regalo de reyes...

Eudocia admira las piedras.

—¡Qué suerte has tenido! En la casa paterna tenías una vida regalada. Te enviaban al extranjero, te regalaban pendientes con diamantes. Mientras que algunos estaban a dos velas. —Cierra el estuche de terciopelo—. Preguntaremos a Salomón. Él ha de saber. Es judío.

—¿Cómo lo va a saber? —Gliceria se precipita a defenderlo—. Se ha pasado la vida entera en los hospitales.

—Bueno —Eudocia se ablanda—, que lo consulte. A nosotras cualquiera nos da gato por liebre.

PADASTRO

ZOIA, la muy zorra, se me ha pegado como un sinapismo: Ve a verla, ve a verla.

—¡Ya está bien de bribonadas! —amenaza.

Con mucho gusto la enviaría a tomar por saco, pero pensándolo bien, no debería. Zoia vuela alto, frecuenta la administración de la fábrica. O sea que hay que resolverlo por las buenas.

—De acuerdo —le digo como con cortesía—, iré.

—No vayas —dice— con las manos vacías. Compra algo.

He vuelto a la planta, estoy en ascuas. Recordar cómo se arrastraba a mis pies es para suicidarse. ¿Qué, pienso, le he hecho yo? ¿A qué la he llevado? Tal vez no ha ido ella al comité. Las mujeres son listas, se habrán enterado por sí solas. Que le lleve algo... ¿El qué? Si vas a ver a un compañero, le traes una botella. ¿Y a una mujer? Vale, dulces, compraré pasteles.

Lo consultaré con Vasili. Es un hombre experimentado, padre de tres hijos.

—¿Así que piensas visitar a Antonina? —Ha entornado los ojos—. Has tardado mucho en decidirte... Como cuatro semanas.

Fíjate, pienso, a este también le ha dado por contar semanas.

—Hay que ver —dice— qué canalla te has vuelto. La mujer sufre por tu culpa y tú como si nada...

—¿Qué tengo yo que ver? —me cabreo.

Escupe al suelo.

—Veo crecer a mis hijas. Cuando pienso en vosotros, los sementales irresponsables, siento ganas de ahorcaros con mis propias manos.

Los demás se acercan, escuchan.

—Tampoco te pases —se ríen—, ahorcando a todos acabarás con la raza humana, piensa en el futuro... Tú —dicen— estás mosqueado porque tienes la casa llena de faldas. Si hubieras tenido niños, cantarías otra canción. Serías el primero en enseñarles cómo meter mano...

Arrastro la barra y pienso: No ha habido nada. Supongamos que se lo digo a todos alto y claro. Me pondrán en ridículo. Si se tratara de una moza virgen, vale, pero una mujer... Se mofarán: No has podido convencer a una mujer. No importa. Yo sé cuál es la verdad. Y que digan lo que quieran.

He acabado el turno, otra vez viene Zoia.

—Hoy —dice— no vayas. Irás mañana. De paso, le entregarás veinte rublos, ayuda económica a la familia. Pero ojo —me amenaza con el dedo—, ni se te ocurra

gastártelo en tragos.

—¿Yo? —contesto—. Si no soy bebedor. Como mucho un par de cervezas los días festivos.

—Cuéntaselo a tu mujer —dice—. A mí no me vas a engañar... A la mínima os salís de madre. Hay que teneros —me enseña el puño— aquí bien prietos.

He regresado a la residencia. Serguéi, el vecino de la habitación, me llama.

—Oye —me guiña el ojo—, Zinaida pregunta por ti.

—¿Qué Zinaida?

—La amiga de mi novia. Trabajan juntas en la planta de embalaje.

—¿Y esa qué querrá?

—Tú —se ríe— ahora eres famoso: tu fama corre por toda la fábrica. Recuerda lo que te digo: a partir de ahora las mujeres no te dejarán ni a sol ni a sombra. Acudirán a ti como las moscas.

—Las moscas —me cabreo—, acuden a ya sabes qué.

—Exacto —otra vez me guiña el ojo—, a eso me refiero.

—¡Repítelo —le cojo por las solapas— si tienes huevos!

—No seas cabrito. —Se aparta de un empujón—. ¡Casi le meto una tía en la cama y el mamón me quiere dar estopa! Deberías estarme agradecido: te he arreglado una cita.

—El día que quiera —me calmo— ya me las arreglaré yo solito.

—Ya. —Se alisa la ropa—. Primero se pasa años igual que un cangrejo debajo de su piedra, y luego se las arregla solo. Ya vemos cómo: directo al matrimonio. ¡Y de qué manera! Está en boca de todos...

—¿Sabes por qué? Porque no tenéis otra cosa que hacer que darle al pico.

—¿Querrás decir que se ha quedado encinta por nuestras charlas? ¿Que tú no has tenido nada que ver?

—Déjame en paz, no sé de qué me hablas.

—¡Vaya secreto, a buenas horas! Si todo el mundo está al corriente.

¡Joder!, pienso. Todos al corriente y yo el último en enterarme.

—Entonces —se mira al espejo—, ha sido por un soplo de viento. ¿O tal vez —se ríe— de manera inmaculada? Recuerdas, nos lo explicaron en una conferencia. —Se ha guardado el peine en el bolsillo—. ¿Vienes conmigo a la cita o qué?

No me muevo de la cama.

—Tú te lo pierdes.

¿En qué lío me habré metido?, pienso. Así no vale. He de ir a verla. A aclararlo. Que se explique.

He pasado un rato sentado, he vuelto a pensar en el asunto. ¿Qué me va a explicar?, pienso. ¿Me señalará a su amante? No le interesa. Sobre todo si quieren cargarme con su pecado. Y Zoia encima está de su parte... —Y luego pienso—: ¿Cargarme qué? Si ha abortado...

Poco a poco, dándole vueltas la mente se me ha aclarado. Lo muñó, lo hizo adrede para que me casara con ella. La primera vez no se salió con la suya, ahora se ha hecho más lista. Ha buscado una prueba. Qué tonto he sido; le dije que inventara una enfermedad. Ni siquiera ha tenido que inventar nada, todo estaba planificado.

¡Pues se van a acordar de mí! Antonina y su puta madre. Seguro que ha sido idea de aquellos vejestorios. ¡Que se preparen, vaya si me las pagarán!

Estoy ahí en la silla, solo, acumulando rabia, como incubándola. De pronto vuelve Serguéi.

—¿Aún aquí? —pregunta—. Me he olvidado la botella. Nos esperan a los dos, ayer quedé con ellas para ir al cine. ¿Y qué —saca la botella de debajo del colchón—, no has cambiado de idea?

—Sí que he cambiado —digo—. Vamos.

—Claro que sí —aprueba—, te vendrá bien airearte un poco. Mientras no te enganchan del todo.

—Eso ya lo veremos...

Llegamos al cine, Serguéi me empuja por el costado.

—Las entradas —dice— son para la última fila. —Me guiña el ojo—. No quedaban más.

Las chicas sueltan risillas como si alguien las cosquilleara. Ocupamos los asientos, Zinaida se abre paso con los codos, se sienta a mi vera. Comienza la película, la tía se arrima. Agarra mi mano y, ¡toma!, la pone sobre su rodilla.

La toco y no siento nada. Siento como frío. Como si no fuera una pierna, sino una barra de hierro. ¿Qué me pasa?, pienso. Seguro que me han echado el mal de ojo, las muy brujas...

Salimos del cine. Zinaida ni me mira. Serguéi dice:

—Habría que acabar la botella. ¿O prefieres —le guiña el ojo a su novia— que la acabemos en casa?

Se han puesto a convenir la mejor manera de colarse en la parte femenina de la residencia. Hay una escalera de incendios. Las chicas entrarían por la puerta y abrirían la ventana.

Los he escuchado un rato.

—Acabad sin mí —digo—. Me voy a casa.

Les he oído reír a mi espalda. Y a Zinaida la primera.

Tranquilo, me digo para mis adentros. ¿Cómo decía el jefe de la compañía allá en la mili? Lo importante es no caer presa del pánico. Iré, le miraré a los ojos, y si no ha perdido la vergüenza del todo, seguro que confesará.

Abren la puerta. Su madre está en el umbral. No recuerdo su nombre. Se me ha volado de la cabeza. Me hace pasar con un gesto.

La habitación es grande, con muebles de sobra. Encima de la mesa cuelga una lámpara.

—Les traigo —me meto la mano en el bolsillo— la ayuda económica. Me manda Zoia Ivánovna.

Ha alargado la mano, ha cogido el sobre, lo ha escondido debajo del delantal. Las otras están sentadas, tiesas, igual que estatuas de piedra. No sé por dónde empezar. Mientras iba pensaba que me abriría Antonina.

—Yo es que... —digo—. Quisiera ver a Antonina. ¿Cómo está? ¿Se va recuperando?

La madre desvía la mirada.

—No —responde—, se muere.

Ya estamos, pienso, las viejas van a por todas, ¿pues no me salen ahora con que se está muriendo?

—Le queda medio año de vida. O tal vez menos. Ella todavía no lo sabe.

De puro miedo me he acordado del nombre.

—No caiga en el desánimo, Eudocia Timoféevna. Ya verá como poco a poco se recupera, paciencia, a algunos convalecientes les cuesta más que a otros.

—Otros —responde— tardarán más o menos en curarse según lo que tengan. Pero el cáncer no es una enfermedad, es la muerte.

¿Qué muerte? ¿A qué se refiere?

—Hay que pensar en la hija —dice—. Quedará huérfana. Así que has de casarte con ella, para salvar a la criatura.

La oigo pero no entiendo nada. Como si me hubieran tapado los oídos con algodón. ¿Cómo que la hija? ¿Acaso no ha abortado? A ver en qué quedamos, que si la hija que si el cáncer...

—La hija —explico— no es mía. Si hubiera sido mía, no lo habría negado. Hable con el padre de verdad. Que sea él quien se case.

—El padre ha muerto. Del más allá no regresan por una boda. Así que tendrás que ser tú, no hay otra salida. Pero tranquilo —le consuela—, no te amargues más de la cuenta. Formalizarás los papeles para cubrir el expediente y punto. En realidad, no tendrás que encargarte de la criatura. Seguirá con nosotras. Tú, en cambio, quedarás empadronado en su habitación. Cuando la madre muera, vivirás allí solo. No hay —me mira— otra salida.

—Pues... —alargo el tiempo— habría que pensarlo. Estas cosas no se deciden de buenas a primeras.

En la cabeza solo tengo un pensamiento: Hay que largarse de aquí. Ya estoy tardando, no aguanto más esas miradas.

Mi presunta futura suegra se levanta de su silla.

—Piénsalo —hurga en el armario, saca un estuche—. Cuando muramos serán tuyos. —Abre la cajita, me la pone delante de las narices. Miro y veo como unas chispas de luz antes de que la cierre de golpe—. Ahora no. Después de que muramos...

No recuerdo cómo he salido a la calle. Me he apoyado en la farola... He recordado a Piotr: allí también había una vieja. ¿Se va a repetir conmigo el cuento? Y ese oro, y las piedras... ¡Joder! Ahora entiendo cómo se sentía.

He vuelto a la residencia. Me he metido en el catre, me he tapado de pies a cabeza, literalmente. Serguéi trae la tetera.

—¿Has pillado un resfriado?

—Me duelen hasta los huesos, —murmuro. Y no miento, me duele el cuerpo entero.

Voy caminando. En las manos llevo el papelito, el permiso para visitar viviendas. Solo que no tengo elección: coge lo que te asignan.

Me acerco, la puerta está abierta. Parece que me están esperando. La habitación es espaciosa, no hay muebles. Solo hay tres cofres. Su madre y las dos parientes se sientan encima, mueven sus agujas de tejer. Por el suelo están tirados los ovillos. No hay donde poner el pie.

Presento el papel.

—¿Cuál —pregunto— está libre?

—Esa de ahí. —Me señalan la puerta—. Instálate.

—¿Cómo? —me sorprende—. Si Antonina está dentro...

—Se ha mudado —me consuelan—. Para siempre. Esta es su chaqueta.

Miro y veo la chaqueta, solo le faltan las mangas. El hilo cortado cuelga, llega al suelo.

—¿Qué pasa con la criatura? —pregunto.

—La niña vivirá con nosotras, esta es su chaqueta.

De modo, pienso, que tengo una hija. He fijado la vista, la chaqueta es multicolor, hecha de hilos diferentes.

—¿Por qué —les reprocho— no usan un solo color? ¿Cómo se va a poner eso?

—Hay que aprovechar los restos. —Señalan el suelo—. Es lo que hay.

Miro alrededor y no hay ovillos, solo hilos, cortados, enredados... Cubren el suelo.

Quiero salir corriendo, pero la puerta me atrae como un imán...

Se me escapa un grito. He abierto los ojos. Está oscuro.

Los compañeros roncan. Serguéi, el vecino, se ha despertado.

—¿Por qué chillas?

Me he levantado, he ido hacia la ventana, allí solo quedan botellas vacías.

—No busques. —Cambia de costado—. Ayer acabamos lo que había.

Me meto en la cama. No estoy bien. Tendré una hija, pienso. Lástima, preferiría que fuera niño.

Eudocia vuelve la cabeza, mira a la puerta.

—Bueno... Lo importante es que está acordado. Aunque se ha ido pronto. Y ella guarda silencio. Está débil. No sé si aguantará. Como tenga que ir en persona para entregar los papeles...

—No se preocupe. —Salomón Zajárovich la tranquiliza—. Gennadi ha hecho una llamada. Han prometido ayudar. Dadas las circunstancias, es suficiente con que se presente el novio con los pasaportes de ambos.

—¡Ay —exclama Glicería maravillada—, qué bien te sale todo! No sabes cuánto te lo agradecemos.

—Soy yo quien tengo que daros las gracias. —Se encorva en su asiento—. Después de tantos años aún sigo soñando con aquello. No sueño con mi mujer difunta, no... —Tose—. Cierro los ojos y vuelvo a ver aquella reunión, aquel bosque de manos alzadas. Y las voces... Oigo sus discursos acusatorios.

—La mayoría —Glicería hace una mueca— seguro que habrá votado por fuerza. Era una mala época.

Se ha encogido de hombros.

—Claro —Ariadna interviene—. Si todos le conocían...

—¿Acaso sirvió de algo? —Cobra aliento—. En realidad, lo entiendo. Ya entonces lo entendía. Sin embargo, estaba ahí como atontado, pensaba: si son mis alumnos... ¿Será posible que ninguno se levante? No digo tanto como que votasen *en contra*, pero al menos *abstenerse*. Nadie se levantó. Pensaba que me moriría con este peso... Pero ahora —respira con dificultad— sé que me recuerdan.

Eudocia le mira.

—Tómese el té, está calentito. —Friega la taza—. Le irá bien para el picor de garganta.

—Y este tiempo tan malo, tan locuelo... —Ariadna habla deprisa—. ¡A estas alturas y nevando!

—Es que florece el cerezo aliso —dice Glicería—. Cada año coincide: florece y la temperatura cae en picado.

Ariadna mira por la ventana.

—La bajada de temperatura vale, pero la nieve...

—Sí... —Eudocia se vuelve hacia la ventana, observa los copos de nieve—. Lleva la bufanda mal puesta.

—Yo —Glicería se alegra— te haré una nueva para el próximo otoño.

Se ha dominado.

—Para empezar hay que llegar vivo al próximo otoño. Sí, otra cosa... Gennadi por su puesto ha prometido hacer todo lo que de él dependa. No obstante, os recomienda que lo penséis bien. Nicolás es joven, antes o después se casará...

—Para estos imprevistos —Eudocia alza los ojos—, aquí estamos nosotras.

—A eso me refiero. —Levanta el dedo—. Mientras viváis la niña no se quedará sin techo. ¿Y qué pasará después? He hablado con Nicolás. No es mala persona, pero es débil. Antes decían: un hombre sin nervio. Pasará por el aro le mande lo que le mande la esposa. En cuanto a los alumnos de los orfanatos, cuando llegan a la mayoría de edad tienen derecho a una vivienda. No es gran cosa, pero algo es algo. ¿Cuántos años tiene? Vaya... —Menea la cabeza—. Los niños de ahora no son como

éramos nosotros. A los dieciséis aún son pollitos indefensos. Lo juzgo por mi nieto. Veintiséis años ha cumplido, pero para según qué aún lo veo yo más verde...

—No pasa nada —Eudocia lanza una mirada corta—, lo hemos calculado. Con la ayuda de Dios, aguantaremos. Viviremos lo necesario.

—Bueno —se levanta—, eso ya es cosa vuestra. Entonces, llamad a Gennadi. Hará lo que pueda. Pero lo principal... Nicolás no os será de ninguna ayuda. No contéis con él. Pues no se llevó poco susto —cabecea—, vaya miedo que le habéis metido. Salió de aquí con la idea de que está embarazada. No es posible, dice, no ha habido nada... Me lo juraba y perjuraba.

—Antonina —Eudocia agacha la mirada— está empeorando. No come. Solo chupa el chocolate. ¿No será perjudicial?

—No, qué va. Ha de beber mucho. Infusiones, por ejemplo.

—Claro —asiente Glicería—. Podemos también hervir la fruta seca, lo que queda del otoño pasado.

—Cuando empiecen los dolores, haré las gestiones necesarias. Encontraremos una enfermera. Solo que —se ha turbado—, no del ambulatorio, habrá que pagar.

—¿Vendrá para inyectarle —Glicería arruga la nariz— el opio?

—Bueno... En fin, narcóticos.

—¿Y es —Eudocia se alarma— muy caro?

—No sabría decirlo. Antes eran cinco rublos por visita, ahora no sé...

—A lo mejor no ha cambiado mucho, ¿no? —Mueve los labios—. ¿Cincuenta cópecs? ¿Y si es del ambulatorio es gratis?

—Sí, lo es. Sin embargo, es más que posible que no le prescriban el medicamento. Es decir, no creo que le cubran el tratamiento. Es que necesitará cada día, y después dos inyecciones diarias.

—¡Señor! —Glicería agita las manos—. ¿Acaso escatiman el opio? ¡Y con este tipo de enfermos, por Dios!

Eudocia no escucha.

—O sea, ¿un rublo al día? —Hurga en el delantal, saca el estuche—. Mire... —Lo abre—. Queremos vender. Los pendientes son de calidad, antiguos. ¿A lo mejor para su hija?

Ha mirado, ha movido la mano como diciendo: como si tuviera tanto dinero.

—En tal caso —Eudocia no se rinde—, al menos ofrézcaselos a alguien. A nosotras seguro que nos timarán.

Se ha encogido de hombros.

—Lo intentaré...

Lo abre, mira otra vez, lo esconde en el bolsillo...

—Tú, Salomón Zajárovich, serás bienvenido a la boda —le invita Glicería.

—Os lo agradezco —sonríe—, a poco que la salud me lo permita... Sí, de hecho he de venir —se acuerda—, cuando sepáis la fecha, avisadme, Gennadi tiene coche

propio. Es que —se pone el sombrero— le he dicho que sois de la familia. Así que, mira por dónde, por fin somos parientes...

—Salomón —razona Eudocia— no tiene ni un pelo de tonto. Vaya, que somos de la familia...

—Es que —Glicería aprieta los labios— el parentesco no solo es por la sangre...

—Solo por la sangre —Eudocia se enoja, la atraviesa con la mirada—, no hay más que la sangre... No en vano se ha dicho: los enemigos del hombre serán los de su misma casa.

—Mujer, esto se refiere a una cuestión muy diferente... —Ariadna la corrige—. *El que no toma su cruz y me sigue, no es digno de mí.*

—Eso —ha levantado el dedo—, el que no le sigue a Él, no al demonio.

Se ha dado media vuelta, mira por la ventana.

Oscuridad. No hay allí más que demonios bailando.

El cielo es pesado, gris. Que nieve de una vez...

Suspira.

—Tengo miedo. Salomón tiene razón. Lo que hemos pensado no es más que una bobada. Vale, Nicolás ahora está asustado. Pero cuando se instale aquí, no se lo perdonará a nadie: ni a nosotras, ni a Sofía... ¿Por dónde se habrá metido? —La busca con los ojos.

—Está leyendo un libro —informa Ariadna orgullosa.

—¿Ella sola? Dios le ha dado el talento... Los hay que llegan a viejos y no leen más que a trancas y barrancas. Y esta, fíjate, ya lee sola.

Glicería lanza miraditas a Ariadna.

—Es independiente. Y a los dieciséis será toda una personalidad.

—Vamos —Eudocia se ha quedado sin fuerzas—, adelante con esas fantasías. Consolaos con la esperanza.

—Antaño —Glicería recuerda—, en los pueblos, esto del cáncer al parecer no existía. No se conocía ni por el nombre. Sufrían de tuberculosis, de enema, de dolor de muelas...

—Nadie —le replica Ariadna— se moría por un dolor de muelas.

—¡No creas! —se anima Glicería—. Una vez en el pueblo hubo un caso...

—¿Acaso —Eudocia no escucha— el cáncer es una enfermedad? Me he fijado hace tiempo, por ejemplo, en lo de la radioterapia. Lo mismo se hace a todos, pero uno de repente se cura y otro solo empeora. ¿Qué clase de enfermedad es si todo depende del hombre y no de las medicinas?

—¿Cómo que no es una enfermedad? Si afecta al hígado, a los pulmones... O al útero...

—Y para qué se iban a inventar una enfermedad si no lo fuera. Como si tuviesen poco con todas las demás que también matan.

—No pasa nada. —Glicería tapa la masa—. Si se pone gallito, sabremos meterle en cintura. Tal vez —se limpia las manos— de veras es un buen hombre... Al

parecer, a Salomón le ha gustado. Ha dicho que tiene buen corazón, pero que es débil.

—Ya los he visto de sobras. —Eudocia pone la sartén en el fuego—. A los buenos, a los débiles... Aquel, por ejemplo, el amigo de mi hijo. Venía a casa. Se sentaba con nosotros a la mesa. Era bueno, pero cuando ocurrió lo que ocurrió, se esfumó. Al principio no lo capté. Imaginé que a él también le habían arrestado. Era huérfano. Pensé que al pobre nadie le llevaría provisiones a la cárcel. Hice un paquete, fui...

—¿Te lo aceptaron? —Gliceria se sorprende.

—No interrumpas, primero escucha. Pasó un tiempo y un buen día me crucé con él por la calle. Me alegré tanto... Le llamé por el nombre, se llamaba Vladimir. Cuando me vio, se apartó de un salto, como si hubiera visto a una rata.

—Entonces —sentencia Ariadna—, es que siempre fue así. El que es bueno siempre lo es. Mi hermano también tenía un amigo. Servían en el mismo regimiento. Mi hermano era oficial y Serguéi un voluntario. Cuando empezó la hambruna nos visitaba a menudo. A mi padre le dejaron de funcionar las piernas. Así que ahí me tienes a mí, sola, con un niño pequeño. Serguéi nos ayudaba: traía arenques, leña. Y esto a pesar de que tenía su propia familia. La verdad es que no tenía hijos. Mi padre guardaba unos rublos de oro. «¡Cógelos, Serguéi!», pedía y el otro solo sonreía: «¡Déjelo!». Desapareció en mil novecientos veintiuno. Se enterarían de que había servido en el ejército.

—Creo que a los voluntarios —Eudocia rememora— los habían perdonado, ¿no?

—Ya le habían ascendido —explica Ariadna—. Pasó el examen de alférez.

Eudocia entra en la habitación.

—¿Quién ha venido? —pregunto—. He oído que han llamado a la puerta.

—La vecina, la de la puerta de al lado. Se encontró con Gliceria por la escalera. Gliceria es peor que la radio. Se lo cuenta todo. Pues la vecina te ha traído confitura, ha dicho que es especialmente para Antonina. Es de manzana. Se la mandaron unos parientes, de Krasnodar...

—¿Eso por dónde queda?

—En el sur, supongo. No sé mucho de las ciudades. Toma. —Me acerca el platillo—. Pruébala. Nosotras ya la hemos catado.

Es de manzanitas pequeñas, arrugadas... He cogido una por el palito, mástico. No siento el sabor. Será que están buenas cuando son frescas...

ARIADNA

SALOMÓN ha desenvuelto una hoja de periódico. Calcula los billetes. Eudocia no aparta la mirada.

—Ay —se queja—, me he perdido. Estoy fatal de la vista. Parece que hay demasiado. Calcúlalo tú mismo.

Ha recogido los billetes, los ha reunido en un fajo.

—Son ochocientos.

Eudocia alarga la mano. Se queda petrificada.

—¿Cuánto, cuánto? —vuelve a preguntar.

—Para mí también ha sido una sorpresa. Ha sido gracias a Gennadi. Ha operado a una paciente. Nada grave. Resulta que su marido es anticuario. Ha sabido valorarlo.

—Dios le guarde. —Glicería se santigua—. Vaya, ha resultado una persona honesta.

—¿Quién? ¿Gennadi?

—No, no —se ha asustado—, claro que no. Me refiero al otro, al marido. Podría haberle engañado.

—A nosotros, los médicos —se ríe—, rara vez nos engañan.

Eudocia le pasa el fajo a Ariadna.

—Va, escóndelo —susurra. Trajina por la cocina, lanza miradas a Salomón—. ¿Te apetece un té? Y tenemos confitura.

Ariadna sigue sentada, como si la hubieran enganchado a la silla. Eudocia la mira, le hace gestos, nada.

Toman el té. Glicería lo acompaña a la puerta.

Ariadna los sigue con la mirada.

—Creo que es demasiado dinero...

—Muchísimo —Eudocia le hace eco—. Bastará para todo, para las inyecciones, para cualquier cosa... Hemos tenido suerte. Yo —entorna los ojos—, lo confieso, enseguida me he dado cuenta, pero he decidido no comentarlo con Salomón delante. Supongo que ese marido pensó así: el doctor enseña los pendientes...

Ha vuelto Glicería, escucha la conversación.

—Para el anticuario es un alivio. Por muy rico que seas, calentar la mano así por las buenas es incómodo, ¿no? Con los pendientes parecía que el doctor le daba como el visto bueno. Ojo —amenaza con el dedo a Glicería—, ¡ni una palabra a Salomón!

—¡No soy tan tonta! —se ofende—. No le diré nada.

Ariadna permanece sentada.

—Me da vergüenza. Como si nos quedáramos con dinero ajeno.

—¡Mecachis! —No ha sabido dominarse—. Si una por una vez se porta como una adulta, la otra se vuelve idiota. ¿De qué piensas vivir? Vamos, ve a devolverlo. No importa, somos ricas... Podemos —señala la pared— vender el televisor. Yo no lo necesito. En cambio tú te pasas el día pegada a la pantalla.

Ariadna solloza, se va.

Glicería mira cómo se agitan sus hombros, se apena.

—Oye, Eudocia Timoféevna. ¿Es que no tienes corazón? Ve la televisión porque tiene esperanza, cree que algún día los verá...

No abre la boca, está enfurruñada.

—Haced lo que queráis. Vendedlo todo. Llevadlo al mercado. ¿Qué os dan tres rublos? ¡Perfecto!

Glicería sigue a Ariadna, se sienta a su lado.

—No llores —la consuela—. Su riqueza... no la ha ganado trabajando. No hay trabajo para ganar tanto. Seguro que ha sabido sacar mucho provecho del sitio. Míralo como una ayuda que nos manda Dios.

—Yo —levanta la cabeza— no quiero este dinero sucio. Incluso si Dios lo ha mandado, no voy a aceptarlo.

—Ay, Señor. —Se santigua—. Humilla tu orgullo. No estamos en posición...

—Eso es asunto mío —dice—. Veré a mi padre en el más allá... y ¿qué le diré? ¿Qué he trocado su regalo por dinero manchado de sangre, reunido cuando la ciudad entera se moría de hambre?

—Bueno —desiste Glicería—. Pensar es cosa vuestra. Yo no digo nada más.

Eudocia entra.

—Huele mucho. A medicamentos. Habría que airear... ¿Te pongo la infusión?

—No quiero. —Se vuelve cara a la pared—. No quiero nada.

—¿Un poco de leche? ¿Quesito fresco? Es bueno, tierno, suave. Así no puedes seguir: solo vives de chocolate.

—Ponga el televisor —susurra.

—¡Señor! —Agita las manos—. Si estás todo el día que no apartas la vista... ¡Anda! ¿Y esto qué es?

—Lo ha traído Susana.

El piso de papel está encima de la mesita.

—¿Lo ha hecho ella sola? ¿Sin ayuda?

—Sí. Ha recortado de papel los copos de nieve, están por todas partes...

—Es bonito... —Eudocia mira alrededor—. Como si fuera invierno.

—Si pasara cualquier cosa —pide—, no olviden mi deuda. Son doscientos cincuenta rublos, ya le he pagado cien.

—Pero —Eudocia se pasma— si va a ser tu marido.

—No. —Por un instante, la mirada se vuelve radiante—. Devolvedle hasta la última moneda. El televisor será de Susana.

Eudocia va a la habitación de Ariadna. Cierra la puerta.

—Escucha...

La otra ha escuchado.

—Bueno... —asiente—. Entonces es su voluntad.

—Pero es que nos quedaremos sin nada. Si se lo devolvemos, ¿de qué viviremos?

—Tal vez —reflexiona— se sienta incómodo y no acepte.

—¿Él?

Eudocia se levanta y se va.

La abuela Glicería se asoma a la puerta.

—¿Cómo estás? ¿No tendrás frío? Hemos decidido calentar un poco el piso. Echaremos leña al fogón. Abriremos las puertas: aquí entrará el aire calentito. Corre —se dirige a mí—, recoge tus copos de nieve, si no se desharán con el calor.

Mamá la llama con la mano:

—Siéntese —le pide—. Qué agobio, Glicería Egórovna. Me muero, y es como si no hubiera vivido.

—Entonces vive —suspira—. Tienes una hija.

—Cierro los ojos y solo veo cubas, cubas... Los puñeteros lingotes... Otros al morir seguro que sueñan con otra clase de cosas. Antes también soñaba: voy a casarme, el novio me regalará un anillo. Nunca en la vida he tenido un anillo de oro.

—Quién sabe, a lo mejor te lo regala.

—Ya. —Sonríe tristemente—. Como mucho en el otro mundo... Veo la tele —susurra—, qué vida más buena tienen... Tan armoniosa y cordial. No es como la nuestra.

—¿Quiénes tienen esa vida?

—No sé. —Aparta la mirada.

La abuela Glicería llama.

—Ven a sentarte a la cocina. Mamá necesita dormir un poco. Que descanse.

—Tengo miedo, Glicería Egórovna... Es para siempre. Y de pronto pienso: ¿y si solamente me durmiera? Para despertarme luego... Veré a Gregorio —susurra—. Este, el del piso de juguete, se le parece mucho. Estoy aquí y me imagino una habitación con la mesa en el centro. Los dos hemos regresado del trabajo, nos sentamos a comer. La sopa, el estofado... Tan claro lo veo que casi percibo el olor. Y entonces, por el olor, siento náuseas. Será que el alma no acepta la comida humana.

—Tú —trata de consolarme— procura no pensar. El Señor se ocupará de todo, lo arreglará de la mejor manera. Hay paz y tranquilidad en el otro mundo. Verás a todos aquellos de los que te despediste. Pocos son tus pecados... Que tiemblen otros, aquellos a quienes les espera la hoguera del infierno.

—A mí, Glicería Egórovna, me gustaría vivir en la época del comunismo. Verlo aunque sea por un instante. Qué suerte tienen los que vivirán para verlo...

—Ay, hija —manotea—, falta mucho todavía. Prometían antes de la guerra que...

—Antes de la guerra calculaban el tiempo a ojo. Ahora lo saben seguro: será dentro de veinte años. Todo, dicen, será diferente. Hasta la colada la harán las máquinas...

—¡Qué dices! —se pasma—. ¿Dónde? ¿En la calle? ¿Igual que las máquinas que limpian las calzadas? Pero se les mezclará toda la ropa. Jamás se aclararán.

—No, en la calle no. Las pondrán en las viviendas.

—¡Madre mía! ¿Arrastrarán una máquina a la vivienda, al piso? ¿Dónde la pondrán?

—Bueno —mira el piso de papel—, tal vez en la cocina...

—¿Y cocinar? ¿Dónde cocinarán? ¿O es que está previsto el mantel maravilloso que sirve la comida? Como en los cuentos. —Sonríe.

—¿Para qué necesitan cocinar? —dice muy seria—. Se cocinan las patatas, la sopa... Ellos comerán bombones de chocolate y no tendrán que cocinar.

—¿Bombones para todos? —No acaba de dar crédito.

—Para todos —asiente.

—¿Qué pensiones cobrarán entonces para aprovisionarse cada día de chocolate?

—Es que no habrá pensiones.

—¿Ninguna? —Se ha asustado—. ¿Como antes en los koljós? ¡Dios nos proteja! —Se santigua—. ¿Lo quieren repetir de nuevo? Ojalá me muera antes...

—No existirá el dinero. Lo cancelarán, lo retirarán.

—¿Cómo es posible? ¿Y los alimentos? ¿Con las cartillas de racionamiento? ¿Y las telas?

—Han prometido que todo se dará gratis. Cada uno cogerá tanto como quiera. Todo —mira al rincón— estará organizado de otro modo. Yo —susurra— creo que lo enseñan por la tele como por adelantado. Aunque aún usen el dinero, ya se ve que la gente es distinta. Miro y no paro de admirarlos; son diferentes, no se parecen a nosotros. Son buenos, alegres. Van contentos a sus fábricas y todo les sale bien. Y en casa la vida es humana.

—¿Dices que todos son buenos? —Glicería vuelve la cabeza hacia el televisor—. ¿Dónde entonces estarán los malos?

—No los habrá, no habrá ninguno.

—Sin malos solo puede ser en el paraíso...

—Eso es —asiente—. Es lo que pienso: el paraíso es como en la tele. Antes no me lo creía. Y ahora creo que existe. Cuánto me gustaría acabar allí...

—Pues —Glicería se seca las lágrimas— seguro que irás allí. Confía en mi palabra. Quién si no tú se lo merece... Será como en el televisor. Si lo presentan así, es porque saben cómo es.

Ariadna ha arrugado la hoja del periódico. Sin el papel no se encenderá. Se ha acurrucado, acerca la cerilla. El papel se retuerce y se enciende.

Eudocia coge el hurgón, mueve el fuego. Del fogón sale el vapor, la leña cruje.

—Qué a gusto se está al lado de la estufa... —Las mejillas se sonrojan—. De joven me sentaba enfrente. Miraba al fuego...

—Yo también —se alegra Ariadna—. Mi padre solía reñirme. «¿Qué haces ahí con la mirada clavada? Diviertes a los demonios».

—¡Qué dices! —Eudocia manotea—. ¿Acaso saltan los demonios por las estufas? Sofía está ahí, escucha.

—Una vez —Ariadna se vuelve— vi a uno. Tan bien como te estoy viendo a ti.

—¿Cómo? —se asombra Eudocia.

—Como te lo digo. Ocurrió hace mucho, figúrate que yo aún iba al colegio... Justamente fue una vez al volver de clase. Mi hermano, que entonces estudiaba en la facultad, había invitado a unos compañeros. Fui a mi habitación, el tabique era muy fino... Su habitación estaba al lado de la mía. Oí risas... En ese momento vino nuestro portero, Arjip. Se encargaba de calentar las estufas. Metía la leña y prestaba el oído, igual que yo. «Los señoritos se ríen. No saben hacer otra cosa». Se fue. Abrí la portezuela, miré al fuego...

»De repente vi una llama pequeña. Se oyó un crujido como cuando salta una brasa. *Él*. Pequeño, vivaracho, manitas arrugadas, frotándose las palmas... Estaba asustada pero a la vez sentía curiosidad. No podía quitarle la vista de encima mientras él correteaba por el suelo, se reía, levantaba la cabeza hacia mí...

—¿Y? —Eudocia se impacienta—. ¿Qué pasó después?

—¿Después? —Se recobra de su ensoñación—. Nada. Desapareció.

—¿Seguro que no lo soñaste? De cualquier modo, haber rezado una plegaria a la Virgen, por si acaso.

—En aquel momento no éramos creyentes. A mí me encantaba la poesía, mi hermano estudiaba filosofía. Traía los libros y los ocultaba para que papá no los viera. Hasta cuando se marchó a la guerra los puso en el bolso. «Para tener algo que leer», dijo, «si hay un momento de calma...».

—¿Le reclutaron? —Apoya el hurgón contra la pared.

—No. Fue voluntario. Obtuvo una condecoración al mérito militar. Papá estaba orgulloso. Vino una vez de permiso, contaba: «No vivo en el cuartel, pero los soldados me quieren. Les trato con toda cordialidad».

Eudocia se sonríe maliciosamente.

—¿Y qué le dijo tu padre?

—Estábamos almorzando. El padre arrojó la servilleta. «¡Estúpido!», gritó. «Esas universidades os trastornaron las mentes. Vaya juguete se ha inventado: ¡el rústico! ¡Tu rústico se venderá a sí mismo por un cópec, y a ti por un quítame allá esas pajas!».

—¿Y qué le contestó tu hermano? —se interesa Eudocia.

—Le contradijo: «Usted, padre, no tiene razón. El rústico cree en Dios. Su moralidad es infantil, natural, hay que tratarles con bondad». Mi padre le miró y contestó: «No he ido a vuestras facultades ni tampoco he leído vuestros libros. Pero

yo mismo soy rústico. Mi padre era siervo, yo pagué el rescate. A ti, so burro, te rescaté en mil novecientos cinco».

—¿Y eso? —se extraña.

—Mi hermano fue a una manifestación. Con otros estudiantes. Papá fue a la comisaría, habló con el jefe.

—O sea que pagó, ¿no? Qué tiempos aquellos...

—Servimos el té, y mi padre otra vez: «Conozco bien a tus rústicos. He visto bastante durante la vida y escucha lo que te voy a decir: los judíos al menos vendieron a Cristo por dinero; nuestro rústico, si le surge la ocasión, venderá a quien sea por nada. Solo por fanfarronear mientras está borracho. Y encima se jactará de cómo lo ha hecho... Es porque no cree, sino que teme. Y toma su miedo por fe. Así lucha el miedo contra las baladronadas. Lo que gane determinará el futuro. Por ahora», dijo, «el miedo le frena. En cuanto desaparezca el miedo, se caerá todo. Y entonces, ¡sálvese quién pueda!».

»Mi hermano le respondió: “El miedo, padre, humilla al hombre. El rústico también es humano. Esto” dijo “es la ley natural...”. Papá apartó la taza, suspiró: “Sufiréis en la vida, pasaréis apuros. La única ley a la que el rústico sigue dice: lo hacían nuestros abuelos, lo hacían nuestros padres, nosotros también lo haremos. Y los abuelos a lo mejor eran unos bandidos sin escrúpulos, salteadores de caminos... Sacrificaban almas inocentes...”.

—¿Y qué fue de tu hermano? —la apremia Eudocia.

Ariadna ha cogido el hurgón. Mueve las brasas. Las llamas son vivas, altas. El calor seco. Las lágrimas se secan por sí solas.

—Le mataron. En mil novecientos diecisiete. Hubo disturbios en el cuartel. Los oficiales se encerraron, no se atrevían a salir. Él dijo: «Iré a hablar a los soldados, me conocen bien». Se subió a un barril. «¡Hermanos, hermanos!», gritaba. Le colgaron de los pies... Nos informaron pasado un tiempo. Papá cuando lo supo no descansó en toda la noche; medía la habitación a pasos, murmuraba: «Se lo dije, al muy estúpido». Por la mañana cayó enfermo: le dejaron de funcionar las piernas. «No siento las piernas», decía.

Glicería entra en la cocina.

—Antonina dice que pronto cancelarán el dinero. Ya queda poco.

Eudocia se vuelve.

—¿Cómo que cancelarán? ¿Otra reforma? ¿Cuándo lo han anunciado? Ayer fui a comprar, no hubo jaleos. En estos casos la gente lo primero que hace es comprar todo lo que hay, se aprovisionan...

—Que no —explica—. Les han contado en la fábrica...

—¿En qué fábrica? —Se lleva la mano al corazón—. Si no va al trabajo. Ya son tres meses que no se levanta de la cama.

—Dios mío —Ariadna palidece—, nuestro dinero... Un importe tan grande no lo cambiarán. Otra vez un rublo por diez...

—Es que —Glicería intenta decirles—, es por...

—¡Así que de esto se trataba! —Eudocia tira el hurgón—. El anticuario no sobornó sino que se libró de billetes sin valor. Y nosotras... ¡Mecachis! —Se sienta en el taburete—. Es el fin. Bien... —Intenta levantarse—. Vamos, preparad los sacos. Habrá que comprar latas, si es que todavía quedan. La gente habrá ido corriendo por la mañana temprano. Con un poco de suerte, aún habrá pescado enlatado... O este, como se llama, cangrejo...

—Ay, que no —Glicería casi llora—, que no es ninguna reforma. Es como su futuro: el paraíso... Lo representan por la tele. Antonina, la mártir, no para de soñar...

—¿Cómo? —se pasma—. ¿El paraíso? ¿Para ellos? ¡Jamás! Se sabe adónde irán...

—Es que —interviene Ariadna— ni ellos mismos se lo creen. No creen en el paraíso.

—No es cierto —Glicería se opone—. Todos creen en el paraíso. ¿No los ves en las manifestaciones? Enarbolando sus trapos, los muy demonios. Llevo tiempo pensándolo: con las pancartas han sustituido a los confalones.

—¿Y qué? —Eudocia se enfurruña—. Son demonios, diablos, de eso no hay duda. Así que sus confalones son demoníacos.

—Tú lo has dicho: demonios —triunfa—, y los demonios se acuerdan del paraíso.

—Vale. —Eudocia vuelve a sentarse—. Por poco me da un ataque al corazón. A nosotras su paraíso ni nos va ni nos viene... Aunque me pregunto si —calcula— no valdría la pena salir a comprar. No está lejos.

—Son las siete —dice Glicería—. Las tiendas están cerradas. Lo que sí podríamos hacer es hablar con la vecina de arriba.

Eudocia la fulmina con la mirada.

—¡Te has vuelto majara! Dirán que propagamos rumores...

—¿Y si voy con la taza vacía, con la excusa de que se nos ha acabado el azúcar? —dice.

Eudocia rumia.

—De acuerdo —decide—. Pero que vaya Ariadna. Tú si vas acabarás soltando otra tontería...

—Aquí está. —Ha vuelto, trae la taza llena de azúcar—. La vecina ha sido muy amable.

—¡Gracias a Dios! —Eudocia se santigua—. Nos hemos hartado de esperarte. Eres más lenta que una tortuga coja. Vale, son las nueve y algo. Hay que cenar.

Ha colado las patatas.

—No habrá —dice— paraíso para aquellos. Que ni lo sueñen. Y tú —se dirige a Glicería—, en el futuro, primero averigua bien y después habla.

—Es que —Glicería se justifica— no lo he entendido del todo. También tendrán máquinas para hacer la colada. Dicen que las pondrán en la cocina. No me figuro

cómo las subirán.

—No es cosa nuestra. —Eudocia machaca las patatas. Las rocía con el aceite vegetal—. Eso es para los que mandan, los jefes. Tienen pisos espaciosos. Que se aclaren con sus máquinas.

—Tú —Glicería baja la mirada—, si vuelve a hablarte de ese paraíso, hazle caso, síguele la corriente. Que le dure la ilusión hasta el final. Dios ve la verdad y sabe perdonar.

—¿Acaso me estás dando clases? —Eudocia aparta el plato—. Como si fuera una fiera desalmada. Lo comprendo...

La abuela Glicería remete la manta, se sienta.

—Qué cruel es la vida... Disfruta mientras eres pequeña. Quién sabe qué te depara el futuro... Vale. —Se ha secado los ojos—. De todo ha de haber en la viña del Señor. Los malos viven como si nada, como si no supiesen. Otros lo entienden todo. Solo que no hablan.

Se deshace las trenzas.

—Qué olvidadizas somos las dos. Se nos ha pasado y ahora, ¿ves?, se ha enredado. Podrías haber traído el peine, así me hubiera acordado. Vaya... Bueno, poco a poco lo arreglaremos. Aguanta y escucha...

Se aflige y plañe el alma, ay, Nuestro Salvador, ante tu efigie, cuán doloroso es del cuerpo despedirse, emprender vuelo a los lejanos cielos, al más allá de los tres altos montes. Tras el primero hierva la brea, la brea negra, negra y pegajosa. ¿Acaso quieres, alma, en brea ahogarte? Y el alma llora, llora y se debate.

Oyéndola, el Señor quiébrase en llanto. A dos ángeles manda que la busquen. Y mientras andan por celestes sendas, crúzanse con el alma, cógenla de las manos. ¿Por qué tú, alma desdichada, pasas de largo frente al paraíso?

Ella se aflige, agacha la cabeza. Habla a los ángeles, cuéntales su pena. Jubiloso sería entrar entre cipreses al paraíso que mi ser anhela, mas pésanme los pecados que aún no obtuvieron perdón. ¿Y cómo yo, pecadora, podría alegrarme en Dios? ¿Y cómo yo, condenada, puedo alegrarme en su amor?

Los ángeles le responden. Seca tus lágrimas, alma, y pon fin a tu congoja. Pues si vivir en la tierra nuestro sino hubiese sido, ¿acaso nos el pecado no habríamos conocido?

... El sendero es poco profundo. El agua corre, juguetea, solo que es muy turbia. Bajo por el pasadero. No importa, pienso, que sea turbia, calmaré la sed. Nada más agacharme lo he visto: por el fondo están desparramados los anillos. Me he maravillado, me he llenado la mano. Ahora, me alegro, elegiré uno, de oro... He abierto el puño, los anillos se escapan. Saltan, saltan igual que las ranas. Recuerdo que, de niña, metías la mano debajo del tronco hundido, allí anidaban. Encontrabas

varias a ciegas, cogías un puñado y se te escapaban saltando por todos lados... ¿Qué lugar es este dónde los anillos sustituyen a las ranas?

Levanto la cabeza: una montaña alta. En la cima está la torre. Se alza hasta el mismo cielo. Y también oigo la radio, suena alto, desde arriba, en el mundo entero se oye.

Pero si es Moscú, adivino. He sentido tanto júbilo... En Moscú vive el doctor. Curará a Susana de la mudez. Hay que encontrarle, hay que preguntar a la gente. El pasadero está seco, liso. Camino, miro por todas partes. Veo a una mujer agradable. Se parece a Zoia Ivánovna.

Me acerco a ella. Le explico el caso. Me escucha y dice:

—Pero ¿dónde está su hija?

—Está —digo— en casa. Es que no va al jardín de infancia, la cuidan las abuelas. He venido —digo— yo sola, para casarme.

La mujer se ha alegrado mucho.

—¿Por qué no lo ha dicho desde el principio? —pregunta.

—Me he azorado —respondo—. Y el novio se ha demorado. Ojalá no se haya perdido.

Se ríe.

—¡No puede ser! Aquí no llega más que un camino, no tiene pérdida. Ahí —señala— está la puerta.

Miro con atención: es verdad, hay una puerta, pero es de cristal y no tiene hojas batientes.

—¿Para qué —dice— necesitamos las hojas? Nuestra puerta es especial. Se abre por sí sola. Para aquellos que creen.

Veo que entra un coche. Una especie de oleaje recorre la puerta, se arremolina la superficie que, tras el paso del coche, se vuelve a ver lisa. El coche también es especial: no tiene ruedas.

—Esto es una máquina de lavar —explica—. Antes a los muertos los lavaban a mano, ahora se hace a máquina.

—¿Y qué pasa con la enfermedad maligna? —pregunto.

—Se ha lavado —me consuela—. Aquí no hay enfermedades.

Vaya, pienso, ojalá hubiera venido con Susana... No le habría permitido que llevara el delantal, el de la tela con amapolas. Qué tonta soy. La muerte me daba miedo. Y resulta que la muerte es más alegre que la vida...

Oigo un ruido subterráneo. La montaña vibra. Se me escapa un grito. Abro los ojos. Veo a Gliceria.

—Despiértate —me llama—, es la hora. Pronto vendrá el coche. ¿Qué vas a ponerte? ¿Saco la falda?

—No —digo—, el vestido de amapolas.

Sale a la cocina, anuncia:

—Calentad la plancha. Ha pedido el vestido nuevo, no quiere ponerse la falda.

Nada más he cerrado los ojos, otra vez Glicería llama.

—Levántate —me apremia—, venga. Aquí están las medias y las bragas.

Me lo pongo todo a duras penas, ahora el vestido. Desabrocho los botones, los dedos no me obedecen. Por fin me lo he puesto, de cualquier manera. Glicería me mira, solloza.

—Voy —esconde la mirada— a ver los zapatos. Habrá que limpiarlos...

—No puedo —lloriquea—. Está tan enflaquecida... Pálida como la muerte misma. Es como vestir a un muerto. Encárgate tú, Ariadna, haz el favor.

Viene Ariadna, trae el peine.

—Vamos a peinarte, ¿de acuerdo?

Agacha la cabeza, no me mira a los ojos. Pasa el peine; me duele. La piel de la cabeza duele.

—Por favor —le pido—, separe los mechones.

—Es que —se le cae una lágrima— ya no se puede, está enredado.

—No importa —asiento—, no pase pena. Me cubriré con el pañuelo.

Hemos salido al recibidor. Eudocia me acompaña. Veo que en la puerta hay un hombre, más bien joven, de buena presencia.

—No se preocupen —dice—. Quédense en casa tranquilas, está en buenas manos, cuidaré de ella.

Bajamos la escalera, me ofrece el brazo para que me apoye. Es bueno, pienso, educado. Me ha acompañado al coche.

—¿Dónde se sentará? —pregunta—. Atrás estará más cómoda.

El motor zumba, zumba... Me siento calentita, alegre. Otra vez aparece la mujer de antes. Se me acerca.

—¿Qué —pregunta—, ha llegado tu novio?

Y de repente se me ocurre: ¿y si todavía está vivo? No lo sé con seguridad, no he ido al juicio. Ella se ríe.

—Ahí está, baja a buscarle...

El corazón late: es él, Gregorio. Camina, la mano se desliza por la barandilla. Los ojos son negros, alegres. Como entonces, como cuando estaba vivo.

Se me ha acercado.

—Te he traído un regalo —dice.

Abre la mano y allí está el trapito. Lo desenvuelve y dentro veo mi dedo cortado con un anillo de oro encima...

—¿Se ha dormido? —Abro los ojos: el hombre ha vuelto la cabeza, me habla—: Hemos llegado. La ayudaré a bajar.

He salido del coche, Nicolás está aquí. Me coge del brazo. Camino y pienso: No es verdad. Mi boda se celebra en otro lugar.

El hombre me dice al oído:

—Si siente vértigo o algo así, hágame una señal. Traigo medicamentos.

He firmado en el libro. He sentido que me mareaba. No recuerdo cómo he llegado al coche. Se acabó, pienso. Gracias a Dios. Ahora veré la torre... Allí comenzará mi vida, allí está mi marido...

SALOMÓN

ABRE Eudocia.

—Santo cielo —se alarma—, está blanca. Hay que acostarla.

Los ojos oscuros, hundidos. Como trazados a lápiz negro. Está cogida del brazo de Gennadi.

—¿Ha llegado Salomón Zajárovich?

Asienten: Sí, está aquí.

La han dejado en la cama, Gennadi sale de la habitación.

—Entro a saludar —dice— y me voy corriendo al trabajo.

—Quédese a comer —le invita Glicería—, la mesa ya está puesta.

—Gracias —rehúsa—. Tengo guardia en el hospital. Llego tarde. No se alarme — señala la puerta—, es por la inyección. Dormirá un poco, le sentará bien.

Nicolás también espera en el recibidor, se cambia de pie. Ariadna se dirige a él, le invita con la mano.

—Acompáñeme —le pide—, Nicolás. He de comentarle un asunto.

Eudocia ha mirado, se ha acordado: hay que hablar con Gennadi.

Sofía se asoma por la puerta. Glicería manotea: Vete, no es el momento.

Frío, qué frío. Y la cabeza como de cristal. ¿Dónde estoy?, pienso. Y los copos de nieve de papel por todas partes... De repente me acuerdo: es mi boda.

Eudocia habla con Glicería, casi susurra.

—Ya está —dice—. Lo ha rechazado. He ido adrede, para que Salomón sea testigo. Es su maestro, he pensado que con Salomón delante le daría vergüenza. He dicho que es demasiado dinero por aquellos pendientes, que el anticuario pensaba en otra cosa, que quiso darle así las gracias.

Glicería lanza una mirada bizca a la puerta.

—¿Y él?

—Se ha sonrojado. Lo ha rechazado. Ha dicho que no, que no podía ser.

—Bueno, menos mal. —Glicería se alegra—. Si no puede ser es que no puede ser. Se lo diremos a Ariadna. Con esto su alma quedará tranquila. Le había sentado tan mal...

Vuelve Ariadna. Ha hablado con Nicolás.

—¿Qué? —la interrogan—. ¿Lo ha rechazado?

—Lo ha cogido. —Se siente avergonzada—. Todo, hasta la última moneda. Incluso lo ha recontado.

—¿Y qué tal —dice con sorna Eudocia—, le ha cuadrado? Vale —corta por lo sano—. Luego hablaremos. Ahora se ha de celebrar la boda.

Han llenado las copas. Las sillas para los novios están una al lado de otra. En la copa de Sofía el agua con azúcar.

Ariadna mira a Salomón.

—He ido a despertarla. Dice que lo celebremos sin ella.

—O sea que —Eudocia levanta la copa— felicidades, Nicolás, por haber contraído el matrimonio legal.

Él apura la copa de vodka.

Glicería habla con Eudocia, casi le susurra.

—Deberíamos retirar el servicio. No está bien, el plato vacío en la mesa es cuando la comida de exequias.

El novio llena la copa, la acaba. Los demás solo prueban un poco.

—Coma usted, Nicolás. —Eudocia le acerca la ensaladilla—. Aquí está el arenque salado.

Engancha uno con el tenedor y, sonriendo con malicia, dice:

—No recele, Eudocia Timoféevna. Cumpliré con lo prometido. No me echaré atrás.

—Por Dios —Glicería se sonroja—, no le hemos faltado el respeto...

—Yo —mira a Eudocia— soy un hombre honrado. Soy dueño de mi palabra. Y bien —se vuelve hacia Salomón—, ¿dónde están los papeles de la criatura? Venga, traigan, firmaré todo de una vez.

—Ya está bien —le ataja Eudocia—. Hoy celebramos la boda. Sírvase.

—¿Así que la boda? —El novio mueve el dedo—. Puede que hasta sea verdad... ¿Y qué, han preparado tortitas?

—No, de eso no tenemos —Glicería se afana en complacerle—, pero patatas sí. Están arropadas con almohadas, para que no se enfríen. ¿Se las traigo?

—Bueno... —Ha apurado la tercera copa—. Ya que estamos... Traiga.

Eudocia lanza una mirada rápida a Salomón.

—Nos han dado una prescripción, Salomón Zajárovich. Échale un vistazo, que no entendemos lo que dice. —Le invita a salir.

Los dos han salido al pasillo.

—Y bien, ¿cuándo recibiremos los papeles? —pregunta Eudocia.

—Gennadi se encarga de la gestión. Han prometido que para dentro de dos semanas.

Eudocia mira a la puerta.

—Cuanto antes mejor. ¿Ha visto lo que pasa? Se pone chulo. En cualquier momento nos hará una jugada...

—Bueno, el hombre ha tomado una copa de más. Está nervioso. Lo que sí está claro —entorna los ojos— es que habría que darle prisa con la mudanza.

Eudocia asiente.

—Claro que sí, ahora se puede. Le prepararemos la habitación. Que se instale...

—A ver —Nicolás se ha puesto alegre—, hemos brindado por los novios. Ahora es su turno... Que su vida sea abundante y feliz. Brindemos por eso.

Alarga la mano para brindar con Salomón.

—No vendría mal un poco de música. —Mira alrededor—. Qué pena que no tengáis, la música alegra cualquier momento. Jamás —se frota un ojo— pensé que la vida daría este giro... A que están pensando que he aceptado a cambio de la habitación, ¿eh? Pues se equivocan. ¿Acaso me importa la habitación? Soy humano y como humano he sentido pena...

—Nadie le culpa... —Glicería se aflige.

—O tal vez —dice él sin escuchar— sí es por la habitación. Vete a saber...

Salomón Zajárovich se levanta.

—He de irme.

—Vaya. —Nicolás le amenaza con el dedo, aprieta el pecho sobre la mesa—. Tú seguro que no me tienes respeto. A que estás pensando: A este tonto le han acorralado, le han puesto entre la espada y la pared, ¿eh? Pues también te equivocas. Lo he decidido yo mismo. Por mis propias razones. Porque la verdad me lo manda. Por la ley humana. Nadie me ha mandado...

—Déjelo. —Salomón hace un mohín—. Nadie le echa la culpa de nada.

—¡Ves! —Va a más—. ¿Por qué habrían de culparme? ¿Qué culpa tengo yo?

Glicería se levanta.

—¿Alguien —mira a todos— quiere patatas?

—Tú, por ejemplo —Nicolás no la oye—, has vivido tu vida. Eres un hombre listo, judío... No —manotea—, no te enfades. No he querido ofenderte, lo digo con respeto. Pero —levanta el dedo— ¿cuál es la verdad? La verdad es que tus antepasados han crucificado al Cristo, a nuestro Dios. Y Dios, nada, os perdonó con creces...

—¡No me diga! —Salomón se burla—. ¿De dónde ha sacado esa información?

—¿Acaso no es cierto? —Frunce el entrecejo—. Os dejó la inteligencia, primero. La astucia, segundo. —Dobla los dedos—. Estáis juntos, os apoyáis unos en otros. Uno está en apuros, todos vienen corriendo a ayudar. No sois —resopla— como nosotros...

—¿Qué vosotros ni qué nosotros? —Tuerce el semblante—. ¿Acaso somos unas fieras?

—No-o-o. —Le apunta con el dedo—. Es distinto. Nos tememos unos a otros, vaya si nos tememos...

—Y no sin razón. —Eudocia está de acuerdo.

—Me sorprende. —Salomón baja la mirada—. Es usted un hombre joven, pero sus palabras, espero que me disculpe, son medievales. Como si jamás hubiera ido a la escuela.

—¿Y qué? —se extraña el otro—. La escuela no tiene que ver. La escuela te enseña de una manera y la vida te merma a su manera...

—¿El té? —interviene Glicería—. Hemos hecho una empanada de col.

—En la escuela —Salomón había emocionado— enseñan lo correcto. Todas las naciones son iguales.

—¡No me digas! Iguales... —Entorna los ojos—. Seguro que si hubieras podido elegir, no habrías elegido nacer judío... Y es correcto. Vivir siendo judío es pura amargura.

—A los rusos —Eudocia aparta el plato—, en cambio, les ha tocado vivir una vida dulce, vamos, pura miel... Tan dulce y pegajosa que ni rascando se quita el pringue.

—Los rusos —arruga la frente— han ganado la guerra.

—Ya-a-a —Eudocia alarga la palabra—. La mayor alegría de la vida.

—Pero yo —Nicolás observa a Salomón—, digas lo que digas, no dejo de sorprenderme. Vale, los judíos sois inteligentes... Y defendéis a muerte el país soviético. Pero no os quieren, caéis mal. Y a nosotros no respeta el mundo entero. Lo ves en la tele... Vayamos a donde vayamos somos bienvenidos. Hasta en América...

—Es —Eudocia no se calla— porque miran de lejos. A ver qué dirían después de vivir aquí, entre nosotros.

—Que no. —Mira—. Hemos liberado a esa Europa suya. Si no fuera por nosotros, ahora seguirían bajo los alemanes. Está oscuro. —Se ha desabrochado el cuello de la camisa—. Ya podríais descorder las cortinas...

—Si estamos en la cocina. —Glicería se vuelve hacia la ventana—. No hay cortinas. Y esto —señala la ventana— es cosa de ella, ha pegado sus copos de nieve, ha decorado todo para la boda.

—Ha decorado... —Carraspea—. En tal caso vale... Es pequeña. ¿Acaso entiende de la vida? —Se ha levantado, se ha acercado a la ventana. Agarra un copo de nieve con la uña—. Fíjate lo fuerte que está... No se despega. La cola es fuerte...

—Según usted —Salomón frunce el ceño—, en la guerra solo había rusos.

—Bueno —ha dejado de rascar el copo de nieve—, claro que también hubo otros. Y muchos. Pero los rusos fueron los principales. Como lo decía el camarada Stalin... Tú —llena su copa—, explícame otra cosa. Digo que vosotros, los judíos, sois inteligentes. Pero por muy inteligentes que seáis, os dejasteis matar como borregos. ¿Cuántos caerían en total?

Salomón se muerde el labio.

—Pues yo te contestaré. Un millón. ¿Y por qué? Porque comparados con nosotros sois inteligentes, pero contra los alemanes no sois nada. Contra los alemanes solo nosotros podemos. Esa es la cuestión.

—Dios. —Eudocia se aprieta la mejilla. Le molesta la muela—. ¿Y dónde están esos dichosos alemanes? He vivido la vida y no he visto a ninguno.

—Los alemanes —explica él— son gente sólida. Mi padre fue a la guerra, después contaba cosas. Deberíamos tomarlos como ejemplo... Todo lo tienen organizado.

—Nosotros —Eudocia arruga la nariz— deberíamos primero aclararnos con nosotros mismos. No estaría nada mal.

Salomón se levanta.

—Ahora sí que tengo que irme.

—¿Qué pasa? ¿Te has enfadado? No debe uno enfadarse cuando le dicen la verdad. Es un pecado. Háblame de los rusos, dime toda la verdad. Jamás me enfadaré... Venga —insiste—, dispara.

—No conozco —cabecea— toda vuestra verdad.

—Eso es. Nadie la sabe. Incluso vosotros, los judíos. Porque los rusos van a la suya. Somos especiales. No los hay iguales en toda la tierra.

—Yo —Salomón se seca el sudor de la frente— solo le diré una cosa. Vuestro Cristo ha resucitado, pero mi mujer no resucitará.

—¿Ves? —Nicolás continúa—, porque no era rusa. Si hubiera sido rusa, acabaría en el paraíso. Cristo ha preparado el paraíso para los rusos.

—Usted —Ariadna sufre— cómase las patatas. Es mejor que gastar las palabras en vano.

—Aquí discrepo —Salomón sonríe, la interrumpe—. Probablemente Nicolás tiene razón. El cristianismo es una religión misericordiosa. Si hubiera sido ruso, tal vez habría tenido esperanza. Pero...

—Ay, madre —Gliceria se da cuenta—, hay que acostar a la niña. Pobre, se cae de sueño. Vámonos —la llama—, palomita.

—Ya iba siendo hora —asiente Eudocia—. Ha estado con los mayores, ha festejado... Estas charlas no le convienen.

Huele a empanada. Abro los ojos. Tengo mucha sed. La garganta está seca. Alargo la mano, cojo el vaso. He dado un trago y enseguida lo escupo. Será que el cuerpo lo rechaza...

Mi madre decía que el agua hervida es agua muerta. Por mucho que bebas, no saciarás la sed. Un poco de agua pura antes de morir. Aunque fuera solo un traguito...

Me apoyo en el codo, no siento las piernas. Llamaría... Pero no me oirán.

Todo da vueltas a mi alrededor... Veo a mi madre. Se sienta al lado, cruza mis manos. Y yo todavía soy pequeña. Muevo los labios, le pido que me cuente un cuento. Ella alisa el pañuelo que me tapa el pelo. «Duerme —susurra—, cierra los ojos...».

Piensa el Cuervo en volar a las tierras lejanas. Ha volado la noche entera. La estepa es ancha, infinita. Cubierta de la blanca nieve, mires por donde mires, solo ves el blanco.

Se acerca el Cuervo y ve: ante él están las puertas forjadas, en las puertas hay una roca inmensa. Mira alrededor. Detrás de la roca hay dos pozos. Uno a cada

lado, llenos a rebosar de agua. A la derecha está el agua viva, a la izquierda, la muerta. Se ha sentado en la roca, rumia. Ha elegido la muerta.

Ha picado la costra helada, ha llenado el buche. Hay que volver, pero el agua muerta es pesada. Escupe el buche en el suelo. A duras penas logra subir por encima de las nubes. Vuela y piensa: Bajaré un poco, entraré en calor, tal vez me sea más fácil volar. Ha plegado las alas, mira por encima del hombro. Ve un campo allá abajo. Está cubierto de huesos humanos. Por entero, de un extremo a otro.

Se ha alegrado y de pronto ha graznado. El agua le brota por el pico, se convierte en copos de nieve. Ha caído a la tierra; los huesos se han juntado.

Se arrastran por el campo. Ojalá pudieran levantarse, pero las piernas no obedecen. Miran arriba, al Cuervo, lloran... Ha hincado el morro, chasquea su pico de hierro: siempre os estaréis arrastrando. No tengo el agua viva para vosotros...

NIETA

CUANDO nieva siempre recuerdo a las abuelas. Miro por la ventana y pienso. Mis abuelas no estaban enfermas, simplemente se fueron el mismo año. Primero fue Gliceria, después Ariadna. La abuela Eudocia se murió en otoño, y yo ya comencé el primer curso en la Escuela Superior. Entonces vivíamos solas.

Al padrastro con su familia le asignaron una vivienda individual de dos habitaciones, nuestra habitación se quedó vacía; ahí hicieron el cuarto de baño, así que las abuelas pudieron bañarse dignamente. Antes tenían que hacerlo en las habitaciones; Zinaida no dejaba que se bañasen en la cocina, y ya no estaban para ir a los baños públicos. Yo les calentaba el agua, sacaba el agua sucia, Zinaida chillaba que por culpa nuestra salía la humedad aunque yo siempre ponía el plástico debajo y nunca vertía el agua a la pila, solo al inodoro.

Al final se les nublaban las mentes. La abuela Eudocia se vanagloriaba de que había engañado a todos y que ahora yo tenía derecho a mudarme con Zinaida puesto que estaba empadronada allí: el piso fue asignado a los tres. No quería desengañarla. Sabía perfectamente que Zinaida jamás lo habría permitido. Lo iba proclamando desde hacía tiempo.

—Si dejas que cualquier advenediza se instale, nunca tendrás tu propia casa.

La abuela Ariadna decía que le meterían en cintura, que todavía había gente buena en el mundo. Que la administración de la fábrica intercedería, y que si no, llegaríamos al mismo Kalinin.^[14] A Zinaida eso solo le daba risa, se burlaba replicando que hacía tiempo que deberían haberse reunido con él...

La abuela Ariadna también lo confundía todo: creía que todos estaban vivos, sus nietos, mi mamá, y hasta Kalinin. Murmuraba que estaban en el televisor...

Recuerdo cómo rompí a llorar y fui a hablar con Zinaida para que las dejara en paz, le prometí que no me mudaría. Zinaida otra vez se echó a reír.

—Prueba y verás... ¿Crees que me da miedo? En la fábrica me respetan. Y las brujas, a la mínima que se metan allí, saldrán escaldadas.

Cuando todas se murieron vinieron los de la oficina de administración del inmueble, me informaron de que el piso había sido adjudicado y que en tres días debía mudarme allí donde estaba empadronada. Entonces mi padrastro me recomendó que hablara con Zinaida, dijo que a él no le haría caso pero que yo tenía que intentarlo; a fin de cuentas, era la responsable sindical y mamá había trabajado muchos años, de modo que tal vez me adjudicarían una habitación, la que fuera:

pequeña, en un sótano... Después del entierro me sentí totalmente perdida, Zinaida respondió que a la fábrica no le sobraban las habitaciones.

Si no fuera por la Escuela Superior, me habría quedado en la calle. Pese a todas las dificultades pude instalarme en la residencia de estudiantes. Fue por mi francés.

El día que fui al decanato a presentar la solicitud, justo en aquel momento acababan de recibir una carta de Francia y me ofrecí para ayudarles. Cuando llegaron los franceses, me llamaron para pedirme que hiciera de intérprete. Tenían una pero no comprendía todas las palabras, y menos cuando se hablaba rápidamente. Al principio yo también me perdí un poco, aunque luego cogí el ritmo. El jefe del grupo se me acercó y dijo:

—Una combinación sorprendente: *mademoiselle* es muy joven, pero habla un francés antiguo.

Le expliqué que me había enseñado el idioma mi abuela. Sonrió.

—Ahora lo entiendo.

Primero viví en la residencia, después conocí a Grisha; entre los dos alquilamos una habitación: sus padres no nos dejaron vivir con ellos, no querían que estuviera conmigo. Su partida nos costó cara, me quedé sin blanca. Tuve que alojarme en los estudios de otros artistas. Duró hasta que pude comprar este piso. Entonces comenzaron a comprar mis cuadros. Primero pagaban poco, después más y más, sobre todo cuando el Museo Ruso, uno de los más importantes del país, me compró un cuadro. Hasta estuvo un tiempo expuesto, después fue a parar al fondo de reserva. Los cuadros están en las colecciones privadas, nacionales y extranjeras. Me cuesta decir dónde exactamente.

Arreglé el piso y traje los muebles, todo lo que quedaba de las abuelas. Había sido idea de mi padrastro: sacarlo todo y esconderlo en su pueblo; uno de sus familiares se había muerto, la casa estaba vacía. Su mujer no lo sabía, nadie tramitó la herencia, aunque tampoco necesitaba esa casa. Hubo que restaurar algunas piezas, pero ahora en mi casa no hay ni un mueble nuevo: ni armarios, ni sofás, ni sillones.

Cuando nos encontramos, Grisha volvió a insistir en que me fuera con él, decía que de quedarme aquí no podía resultar nada bueno, que lo que rige la vida no es la razón, sino el nivel de desarrollo de las almas humanas. Lo rechacé porque pensé en las abuelas. Y en mamá. Me iría y ellas se quedarían... ¿Qué iban a hacer solas, sin mí?

Ahora comprendo que Grisha tenía razón. Ahora me habría marchado con él, pero ya es tarde.

A veces cubro la mesa con el mantel antiguo, el de la cenefa bordada de rosas, y fantaseo con que todos nos sentamos alrededor: mi padre, mamá, las abuelas. Para ellos compré este piso tan grande. Para que tuviesen su casa, porque son nuestras habitaciones y nadie se las quitará.

Ahora siempre estoy con ellos, incluso si no me ven, como si nos separara una pared. Recorro las habitaciones. Me siento, luego vuelvo al caballete y al lienzo para

volverme otra, la niña con memoria, y escuchar sus voces.

Hace poco, por casualidad, leí unos versos antiguos, de una obra llamada *Libro de la paloma*,^[15] en la que, curiosamente, no hay ni una palabra sobre palomas. Lo que hay es una historia sobre la Verdad y la Falacia; cuando la leo tengo la sensación de que la recuerdo. Reconozco las palabras que me inquietan y espero encontrar imágenes para pintar este cuadro. De otro modo, ¿para qué me hice pintora, para qué estuve dormida y me desperté?

Ascendía, alejándose de la tierra la temible nube tras que cayera de ella el *Libro de la paloma*. No es pequeño ni grande: veinte *sázhen*^[16] hace de travesaño. Acudieron los cristianos ortodoxos, contemplaron el libro, meditaron. Nadie lo abordaba, nadie atreviase con el divino libro.

Dio un paso al frente Vladimir, el príncipe, y díjole a David Evséevich:

—¡Salve, oh zar nuestro omnisciente! Léenos el *Libro de la paloma*. Esclarécenos nuestra vida rusa. ¿Por qué brilla nuestro bello sol? ¿Por qué soplan nuestros bravos vientos? ¿Por qué giran nuestras mentes? ¿Por qué tan amargos son nuestros albures? ¿Por qué tan fuertes nuestros huesos? ¿Por qué corre nuestra veta de sangre? Brota de las venas y nunca se acaba...

Y contestóle el zar David, el sabio:

—No sé leer vuestros libros, no alcanzo la intrincada letra rusa. Pero cien veces más abstruso es el Libro divino. Ni las manos lo pueden sostener, ni la mente lo puede abrazar. Contaré lo que sé, contaré de memoria, contaré sin leer cual si leyera.

»El bello sol es por el rostro del Cristo, vuestro Dios, el Zar celeste. Los vientos bravos son del Espíritu Santo. De las montañas son los fuertes huesos. Y de la tierra, la veta de sangre. Brota de las venas y nunca se acaba...

Inclinóse ante él Vladimir, el príncipe.

—¡Salve, sabio zar David! No alcanzas nuestra letra rusa, mas alcanzas nuestra desgracia mortal. Esclarécenos, Cantor de salmos, nuestra gran pena, la inmensa pena, la pena eterna. Cuenta lo que sabes, cuéntalo de memoria, cuéntalo sin leerlo.

Interrogóle el sabio zar David:

—¡Salve, príncipe Vladimir! Cuéntame vuestra aflicción. Juzgaré como sepa, juzgaré de memoria, juzgaré sin leerlo.

Respondióle Vladimir, el príncipe:

—¡Salve, sabio zar David! Contaré lo que ni yo mismo sé. Anoche velé y velé y, empero, mucho soñé. Soñé que dos bestias acometíanse en el campo. Una venía del lado nocturno, la otra, del lado diurno. En viéndolas, cayóseme el corazón, anegóse en negra sangre, tiñóse de mortal tristeza. Esclaréceme cuál es más feroz, cuál más malévola.

Respondióle el sabio rey David:

—¡Salve, oh príncipe ruso! Fortalece tu espíritu, tu espíritu y tu bravo corazón. No eran bestias las que se acometían, no eran fieras las que se encontraron. Se juntaron la Verdad con la Falacia, ellas fueron las que combatieron. Trataba la Falacia

de vencer a la Verdad. Pero la Verdad vuestra es más feroz que la ferocidad misma. Venció, pues, la Verdad a la Falacia. Y se fue al cielo con el mismo Cristo, con el Zar celeste. Sentóse a la diestra del Padre, a la vera del Espíritu Santo y de la Santísima Madre. La Falacia recorre la tierra, recorre el pueblo cristiano. Tiembla la tierra por la Falacia, pero calla el pueblo y, mortificado por la Falacia, volvióse el pueblo inicuo, inicuo y vil. La Verdad feroz en los cielos se sienta. No bajará a la tierra pecaminosa...



ELENA CHIZHOVA (4 de mayo de 1957, San Petersburgo, Rusia), ex economista, maestra y empresaria rusa que comenzó a escribir en 1996 después de ser rescatada de un barco de cruceros en llamas. Desde entonces, ha estado consumida por la necesidad de escribir y, como resultado, ha tenido un éxito considerable. La prosa de Chizhova evita los trucos a favor de la honestidad emocional para probar las llagas de la historia rusa que la cultura contemporánea olvidaría antes. Es conocida sobre todo por su novela *El tiempo sin ventanas*, con la que ganó el prestigioso Premio Booker Ruso.

Notas

[1] Alude a una sublevación nacional espontánea contra el régimen de la República Popular de Hungría que duró desde el 23 de octubre hasta el 10 de noviembre de 1956. El gobierno de la Unión Soviética movilizó al Ejército Rojo y el 4 de noviembre atacó Budapest. (*N. de los T.*). <<

[2] Santas y mártires Vera, Nadezhda y Lubov, hijas de Sofía. Sus nombres coinciden con las tres virtudes teologales (Fe, Esperanza y Caridad). (*N. de los T.*). <<

[3] El canal mar Blanco-mar Báltico o *Belomórkanal*: un canal navegable que une el mar Blanco con el mar Báltico cerca de San Petersburgo, abierto el 2 de agosto de 1933. Construido por prisioneros, según fuentes oficiales, su realización costó la vida a 10 933 personas; según otras fuentes, el número de prisioneros muertos durante la construcción oscila entre 50 000 y 200 000. (*N. de los T.*). <<

[4] Hace referencia al relato del escritor ruso A. N. Tolstói *Llave de oro o las aventuras de Buratino* publicado en 1936, que viene a ser una adaptación del cuento *Las aventuras de Pinocho* de Carlo Collodi. (N. de los T.). <<

[5] Puerta del Zar: puertas de doble hoja situadas frente a la mesa del altar en el templo ortodoxo, son la puerta principal del iconostasio. La Puerta del Rey conduce a la parte del altar del templo y simboliza la puerta del Paraíso. (*N. de los T.*). <<

[6] Con el fin de retirar el exceso de dinero y sustituirlo por los billetes nuevos, en 1947 el gobierno soviético llevó a cabo una reforma devaluando el rublo en diez veces. (*N. de los T.*) <<

[7] La Iglesia Ortodoxa sigue el calendario juliano. (*N. de los T.*). <<

[8] El 22 de marzo, cuando se celebra el día de los Cuarenta mártires de Sebasta, de acuerdo con la tradición, los rusos creyentes cuecen bollos en forma de alondra, cuya masa se prepara con harina de centeno. (*N. de los T.*). <<

[9] En la URSS los Palacios de Pioneros servían de centros comunitarios para la infancia, con actividades manuales, deportivas y recreativas. (*N. de los T.*). <<

[10] Escuela superior de Arte e Industria de Leningrado. (*N. de los T.*). <<

[11] En 1974, cerca de Moscú se celebró una exposición al aire libre de un grupo de artistas que no compartían el «canon soviético». Las autoridades aplastaron la exposición con aplanadoras, varios artistas fueron detenidos. Esta acción recibió el nombre de Exposición de las Aplanadoras. (*N. de los T.*). <<

[12] Empresa de calzado con sede en Lausana, Suiza. Fundada en 1894 en lo que hoy es la República Checa, por Thomas Bata (Tomáš Bat'a). (*N. de los T.*). <<

[13] Referencia al caso de los «médicos-asesinos». En 1948 comenzó la persecución de un grupo de médicos soviéticos de alto nivel, todos de nacionalidad judía, que fueron acusados de conspiración y asesinato de una serie de líderes soviéticos. Formó parte de la campaña antisemita de Stalin y se acabó con su muerte en 1953. El caso fue cerrado y los detenidos liberados de diligencias previas. (*N. de los T.*). <<

[14] Mijaíl Kalinin (1875 - 1946), político soviético, presidente del Presidium del Soviet Supremo de la URSS entre 1937 y 1946. (*N. de los T.*) <<

[15] El *Libro de la paloma* (también conocido como *Libro profundo*): recopilación de versos populares creada probablemente en el siglo XIII. Perteneció al ámbito de la literatura espiritual-popular de la Rusia antigua. Existen más de veinte versiones con variantes más o menos acusadas. El texto trata diversos aspectos cosmogónicos ofreciendo respuestas sobre el universo en clave comprensible para la persona sencilla, lo cual explica la gran popularidad alcanzada en su tiempo. (N. de los T.). <<

[16] Sazhen: medida rusa Antigua, corresponde a 2,143 m. (*N. de los T.*). <<